

96

NA: 345360

GM/596

94(460).064

España - Historia - 1808 - 1814, Guerra
de la Independencia

R.:53.727

GM/596



INSTITUTO
ORIENTAL

UNIVERSIDAD SAN PABLO CELU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

ASTORGA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



MONOGRAFÍA HISTÓRICA,

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES,

CELEBRADOS

EN LA CIUDAD DE ASTORGA

EN LA FIESTA DE SANTA MARTA DEL AÑO 1900,

ESCRITA POR

D. ANGEL SALCEDO RUIZ,

DOCTOR EN DERECHO

Y AUDITOR DE BRIGADA DEL CUERPO JURÍDICO-MILITAR.



• ASTORGA—1901

IMP. Y LÍP. DE LA VIUDA É HIJO DE LÓPEZ,

Rúa antigua, 5 y 7.





Posición geográfica de Astorga.—Razón de la importancia estratégica que alcanzó esta ciudad en la guerra de la independencia.

El que, á principios de 1808, hubiese anunciado que la histórica y episcopal Astorga iba en breve á ser teatro de grandes sucesos militares, y á representar en ellos principal papel, figurando como plaza fuerte, y sosteniendo en calidad de tal asedios memorables, con harto fundamento habría sido calificado de visionario; porque aun suponiendo que Napoleón, no satisfecho del efectivo protectorado que, con vanas apariencias de alianza, ejercía sobre la nación española, pretendiese conquistarla, y que los españoles se levantaran tan unánime y enérgicamente, como lo hicieron, para rechazar al injusto agresor, hubiera sido cuerdo señalar como teatro probable de la guerra las comarcas del noroeste de la península, tan lejanas y apartadas de la frontera pirenaica y de las líneas naturales de invasión que se ofrecen á un ejército francés, al penetrar é internarse en nuestra patria.

Pero lo que al comenzar el año, cualquiera hubiera juzgado inverosímil, á mediados de Junio estaba ya verificándose, y Astorga, la ciudad tranquila,

agrícola y levítica que hacía muchos siglos no había oído más estruendo que el de las campanas de sus iglesias, estremecíase con fieros gritos de guerra: sus calles y plazas se habían convertido en campamentos, sus conventos en cuarteles y hospitales de sangre, y se la marcaba en los mapas como uno de los puntos estratégicos de más importancia, lamentándose por muchos que no fuera verdaderamente plaza fuerte para hacer de ella inexpugnable baluarte de la independencia nacional.

Consecuencia era esto de la manera como se desarrollasen los sucesos, los cuales rara vez se presentan y corren en la dirección que los cálculos humanos les señalan previamente.

Atento el moderno Cesar en la de España, como en todas sus guerras de conquista, á la posesión de la capital del reino invadido, por dos veces, la primera valiéndose de medios indignos de su gloria y á fuerza de armas la segunda, consiguió apoderarse de Madrid, y hacer de esta Corte el centro y foco de su poder militar en la península (1); pero aquí el efecto no correspondió á sus esperanzas.

Las provincias, ó mejor dicho, los antiguos reinos en que las circunstancias históricas de la edad media dividieran á nuestra patria, y que, al comenzar el siglo XIX conservaban todavía personalidad poli-

(1) Los franceses ocuparon á Madrid, como aliados del rey Carlos IV, el 23 de Marzo de 1808. La guerra de la independencia empezó el 2 de Mayo, y el 30 de Julio, á consecuencia de la batalla de Bailén, evacuaron la Corte. Volvieron á ocuparla el 4 de Noviembre, permaneciendo en ella hasta el 12 de Agosto 1812, en cuyo período se verificaron todos los sucesos que son objeto de esta monografía. El 2 de Noviembre del citado año de 12 volvieron á la Corte hasta su evacuación definitiva que fué el 27 de Mayo de 1813.

tica suficiente para obrar por su cuenta, lejos de amilanarse por la pérdida de la capital, parece que de este mismo suceso cobraron nuevos y no sospechados bríos, y cada uno á su modo, utilizando sus propios recursos y los del disuelto poder central existentes en su seno, organizaron la resistencia contra el invasor. Hallóse, pues, Napoleón, conque al romper un reino, se levantaban en su contra tantos como regiones hay en la península, y la guerra general se convirtió en un conjunto de guerras particulares.

Los puntos extremos del territorio, apoyados en el mar de que no eran dueños los invasores, resguardados por las cadenas de montañas que separan unas regiones de otras y protegidos por su misma distancia del centro de la península, fueron los focos de la resistencia, y de ellos partió la acción, ora defensiva, ora ofensiva de los españoles contra los franceses, establecidos sólidamente en el centro, y éstos á su vez, del centro salían para rechazar á los españoles, y arrojarlos de los puntos de la circunferencia en que se habían hecho fuertes. Así planteado el problema militar, se comprende fácilmente la importancia que, como factores del mismo, habían de tener las carreteras ó caminos reales que, poniendo en directa y fácil comunicación á Madrid con las provincias extremas, son como los rádios de este inmenso círculo irregular en que se representó el drama de la guerra.

El camino real de Madrid á la Coruña fué de los que adquirieron más pronto esta importancia, y Astorga está situada en él, casi á su promedio, y en parage singularísimo, tanto por lo que se refiere á la calidad de los beligerantes, como al desarrollo estratégico de la misma guerra.

La carretera de Madrid á la Coruña sale de la Cor-

te por la puerta de Hierro, cruza el Manzanares por el puente de San Fernando, y los montes Carpetanos por el puerto de Guadarrama. Desciende á los llanos de Castilla, y atraviesa las tierras de Segovia y Valladolid, hasta esta capital, en cuyas inmediaciones cruza el Duero, y desde donde, oblicuando al noroeste, va por Simancas y Tordesillas, á Benavente; aquí pasa el Esla, afluente del Duero y la línea fluvial más importante de la provincia de León, y se dirige á la Bañeza; á cuatro leguas y media de esta villa, encuéntrase Astorga. (1) Todo el terreno recorrido desde los Carpetanos es llanísimo, á trechos feraz, y en lo más, ó estéril, ó de mezquino cultivo por la falta de agua: es la vasta meseta castellana que, durante la estación invernal, cuando no han brotado todavía los cereales, y en la canícula, cuando ya se han levantado las cosechas, entristece al viajero con su ceñudo aspecto de estepa rusa ó desierto africano.

La tierra de Astorga es parte de esta interminable llanura de color pardo, que forma horizonte como el océano, y que no muestra otra belleza que su misma inmensidad vacía, bajo el cielo, casi siempre sereno y purísimo, alumbrado por un sol, espléndido en invierno, y abrasador en el verano; pero es ya su remate. Al otro lado de la Ciudad episcopal, cerrando todo el frente del horizonte de Sur á Norte, se yerguen, en magnífica é imponente cuenca, las montañas que son frontera y fortísimo ba-

(1) De Madrid á Valladolid se cuentan 34 leguas. De Valladolid á Benavente 18 y media. De Benavente á La Bañeza 6. De la Bañeza á Toral 2. De Toral á Astorga 2 y media. De Madrid á Astorga hay por este camino 60 leguas y media. Se acortan unas cinco, yendo por Arévalo y Medina del Campo á Tordesillas.

luarte natural del reino de Galicia. De la frescura y amenidad de la región montañosa participan ya en alguna medida los términos de Astorga, viéndose en ellos, al lado de los campos de pan llevar, algunas vegas, verdes praderas en que pastan vacas, y árboles de variadas especies, formando alamedas y bosquecillos. Astorga está edificada casi al pié de los puertos de Manzanal y Foncebadón, por donde se sube y entra en el Bierzo, (1) comarca, tan rica en encantadores paisajes y maravillas de la naturaleza como en romancescos recuerdos de las edades pasadas, y que, aunque en lo político y eclesiástico depende de la tierra llana, esto es, de León y de Astorga, (2) geográfica y topográficamente, y hasta por el carácter, costumbres y lenguaje de su población pertenece á Galicia. Considerando este reino como una inmensa plaza fuerte, el Bierzo es, no ya un baluarte avanzado, sino su muralla oriental, y los puertos de Manzanal y Foncebadón son las entradas de dicha muralla, Manzanal la puerta y Foncebadón el portillo. Astorga, situada al pié de los dos puertos, y de donde parten los caminos que conducen á uno y otro, es verdaderamente la centinela ó la que guarda las llaves de ambos.

(1) El Bierzo ó Vierzo se llama así de la romana ciudad de Bérvido, mencionada por Tolomeo entre las poblaciones de los astures, y de cuyas murallas se conservan vestigios en el Castro de la Ventosa colina, próxima á Villafranca.

(2) No siempre ha sido así: bajo las dominaciones romana, sueva y visigótica, y en los primeros tiempos de la reconquista, el Bierzo se consideraba parte de Galicia; después de la muerte de Fernando I, empezó á figurar como dependiente de León. En lo eclesiástico reconocía á Astorga por cabeza en 569, según se desprende de las actas del concilio de Lugo celebrado en e citado año.

La carretera general va por Manzanal, y desde la ciudad á la aldehuela que toma ó dá su nombre al puerto, y que está en lo más alto de él, hay tres leguas de jornada. De Manzanal se descende al valle de Bembibre, y sigue la carretera á Villafranca, cabeza del Bierzo, y desde Villafranca á Lugo y Betanzos, para llegar á la Coruña. (1)

Esta situación geográfica á la salida de la región montañosa del noroeste, y dominando sus dos principales entradas, no podía por menos que dar á la ciudad de Astorga una importancia estratégica excepcional, que dimanaba principalmente de la diversa calidad de las fuerzas beligerantes.

El ejército francés que invadió á España en la primavera de 1808, se componía de 130.000 soldados excelentes. (2) La gloriosa campaña de aquel verano los redujo á 60.000; pero en Noviembre, con los cuerpos de la *grand armee*, venidos de Alemania, constaba la fuerza invasora de 250.000 combatientes, cifra enorme que fué creciendo sin cesar hasta 1310, en que llegó á la masa verdaderamente abrumadora de 400.000 soldados.

Y si tal era el número ¿qué decir de la calidad? Con recordar que aquellas legiones eran las de Napo-

(1) De Astorga á Prado del Rey, 1 legua. De Prado del Rey á Rodrigatos, otra. De Rodrigatos á Manzanal, otra. De Manzanal á Bembibre, 3 De Bembibre á Villafranca, 6. De Villafranca á Lugo, 16 y media. De Lugo á la Coruña, 14 y media. Total de Astorga á Coruña, 44 leguas.

(2) Mr. Thiers en su *Historia del Consulado y del Imperio* no se cansa de repetir que algunos millares de estos soldados que vinieron primeramente á España eran reclutas; pero ha de entenderse que solo lo eran en el sentido de no haber entrado en fuego; por lo demás, llevaban más de un año de servicio, estaban perfectamente organizados é instruidos por una oficialidad veterana, y mezclados con soldados aguerridísimos. Merecen, pues, el calificativo de excelentes que les damos en el texto.

león I, en el apogeo de su poderío militar, se dice todo. Hasta entonces no se había visto en el mundo una hueste semejante, ni ha vuelto á verse después, ni probablemente se verá jamás; porque si los ejércitos de las grandes potencias son hoy superiores al del primer imperio francés por el número y por la perfección del armamento, hay que tener en cuenta que mas bien que verdaderos ejércitos, son naciones armadas, y como tales, instrumentos muy adecuados para la defensiva, y en la ofensiva para campañas de corta duración; pero el ejército napoleónico, con ser tan numeroso, conservaba todas las cualidades y el carácter exclusivamente militar de los antiguos ejércitos romanos, y de los modernos del Duque de Alba, Farnesio, Gustavo Adolfo, Turena y Federico II; sus soldados no eran, como los actuales de Alemania y Francia, ciudadanos apartados temporalmente de la vida civil, sinó veteranos á los que la prolongadísima permanencia en filas, y siempre combatiendo, había connaturalizado de tal modo con el ejercicio bélico que, como los paladines medio-eva-les podían decir que *sus arreos eran las armas y su descanso el pelear*.

«Nuestros soldados (escribía uno de los oficiales de aquel ejército) acostumbrados á guerrear y á vencer en todos los climas, no preguntaban jamás á que nuevo país se les conducía, sinó únicamente si en el país adonde iban, crecía ó no crecía la vid; el mundo para ellos se dividía en dos zonas: la zona feliz que produce vino, y la zona desgraciada que no lo produce.» (1)

(1) Mr. de Rocca en sus *Memorias de la guerra de la Península*.

Nada existía en España, en un orden rigurosamente militar, capaz de oponerse con alguna probabilidad de éxito, á esta fuerza invasora. Cierto es que se ha exagerado mucho sobre exiguidad de nuestros recursos bélicos en aquella época; porque la leyenda que se ha elaborado de la guerra de la independencia, y que es para muchos la única historia de aquella lucha, exige tales exajeraciones, pero aún reduciendo las cosas á sus límites exactos, no resulta menos cierto que nuestro ejército de 1808 estaba muy lejos de reunir los elementos necesarios para la empresa que la nación había generosamente acometido.

El ejército español, al principiar el citado año, muy superior al de ahora en absoluto, y aún más si se la considera en relación al número de habitantes, constaba de 103.824 soldados, de los que 87.201 eran de á pié, y de á caballo el resto. (1) Existía además una buena reserva de 32.418 hombres, distribuidos en cincuenta y un batallones de milicias provinciales (2). Si estos 100 y tantos mil hombres hubieran estado disponibles al empezar la campaña, y se hubieran podido distribuir como núcleos de los nuevos ejércitos que se levantaron, habrían prestado inestimables servicios; y quién sabe cual fuera el sesgo que tomaran los sucesos; pero Napoleón

Añade que los cuerpos de la *grand armee*, al atravesar el territorio francés desde el Rhin á los Pirineos, trataron al país como país conquistado.

(1) Hoy con diez y ocho millones de habitantes, el efectivo militar no pasa de 80 000 hombres, y en 1808 con diez millones de aquellos, pasaba de 100.000 soldados.

(2) Estos datos son los exactísimos consignados por el insigne general Gomez Arteché en su *Historia de la guerra de la Independencia*.

que temía esta contingencia, (1) y al que había alar-
mado, y no poco, ver reunidos en la campaña de
Portugal 40.000 soldados españoles, hacía tiempo
que enderezaba sus manejos á imposibilitar toda
resistencia por parte de nuestro ejército, y quince
mil hombres (2) de nuestras mejores tropas estaban
con el Marqués de la Romana en el norte de Ale-
mania, y más de 30 000 en las guarniciones de las
plazas de Navarra, Cataluña y Castilla de que se apo-
deraron por traición los franceses. Si á estas reduc-
ciones se añaden las que representaban la nume-
rosa guarnición de Ceuta, y las no exiguas de Ba-
leares, Cadiz, Cartagena y el Ferrol, se comprenderá
que apenas si se contaban con unos 50.000 hombres
efectivos para resistir la invasión. Todavía, si hu-
biera existido un poder central semejante al co-
mité de salud pública de la revolución francesa,
estos 50.000 soldados y los que poco á poco se hu-
bieran ido incorporando de los que, hallándose mez-
clados con los franceses, podían ser considerados
á este efecto como prisioneros, hubieran constituido
un excelente núcleo para organizar un ejército de
200 ó 300.000 hombres, que voluntarios había cuan-
tos se pidiesen; en los parques teníamos 316.026
fusiles, (3) é Inglaterra nos hubiera proporcionado

(1) Así lo manifestó en su célebre carta á Murat, de 24 de Marzo, copia-
da en todas las historias de la guerra de la Independencia, y que, según
Mr. de Thiers, no llegó á ser remitida á su destino.

(2) Según los datos exactos del general Arteché, la división española
del Marqués de la Romana constaba de 14.905 hombres, 3088 caballos y
25 piezas de artillería.

(3) Según estado publicado por el general Arteché, en su historia Tomo -1.

muy gustosa los que se le hubiesen pedido. Pero semejante comité de salud pública no existía, ni era posible que surgiera, dado el modo de producirse la invasión y levantamiento de España. Cada provincia levantó las tropas que pudo, y las organizó como quiso, ó como se ocurría á los mangoneadores, y caciques de las juntas, formadas en gran parte por personas honradas, y desde el punto de vista del patriotismo excelentes, pero ignorantísimas por lo común en el arte militar.

Incapaces estos sugetos de encauzar y dirigir el impulso que venía de abajo, se dejaban arrastrar por él, y así un movimiento nacional, religioso y monárquico en sus fines, tomaba en sus medios y desarrollo un carácter demagógico de lo mas brutal y desordenado que se ha visto en los tiempos modernos. Con los sentimientos populares, legítimos y nobles subieron á la superficie las ideas del vulgo, absurdas y necias por regla general, y fué axioma que nadie se atrevió á contradecir que para vencer á los franceses, España no necesitaba de militares técnicos, ni de regimientos bien organizados, sinó de hombres ardorosos dispuestos á vencer ó morir por la pátria, entrando en casi todas las imaginaciones la concepción de la guerra á modo de cruzada tumultuosa que no exigía mas que dos cualidades en los individuos que se lanzaban ó ella; mucho valor para ponerse delante de los franceses, y mucha constancia para no desanimarse por los reveses. «Se ha intentado, escribía Wellington á lord Castlereagh, en Agosto de 1809, gobernar al país en estado de revolución, con auxilio de lo que aquí se llama entusiasmo; pero realmente este entusiasmo no sirve, sinó para disculpar la irregularidad con que se hace

»todo, y la falta de disciplina en los ejércitos. Ya sé que se atribuye al entusiasmo el triunfo de los franceses en su revolución y la conquista que han hecho de casi toda Europa; pero si se examina bien, se verá que aquel entusiasmo no era más que un nombre, y que verdaderamente fué la fuerza bajo el sistema del terror, la que produjo los recursos que contuvieron á los aliados.»

Los ejércitos que así fueron organizados, solo en un sentido muy general, y atendiendo á algunos de sus componentes, merecían nombre de tales, y resultaban incapaces de resistir á las incomparables legiones francesas en las llanuras; solo podían hacerlo en los terrenos quebrados, donde tropas medianas, pero decididas y eficazmente ayudadas por los habitantes, adquieren cualidades y ventajas que de ninguna manera tienen en los terrenos abiertos y despejados. Y tanto más sucedía esto en la guerra de la independencia, cuanto que si la infantería francesa era tan superior á la nuestra por su número y solidez, en el arma de caballería, la diferencia entre uno y otro beligerante era mucho más notable. De 16.623 hombres constaba nuestra caballería en 1808; pero de ellos solo 10.960 tenían caballos, y era extrema la dificultad para reponer ese número é imposible aumentarlo por la decadencia, ó mejor dicho, completa ruina á que había llegado la cría caballar en este país que, en el siglo XVI, tenía las mejores yeguas de Europa. 3088 jinetes montados estaban con el Marqués de la Romana en Alemania, de suerte que solo contábamos con 7,872 caballos para pelear contra los franceses en todas las regiones de la península, y los invasores disponían de tan numerosa y buena caballería que la reserva únicamente mandada

por el mariscal Bessiers, que vino á España en el otoño de 1808, se componía de 14.000 dragones y 2.000 cazadores; total 16.000 ginetes de superior calidad, sin rivales á la sazón en el mundo.

De todas estas diferencias en la calidad de las tropas, se deduce que en las llanuras, los franceses, aunque molestados por las guerrillas (1), tenían que predominar, y en efecto, predominaron, y, por lo contrario, en las montañas la dominación francesa, ó fué muy efímera, ó siempre tan disputada que no pudo ser calificada siquiera de ocupación bélica.

El enorme macizo de montañas, formado por las cuatro provincias gallegas y el Bierzo, reunía todas las condiciones apetecibles para constituir el más inexpugnable baluarte de la independencia nacional, y ciertamente lo constituyó, pues los franceses solo una breve temporada mantuvieron allí dentro sus ejércitos, y pronto hubieron de retirarlos á la tierra llana que se extiende delante de aquellos montes. La línea defensiva de esta cordillera fué por tanto, y durante mucho tiempo, la avanzada de los españoles por el noroeste, y Manzanal y Foncebadón, esto es, Astorga, los puntos principales de la línea, toda vez que eran las entradas naturales de la región monta-

(1) «Entré en las inmensas y tristes llanuras de Castilla: á primera vista parece que en este país no debiéramos temer ninguna emboscada; porque estos llanos están totalmente desprovistos de bosques y montañas; pero bastaban las ondulaciones del terreno para que no hubiese ninguna seguridad. En las hondonadas ocultaban sus bandas los insurgentes españoles, y de allí salían para caer de improviso sobre los destacamentos franceses que mandaban, á veces, con absoluta confianza; porque á simple vista parecían reconocerse cuatro ó cinco leguas de terreno, y no se descubría en toda esta extensión un solo enemigo». (*Mémoires du general baron de Marbot*. Tom. II. - Pág. 329).

ñesa. Para los franceses la posesión de Astorga significaba la dominación absoluta de la llanura, tener recluido al ejército español en sus montañas, y bastaba un destacamento atrincherado en la ciudad para contener á las fuerzas españolas que pudieran descender de Manzanal. Para los españoles á su vez dominar en Astorga era demostrar que no sólo se guerreaba en la montaña, sino que había elementos y ánimo para disputar la llanura; era un avance en el camino de la circunferencia al centro, y tener en continuo sobresalto á todas las tropas francesas del reino de León, pues si los españoles estaban atrincherados en Astorga, los invasores no podían fraccionarse para forragear, y estaban amenazados de continuo de ver á sus enemigos en gran número cerca de Valladolid, esto es, sobre el flanco de la línea que guardaban ellos con más cuidado que era la de comunicación entre Madrid y Bayona. Por todo esto, llegó á ser la posesión de Astorga una verdadera preocupación para unos y otros.

II

Astorga en 1808.—Su falta de condiciones militares.
—*Descripción de la ciudad: la cerca ó muralla, el recinto murado, los arrabales.—Población; edificios principales.—Gobierno civil y eclesiástico.*

Pero si tanta era la importancia de Astorga como punto estratégico, sus condiciones para ser convenientemente defendida resultaban casi nulas, pues ni la naturaleza, ni el arte ofrecían elementos adecuados á tal intento. Está la ciudad edificada en el extremo de una pequeña meseta; formada por los valles de los riachuelos Tuerto y Gerga, que se levanta por este y sur, y se dilata planísima hácia el oeste, hasta el arranque del puerto de Manzanal, del que cabe considerar á toda esta meseta como la base ó su primer escalón. Merced á esta posición topográfica, viniendo de Madrid ó de León, Astorga surge sobre la cima de una colina y parece una gran fortaleza medioeval, ceñida de su muro con cubos ó torres, dentro del cual se apiña el caserío, coronado de campanarios; pero bajando del puerto, ó sea viniendo del Bierzo, la ciudad está enteramente al nivel del terreno.

Es Astorga ciudad antiquísima, y de tan ilustre historia como pueda serlo la que más. (1) Convento jurídico en la época romana y cabeza de los pueblos astures, era centro de cuatro vías militares (2), y tan fuerte que el actual recinto murado no constituía entonces, sino la *acrópolis* ó ciudadela, fuera de la cual se dilataba la población mucho más que al presente los arrabales. «Astorga se envanece de conservar aun el cingulo de murallas que le ciñeron sus imperiales señores, y que se dice fueron exceptuadas por Witiza, juntamente con las de León y Toledo, de la demolición general que entregó su reino desmantelado á los musulmanes; flanqueadas por frentes y desmoronados cubos, aunque bastante enteros para poderse andar por cima casi todo su circuito, forman un cuadrilongo prolongado de oriente á poniente, y por algunos lados siguiendo el desnivel del terreno, se elevan á grandiosa altura.» (3)

Estas murallas romanas de Astorga representaron principal papel en las guerras de la reconquista (4).

(1) Sobre la historia de Astorga pueden verse multitud de obras; pero la que resume todo lo verdaderamente interesante de la misma es la *Historia de la M. N. L. y Benemérita ciudad de Astorga* por D. Matías Rodríguez y Díez, maestro de Instrucción primaria.—Astorga, Imprenta de López.—1873.—Sabemos que el Sr. Rodríguez, al que el autor de esta monografía debe preciosas indicaciones y noticias, prepara actualmente la segunda edición de su obra.

(2) Una á Braga, dos á Zaragoza, otra á Tarragona y la cuarta directa á los Pirineos.

(3) Cuadrado.—*Recuerdos y bellezas de España: Asturias y León.*

(4) Alfonso I la tomó á los árabes, quienes volvieron á recuperarla, acaudillados por Abdemelik. Veremundo, hermano de Alfonso III, en Astorga se proclamó rey, y al abrigo de sus murallas, mantuvo durante siete años la usurpada soberanía.

Más adelante los partidarios del Duque de Lancaster, pretendiente á la Corona de Castilla, se hicieron fuertes en Astorga, y para desalojarlos de la ciudad, hubo que poner un sitio en toda regla que duró varios meses. (1)

Esto sucedió en 1386, y desde entonces no había vuelto la ciudad á figurar en los sangrientos anales de la guerra. Se conservaba el antiguo muro; pero más que como positivo elemento de defensa, por histórico recuerdo, y para decoro de la insigne casa que ostentaba como su mejor blasón nobiliario, el señorio de la ciudad. Nadie se había cuidado de recomponer aquella muralla de la acrópolis romana, ni mucho menos de reformarla en armonía con los progresos del arte de la fortificación, durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La natural acción del tiempo y el abandono de los hombres habían abierto en la débil cortina más de una espaciosa brecha (2); habían surgido delante de ella, con sus casas casi apoyadas en el mismo muro, tres arrabales ó barrios: el de Rectivía, en las afueras de la puerta del Obispo, á entrambos lados de la carretera que conduce, por el puerto de Manzanal, á Galicia; el de la Puerta del Rey, en el camino de León; y el de San Andrés en el de Madrid. Estas construcciones, obstruyendo el frente de la muralla hubieran anulado su fuerza definitiva, si tal fuerza hubiera existido; pero con arrabales y sin ellos, los muros de Astorga que el conde Pedro Navarro juzgara en su tiempo inútiles para toda resistencia seria, habrían

(1) Mandó á los castellanos en este cerco D. Alvar Perez Osorio, señor de las siete villas de Campos, de quien proceden los marqueses de Astorga.

(2) Santocildes.—*Resúmen histórico de los sitios de Astorga.*

podido servir, á lo sumo, bien recompuestos, para contener á una banda de contrabandistas ó partidarios.

La muralla de Astorga es tan estrecha que por su terraplén solo pueden marchar con holgura dos hombres de frente (1), y en ciertos parajes solo uno. El parapeto había desaparecido hacía mucho tiempo, pues en 1808 nadie recordaba haberlo visto (2). De trecho en trecho espáciase el muro para formar cubos ó medio torreones, suficientes por su anchura para colocar cañones de los que, á principios del siglo, se llamaban de pequeño calibre, dando de barato que la fábrica pudiese soportar la pesadumbre y las sacudidas del disparar. No había foso, ni estacada, ni camino cubierto, ni nada, en suma, de lo que se había ido inventando en este orden desde la época, ya tan remota, en que el Duque de Lancaster pretendía la corona de Castilla. El pueblo que sabe poner á las cosas nombres adecuados, llamaba á esta muralla *la cerca*, y esto era efectivamente: una cerca ó tápia.

Para mayor desdicha del que intentase utilizar tan curiosa y venerable antigualla con propósitos militares, la configuración del terreno en que la ciudad se asienta, ofrece á tal intento dificultades insuperables. Si mirando al este, ó sea viniendo del centro de la Península, el muro es bastante alto, llegando de Galicia se levantaba (3) segun hemos dicho, á nivel del suelo, y además algunas desigualdades ó repliegues del terreno brindaban á la artillería el pedestal

(1) Santocildes.—Resúmen, etc.

(2) Id. id.

(3) Hoy no existe ya esta parte del muro.

necesario para combatirlo á nivel del terraplén, y aun desde superior altura.

Formaba *la cerca* de Astorga un trapecio, dentro del cual aglomerábase la ciudad propiamente dicha, «hermosa, yerma, callada, sin monumentos casi y sin notables ruinas, sin más prerrogativa que su dignidad episcopal».... «De población antigua nada tiene Astorga sino la soledad y el silencio, y la yerba que cubre sus calles, que son más largas y rectas de lo que pudiera esperarse, atendida su calidad de tal; pero ningún suntuoso caserón, ninguna fachada artística, ningún vestigio presenta de solar ilustre de tantos como debió encerrar en otro tiempo (1)

Entrando por la puerta del Obispo que ya no existe, hallábase á mano derecha *el Castillo* ó palacio de los marqueses de la ciudad, construido ó reformado en el siglo XV, y que formaba un extenso rectángulo de cuyos vértices se destacaban macizas torres cilíndricas, coronadas de fuertes barbacanas (2); su fachada gótico-plateresca ofrecía una hermosísima puerta principal que ha sobrevivido al edificio el tiempo suficiente para que el grabado haya podido vulgarizar su elegante traza (3); en 1809 el palacio de los Marqueses estaba medio en ruinas, aunque

(1) *Recuerdos y bellezas de España.*

(2) Rodríguez Díez—Historia de Astorga.

(3) En 1811 fué demolido el palacio de orden de la Regencia, temerosa de nuevos ataques de los franceses; el ingeniero, encargado de la demolición, tuvo el buen gusto de conservar la fachada que fué publicada muchas veces en obras y periódicos ilustrados. En 1868 adquirió el ayuntamiento revolucionario los restos del palacio que en Agosto de 1872 desaparecieron, construyéndose en su solar con sus materiales.... ¡una plaza de toros! El señor Rodríguez Díez, que es muy liberal, disculpa, ó por lo menos trata de atenuar en su *Historia de Astorga* este atentado.

todavía se habitaba en parte. A mano izquierda de la misma puerta del Obispo, mirando su fachada á la del palacio, se alzaba, y se alza hoy, aunque sin su compañero de tantos siglos, la Catedral, magnífica construcción religiosa que refleja en su variedad de estilos todas las vicisitudes y evoluciones del arte arquitectónico desde el año de 1471 en que comenzó á edificarse, hasta principios del siglo XVIII en que, si no fué terminada, se suspendieron indefinidamente las obras. De las dos torres que debieron adornarla, solo está concluida una, (1) de gran elevación y penosa subida, y la cual jugó principal papel, como atalaya ó vigía, en los sucesos que son objeto del presente estudio.

Desde lo alto de esta torre, se registra, en efecto, toda la Ciudad y sus arrabales, y en soberbio panorama, los campos vecinos. Al oeste, cerrando el horizonte de norte á sur, la ingente cordillera, *formada de montes adustos y monótonos, despojados de alta y densa vegetación*, (2) señalándose perfectamente el puerto de Manzanal por donde la carretera sube á Villafranca, y el de Fuencebación que abre camino escabrosísimo á la histórica Ponserrada; al sudoeste entre Fuencebación y el pico del Teleno, la característica tierra de los maragatos que no tiene más que cuatro leguas en cuadro, terreno estéril y miserables aldeas de donde han salido tantos para ser opulentos en las ciudades más ricas; al oriente la vega del Orbigo,

(1) La torre de la izquierda está sin concluir á causa de haberse resentido, según opinión de muchos, cuando ocurrió el terremoto de Lisboa.—Rodríguez Díez. (Historia de Astorga).

(2) Cuadrado (Recuerdos y bellezas....)

afluente del Esla, que corre á dos leguas de la Ciudad, y por este lado y por los otros, prados en que pastan vacas, bosquecillos y alamedas que verdean sobre la tierra de color gris tirando á rojizo, muchas casas de campo, ermitas y pueblecillos (1) que ora campean sobre las lomas, ora parece que se esconden en los repliegues y quebradas. Desde la torre, finalmente, descúbreanse todos los caminos que afluyen á la ciudad: el real, ó carretera general que decimos hoy, de Madrid á la Coruña, que cruza la población entrando por San Andrés y saliendo por Rectivía, y entre otros varios, el que, aunque de corta extensión, pues solo alcanza siete leguas, fué siempre de gran importancia comercial, y en la guerra de la independencia de mucha estratégica: tal es la carretera que pone en directa comunicación á León con Astorga (2).

Junto á la Catedral estaba el palacio episcopal, destruido posteriormente por un incendio, y detrás del palacio *la huerta de! obispo*, una de cuyas lindes era la misma muralla. Por lo demás, poca ó ninguna diferencia encontraría en Astorga el que conociéndola en 1808, volviese á visitarla hoy; entonces, como ahora, vería en la plaza principal el Ayuntamiento, de vetusta construcción y vistosa fachada, con su pintoresco relój de los Maragatos (3); contigua á la ma-

(1) Según Santocildes, en estas aldeas podían alojarse 60.000 hombres.

(2) Esta carretera se descompone en los siguientes trozos: de León á Villadangos 4 leguas; de Villadangos á Hospital de Órbigo 2 leguas; de Hospital á Astorga otras 2 leguas.

(3) Son dos figuras de madera que se ven en la fachada, encima del relój, vestidas á la usanza de los maragatos, las cuales, por medio de un martillo que sostienen en sus manos, girando de dentro á fuera, y viceversa, dan la^s

yor, la espaciosa plaza que hoy se llama de Santocildes, vasto é irregular espacio en que formó la guardia imperial de Napoleón; veía el Seminario, inmenso y solidísimo edificio en que puede acuartelarse una brigada de infantería; veía los conventos de S. Francisco y de Santa Clara, los hospitales y el Hospicio (1); únicamente ha desaparecido el antiguo monasterio *duplicado* de San Dictino, fundado por este santo Prelado, restaurado en el siglo X por el Obispo Fortís, y que desde 1440 fué convento de la Orden de Predicadores.

La población de Astorga, comprendiendo la de los arrabales, que, en 1795, se fijaba en quinientos vecinos (2), ascendía, según Santocildes (3), á seiscientos, al estallar la guerra de la independencia, aunque parece algo excesivo tal crecimiento en tan pocos años. Era una ciudad de señorío secular, teniendo sus señores, los Alvarez Osorio, título de marqueses al que iba aneja la grandeza de España; entre las muchas prerrogativas de este linaje y marquesado figuraba el oficio hereditario de alférez mayor del Rey (4). El Marqués nombraba para el gobierno de la

horas en la campana grande que se halla en medio de las dos. Apuntamos estos pormenores, naturalmente, para los que no conozcan la ciudad de Astorga.

(1) El Hospicio fué fundado en 1799 por el deán D. Manuel Revilla. El Hospital de San Juan que se incendió en 1766, fué reedificado á expensas del Obispo Sánchez Cabezón, terminándose las obras en 1764. El Hospital de las Cinco Llagas es de fundación inmemorial.

(2) D. Antonio Vegas. «Diccionario geográfico universal».—Madrid.—M. DCC. XCV.—En la imprenta de D. Joseph Doblado,

(3) Memoria histórica.

(4) Procedía esta prerrogativa del fundador más ó menos legendario de la casa, Luis Osorio, 1.º de Villalobos, del que se cuenta que fué alférez

ciudad un corregidor ó alcalde mayor que asumía la triple función de juez, gobernador y presidente del municipio; generalmente desempeñaban este cargo licenciados en Derecho. El Ayuntamiento estaba constituido por regidores, procuradores del comun y del cabildo eclesiástico, y un síndico.

Pero en 1808, como en nuestros días, el centro moral de Astorga, su alma por decirlo así, no era el gobierno secular, sinó el eclesiástico. Ciudad levítica por excelencia, el Sr. Obispo lo llenaba todo con su autoridad y su influjo, participando de esta grandeza el cabildo, poderosa corporación que en aquella época se componía, nada menos, que de doce dignidades, veintidos canónigos y proporcionado número de asistentes. Seguian al cabildo en gerarquía é importancia los curas de las cuatro parroquias, y era tan numeroso el clero regular y secular que bien puede decirse que las dos terceras partes de la población, ó eran de esta clase ó dependían directamente de ella.



mayor del ejército cristiano en la batalla de Clavijo; y el pendón que llevó este Osorio en la fabulosa batalla se dice que es el que aún se guarda en el Ayuntamiento como preciosa reliquia histórica, Eran además los Osorios canónigos perpétuos de la Catedral de León por privilegio del papa Sergio II.

III

Autoridades de Astorga en 1808.—El Obispo Giménez.—El vicario Soto.—El corregidor Costilla.—Agitación del espíritu público en Astorga.—Breve referencia á los sucesos generales que prepararon la guerra de la independencia.—Levantamiento de León.—Movimiento de Astorga.

Al comenzar el año de 1808 era obispo de Astorga el doctor don Manuel Vicente Giménez, varón muy piadoso, y caritativo, aunque quizás algo tímido, y no para sucesos imprevistos y extraordinarios; con todas las cualidades para regir una diócesis en tiempos bonancibles, reservábale la Providencia una época de magnos y terribles acontecimientos, que habían de poner á prueba su carácter y virtudes: ocupaba la sede desde 1805. Era su vicario general y provisor el Lic. D. Juan Ignacio de Soto, ejemplar sacerdote y hombre, no solo de letras, sino de mucha viveza natural y no poco conocimiento de mundo; mientras que al Obispo, las cosas fuera del cauce regular podían sorprender y turbar, al Vicario nada turbaba ni sorprendía, estando su espíritu templado para todas las circunstancias, por anómalas que fuesen y se presentaran.

Desempeñaba el corregimiento ó alcaldía mayor desde 1804, el Lic. D. Pedro Costilla y Abastas, bello tipo del juez á la antigua española, rectísimo y muy

entendido, no solo en el laberinto legislativo, á la sazón vigente, sino en lo que se llamaba entonces humanidades; ya era anciano Costilla y en su alma se unía la fervorosa piedad de un católico español del siglo XVI con la firmeza social y patriótica de un romano, muy capaz de no levantarse de su silla curul, ante la espada del invasor galo. En Costilla se daban con toda pureza y en todo su ardor sublime los generosos sentimientos que llevaron á la generación de que formaba parte, á las proezas de la guerra de la independencia.

Aunque ciudad tan apartada de la corte, y en la que no se recibían más que dos ó tres números de la Gaceta, desde mediados de 1807 empezó á notarse en Astorga cierta rara excitación en los espíritus y una preocupación general por la cosa pública, allí antes desconocida, como en toda España. Primero muy por lo bajo, y tomando sus precauciones para que no llegase á oídos del corregidor, sin rebozo después, se murmuraba despiadadamente de Godoy y de la reina María Luisa, atribuyendo á la privanza de aquél un origen infame, y por efecto de ella, la decadencia y abatimiento de la patria. Del rey Carlos IV se hablaba al principio con cierta respetuosa compasión, y luego con el más profundo menosprecio, Todas las miradas y los corazones todos se volvieron al Príncipe heredero, á Fernando el Deseado, en cuyo advenimiento se cifraba el remedio de los males públicos, y la restauración á la vez del honor del trono y de la independencia de la nación; porque ya se había clareado que la alianza con el imperio francés no era tal, sino en el nombre, y realmente un yugo que todos los españoles juzgaban, no solo gravoso, sino vergonzosísimo. Si en 1808 hemos visto á tantas personas ilustradas

hacerse ilusiones vanas acerca del poder de España juzgándolo suficiente para defender sus colonias, á miles de leguas del territorio peninsular, contra la potencia formidable de los Estados Unidos, cualquiera puede comprender como serían las ilusiones, noventa años antes, cuando aun era verdad que en los dominios españoles no se ponía el sol, y el sentimiento patriótico, lejos de haberse corrompido y debilitado por un siglo de revoluciones y discordias civiles, despertaba de dos centurias de apacible y reparador sueño, con toda su pureza y fuerza juvenil. Muy pocos españoles admitían en 1808 que el imperio de Napoleón fuese más poderoso que España, y cualquiera idea ó especie contrarias á este sentir unánime, no solo se reputaban equivocadas, sinó que se rechazaban por criminales.

Durante el invierno de 1807 á 1808 la opinión pública que decimos ahora, fija, cada vez con más insistencia, en la corte de España, en el valido y en la reina á quienes se aborrecía, en el rey á quien se despreciaba, y en el príncipe á quien se amaba con frenesí, y del que se aguardaban toda suerte de venturas, apenas si dedicó al emperador Napoleón y á sus tropas que, en Octubre de 1807, invadieron ya la península con el pretexto de conquistar el reino de Portugal, sino atención muy secundaria; creían unos con la fe que suele ponerse en lo que nos agrada, que Napoleón, escandalizado como los españoles de las liviandades de una reina disoluta y del insolente valimiento de un advenedizo, deshonor del tálamo real y de la nación entera (1), solo aspiraba á derribarlos,

(1) No tratamos aquí de juzgar imparcialmente á Godoy, ni á la corte de Carlos IV, y sabemos que no faltan panegiristas disculpadores del cé-

entronizando en su lugar al virtuoso Fernando, con el que se proponía ser aliado sincero y cariñoso; sospechaban otros de las intenciones del emperador, y hasta se maliciaban que España le había sido vendida, pero atribuyendo esta infamia tan atroz al valido, no veían otra manera de contrarrestarla que la caída de Godoy, y estimaban que una vez en el trono el Príncipe de Asturias, nada más fácil que hacer salir de la península á las legiones francesas. Así, aunque los invasores se iban apoderando de las plazas fuertes y marchaban á tambor batiente y banderas desplegadas por las carreteras de Castilla, nadie hacía caso de ellos y se les veía pasar con la curiosidad y el interés con que se presencia un espectáculo nuevo y bizarro. ¡Singular efecto de las preocupaciones del espíritu que cuando nos llevan hacia un objeto determinado, nos hacen desatender todos los otros, aunque se nos pongan, por decirlo así, delante de los ojos, y amenacen á nuestra existencia ó á nuestros más caros intereses!

En aquella tremenda crisis de 1808, resultado de una intriga colosal—¡como urdida al fin y al cabo por un genio de las proporciones de Napoleón!—llegó á producirse un verdadero remolino de pasiones y de intentos contradictorios, y hubo un momento en que nadie, ni el mismo Napoleón, supo lo que quería y adonde iba. La equivocación fundamental

lebre personaje; v. g. el erudito escritor D. Juan Pérez de Guzmán que en varias series de artículos publicados recientemente en *La Epoca* pone á Godoy en los cuernos de la luna, llegando á decir (lo que por cierto, nos parece una enormidad) que fué un político de la talla de Talleyrand y Metternich. Pero sea lo que quiera de todo esto, nosotros solo pretendemos reflejar, no el juicio que merezcan realmente María Luisa y Godoy, sino el juicio que justa ó injustamente se formó de ellos en España en la época, objeto de nuestro estudio.

del emperador francés consistió en figurarse que su enorme fuerza militar bastaba para prevalecer en aquel caos que había contribuido él principalmente á producir; no calculó bien, aunque llegase alguna vez á temerlo, que la fuerza defensiva de una nación de más de diez millones de habitantes, fuera capaz de contrarrestar la pujanza ofensiva de sus elementos bélicos. Y este error que á la larga trajo su ruina, trájole como primera consecuencia, la para él tan funesta guerra de la península.

Cada vez más excitado el espíritu público, puede decirse que llegó á su punto máximo la excitación con la célebre causa del Escorial, fallada el 25 de Enero de 1808. En el convento de Padres Dominicos, en el Cabildo, en el Seminario, en las sacristías, en las tertulias de las casas particulares y en los corrillos de calles y plazas no se hablaba, sino del Rey, á quien muchos llamaban Leovigildo, aunque tan poco se pareciese por sus prendas al célebre monarca visigodo, de la Reina que era la infame Gosvinda, del Príncipe de Asturias, elevado nada menos que á la categoría de San Hermenegildo, (1) y de Godoy, contra el que los epítetos más duros y los calificativos más denigrantes se antojaban suaves y benévolos. Como suele ocurrir en circunstancias tales, las autoridades carecían de fuerza para oponerse á la corriente popular, aunque lo hubieran pretendido seriamente; pero es seguro que D. Pedro Costilla no pensó siquiera en contrarrestarla; porque la opinión

(1) Esta singular tecnología comparativa fué invención de Escoiquiz, y estuvo muy en boga en esta época. Fernando VII tomó en serio su papel de Hermenegildo, y es probable que con esto se relacione la creación por aquel monarca de la Orden militar de San Hermenegildo.

general era la suya propia, según demostró cumplidamente despues.

La ciudad de Astorga recibió con el mayor júbilo la noticia del motín de Aranjuez y de la proclamación de Fernando VII, creyéndose por todos que este ansiado suceso era el término de la crisis, cuando no significaba, sino el comienzo de su periodo agudo. En la Catedral se celebró con solemne *Tedeum* el advenimiento del nuevo soberano; las campanas, tocadas á vuelo, anunciaron á los pueblos de la vega el fausto acontecimiento, y la multitud victoreó al monarca con un entusiasmo que no era el que los pueblos suelen mostrar al advenimiento y caída de todos los príncipes, sino que tenía algo de frenesí patriótico. ¡Ah!.... ¡Sí alguien hubiese profetizado en aquellos momentos lo que iba á ser el reinado que se inauguraba con tanto, tan inmenso y tan profundo alborozo....!

Al desaparecer súbita y violentamente de la escena el aborrecido triunvirato, formado por el Rey, la Reina y el favorito, el espíritu público empezó á darse cuenta de la presencia de las tropas francesas, y pasó con suma rapidez de la confianza en que había vivido hasta entonces, respecto de Napoleón, al recelo y á la suspicacia. Godoy había sido como una cortina, detrás de la cual se ocultaron las intenciones de Napoleón, y al rasgarse la cortina, quedaron estas intenciones al descubierto. Y este momento era precisamente el escogido por el conquistador para soltar la careta, y mostrarse tal cual era, revelando de súbito sus propósitos, y dando un golpe de estado que soldase repentinamente á España con su imperio. ¡Equivocación, gigantesca como el genio que incurriera en ella, y cuyos efectos, habían de ser

proporcionados á su magnitud, es decir, colosales.

Ya durante el mes de Abril, el pueblo se volvió airadamente contra Napoleón, y las palabras ¡traidor! ¡traición! corrieron de un extremo á otro de la península, casi con tanta rapidez, como si á la sazón hubiera existido el telégrafo eléctrico. Las gentes se reunían á la entrada de las ciudades y de las aldeas á esperar los correos y los viajeros procedentes de la Côte, les preguntaban ansiosamente lo que ocurría, y comentaban con extraordinario interés la marcha de los sucesos. El viaje del Rey á Bayona excitó los ánimos hasta el delirio, y por último el choque del dos de Mayo en Madrid, determinó el definitivo rompimiento, y el verdadero principio de la lucha desesperada entre España y Francia.

En la región del noroeste no se habían visto hasta este momento soldados franceses. El cuerpo del general Junot, el primero de los que entraron en la península, se había dirigido desde Valladolid á Portugal, por Salamanca y Ciudad-Rodrigo. Vino después á Valladolid la división del general Dupont que, habiendo permanecido algunos días en aquella capital, bajó en línea recta á Segovia. El mariscal Bessiers había establecido más tarde su cuartel general en Búrgos, y desde allí solía enviar sus escuadrones de caballería por las tierras llanas de Palencia y León; pero sin hacerles avanzar mucho, para no apartarlos de la línea de comunicación de Madrid con Francia que tenía el encargo de custodiar á toda costa.

En cambio, todos los días, á partir de los primeros de Mayo, empezaron á verse en Astorga soldados españoles que, ya aisladamente ó en pequeños grupos, ya formando verdaderos destacamentos con sus

oficiales al frente, venían de Madrid, y pasaban para Galicia; procedían estos soldados de los cuerpos de la guarnición de la Corte y sitios reales, y eran desertores que huían, no del servicio de la patria, sino del invasor; habían abandonado sus banderas y roto valerosamente la subordinación que había querido imponérseles á un poder extranjero. (1) Las autoridades y el vecindario de Astorga, lejos de detener á estos prófugos, les animaban en su empresa, vitoreándoles, agasajándoles y dándoles cuanto necesitaban para continuar su viaje. Puede afirmarse que la ciudad no estuvo sujeta al gobierno extranjero ni siquiera un momento, y cuando se recibió la célebre *Gaceta* del 2 de Mayo con el parte oficial de las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII y el manifiesto del Consejo de Castilla á favor de José I, nadie pensó en someterse, ni pasó por ninguna cabeza la idea de hacer caso del vergonzoso documento. Desde aquel instante se suspendió la vida ordinaria; ya no hubo clases en el Seminario, ni orden ni concierto en nada, ni para nada; los estudiantes, los campesinos y no pocas personas principales, recorrían de continuo calles y plazas, gritando ¡*Viva Fernando VII!* ¡*Mueran los franceses!* ¡*Guerra á muerte!* Las turbas subían á los campanarios, y repicaban constantemente, tocando á rebato; en cuanto oscurecía, encendíanse grandes hogueras; el tumulto no cesaba jamás, y si entonces aparecía en las calles

(1) Rara era en Madrid la noche en que no se desertaban bandadas de 200 y 300 hombres. Escapábanse los soldados sin oficiales, y á veces con ellos, llevándose armas, bagages y efectos de guerra. Los guardias de Corps que estaban en el Escorial desaparecieron tambien gradualmente, de tal manera que no quedó allí uno solo.» (Thiers.—El Consulado y el Imperio).

algunos de los soldados, fugitivos de la corte, á que antes hemos hecho referencia, ya no se contentaban las gentes con manifestarles su simpatía, y agasajarles, sino que los besaban y abrazaban, y levantándolos en alto, sobre los hombros de los más robustos, los paseaban triunfalmente por toda la ciudad, entre gritos y algazara indescriptibles.

El día 24 de Mayo, el principado de Asturias, el primero entonces como en la más solemne ocasión de la historia nacional, declaró formalmente la guerra á Napoleón. Los leoneses no tardaron en secundar la empresa de los de Oviedo (1); el guardia de Corps, don Federico Castañón y Lorenzana, escapado como sus camaradas del Escorial, fué el alma del levantamiento de León, y en muy pocos días organizó una brigada con los elementos que halló á mano; como no había oficiales, ni clases de tropa improvisáronse unos y otras. Los mismos voluntarios eligieron á sus jefes. Así surgieron de repente el Regimiento Infantería de Voluntarios de León, á cuya cabeza se puso D. Félix Alvarez de Acevedo, los tiradores del Bierzo y el Regimiento de Húsares de León, para el que faltaban, por desdicha, caballos.

De León partieron inmediatamente emisarios para Galicia y para todas las poblaciones de la comarca. En Astorga encontraron á la ciudad en tumulto, y decidida á todo lo que fuese guerra contra los invasores. Los emisarios de León sugirieron á la muchedumbre alborotada la idea de que se nombrase

(1) Hasta hace poco había en el salón de sesiones del Ayuntamiento de León, una inscripción que decía: *Dió la primera el grito de independencia en 1808*; pero no es exacto; porque León no se levantó hasta que llegaron 800 hombres de Asturias.

una junta de armamento y defensa, semejante á la que se había constituido en la capital del antiguo reino. ¡Junta! ¡Junta! empezó enseguida á pedir el pueblo. D. Pedro Costilla no veía en ello ningun inconveniente, pues, aparte de que sus sentimientos eran los populares, el Marqués de Astorga, á quien representaba en la ciudad, fué de los primeros grandes del Reino que se declararon contra el gobierno intruso, hasta el punto de merecer que Napoleón ordenase pregonar su cabeza y confiscar sus bienes (1). Pero el Sr. Obispo, aunque tan buen patriota como el que más, por la natural timidez de su carácter opuso varias dificultades al proyecto que costó no poco trabajo vencer. La corriente popular era tan impetuosa sin embargo que hubiese arrollado á todo el que se le hubiera opuesto, y no hubo al fin otro remedio que acceder, y constituir la junta.



(1) El Marqués de Astorga tuvo la desgracia de ser Comisionado para entregar á Murat la espada de Francisco I que se guardaba en la armería real; llamado á Bayona para asistir á las tituladas cortes de aquella ciudad, se negó, y más adelante á figurar en la proclamación de José como Alférez mayor del Reino. Napoleón le declaró traidor por decreto expedido en Burgos el 12 de Noviembre de 1808; fué nombrado vocal de la Junta Suprema, cayó prisionero en Madrid el 4 de Diciembre, y conducido á Francia, condenado á cárcel perpétua. Se fugó de la prisión, y figuró otra vez formando parte del gobierno nacional.

IV.

Constitución de la Junta de Astorga.—Los Astorganos en Cabezón.—Sesiones de la Junta.—El ejército de Galicia.—Planes del general Blake.—Antecedentes de la batalla de Rioseco.—Agitación perenne en Astorga.—Servicios de la ciudad y de la Junta á la causa nacional.

La Junta de Astorga se constituyó el 6 de Junio de 1808 (1). Pero no significa esto que hasta entonces no se pronunciase la ciudad por la causa nacional; pronunciada estaba desde la segunda quincena de Mayo, y ya se había puesto en pié de guerra un pelotón de paisanos, titulado pomposamente *batallón de voluntarios* que, con la *bandera de Clavijo* al frente, formó parte de aquella turba de 5.000 y tantos hombres que intentó, á las órdenes del capitán general de Castilla la Vieja don Gregorio de la Cuesta, disputar á las divisiones francesas de Lassalle y Merle el paso del

(1) En el Archivo del Ayuntamiento existe un curiosísimo legajo que contiene el libro de actas de la Junta, y se titula así: *Libro de actas de la Junta de Armamento de esta ciudad y otros documentos pertenecientes á la misma desde el año de 1808*. El libro de actas que forma un abultado cuaderno, por cierto escrito con hermosa letra, lleva este título: *Libro de actas y acuerdos de la Junta de Armamento de esta ciudad de Astorga que dió principio én 6 de Junio de 1808*.

puente de Cabezón (1). Sucedió este desgraciado accidente el 12 de Junio; pero antes del día 6 habían salido ya de Astorga los ardorosos patriotas que en Cabezón experimentaron los primeros el terrible efecto de las armas napoleónicas.

Entre tanto la agitación tumultuaria no había cesado ni un momento en la ciudad. Los estudiantes del Seminario eran el alma de aquel generoso movimiento. Rota la disciplina académica, recorrían de continuo las calles los estudiantes vitoreando á Fernando VII y maldiciendo á los franceses, seguidos de una muchedumbre de campesinos que gritaban como ellos, y pidiendo todos á voz en cuello que se hiciese algo grande, algo extraordinario, proporcionado á la extraordinaria grandeza de las circunstancias. Por lo pronto se contentaban con que se crease una junta, como se había hecho en todas partes, y como se ha querido despues tantas veces sin la disculpa que había entonces, esto es, que aquella generación de 1808 no podía saber, como se ha sabido más tarde por larga y dolorosa experiencia, que tales juntas suelen servir para bien poca cosa.

El corregidor Costilla convocó al Ayuntamiento en el citado día 6, y propuso formalmente que se constituyera la deseada junta. La plaza estaba llena de pueblo que gritaba desaforadamente, lo que daba al espectáculo un tinte revolucionario muy vivo; apesar de esto, el Abad de Sta. Marta propuso que, en vez de nombrar la junta, se enviaran á León dos individuos del Ayuntamiento á enterarse bien de lo que ocurría en la capital; quizás el buen Abad pensara, y no iría desencaminado, que con la junta de León había bastante;

(1) Rodríguez, *Historia de Astorga*

pero junta, y junta inmediatamente, era lo que solicitaban todos, y lo que estaba en el ánimo, así de los que deliberaban en la sala capitular como de los que tumultuaban en la plaza. Otro sacerdote, el Abad de Peñalba, pronunció una fogosa arenga en pro de la idea general, y por aclamación, confundiendo los gritos de fuera con los de dentro, se tomó el acuerdo salvador.

No hubo discrepancias, ó por lo menos, no constan en los documentos que nos sirven de guía, acerca de las personas que habían de formar la junta. Nadie podía disputar al Sr. Obispo la presidencia, mejor dicho, una junta de la ciudad de Astorga sin el Sr. Obispo á la cabeza, hubiese parecido á todos acéfala. Con la misma unanimidad fué acordado que el Vicario General de la Diócesis fuera el segundo de la junta, y en defecto del Obispo quien la presidiera, en lo que se trasluce cierto temor de que el Prelado no se prestase á ejercer la función que se le encomendaba.

Dos comisionados del Cabildo Catedral, todos los Párrocos de la Ciudad, y el P. Prior de Santo Domingo y el P. Guardián de San Francisco completaban el numeroso elemento eclesiástico de la junta; el civil, digámoslo así, compusieronlo el Ayuntamiento y cuatro vecinos elegidos por las parroquias ó colaciones, y para representar al brazo militar se echó mano de los oficiales, quizás los únicos que hubiese á la sazón, en Astorga: uno, el teniente coronel de marina D. José Pernía, y otro, el capitán de Milicias retirado D. Cayetano Rodríguez de Cela.

Un bando promulgado por pregonero, repique general de campanas y estruendosos gritos de la multitud anunciaron, no solo á la ciudad, sino á

las aldeas del contorno que la junta se había ya constituido, y empezaba á funcionar. En efecto, no bien nombrados los individuos, celebró la junta su primera sesión, nombrando tesorero á D. Cayetano Rodríguez, y dos comisiones ejecutivas, una para entender en lo relativo al alojamiento de las tropas y servicio de bagajes, y la segunda para disponer respecto de acopio y distribución de víveres. Al mismo tiempo se decretó el alistamiento de todos los hombres útiles para el servicio de la patria y requisa general de caballos.

Lo primero no ofrecía dificultad alguna, pues la multitud no cesaba de pedir gritando: *armas, armas*. Todos querían ser soldados, y el improvisado sargento que se puso al frente de la caja de recluta, no reposaba en la tarea de apuntar nombres y mas nombres en la interminable lista; por desdicha faltaban las armas, y los uniformes y quienes supieran dar á la muchedumbre que se había alistado, algo de instrucción y organización bélicas. Cada pelotón nombraba á gritos, y entre las disputas mas apasionadas y violentas, á su capitán; adonde se sabía, ó se sospechaba que hubiese un arma cualquiera, allí marchaba la multitud á buscarla, y aparecían algunas de fuego, preciosas por su antigüedad ó rara hechura, dignas de figurar en un museo, al lado de otras vulgares ó tosquísimas; pero todas igualmente inútiles para el fin que se proponían los que las llevaban. Los que no habían conseguido escopetas ó trabucos, esgrimían espadas ó sables, puñales ó navajas, y no faltaban los que solo lucían en aquel desordenado alarde palos ó instrumentos de labranza.

La junta celebraba sesión casi permanente, procurando ordenar y encauzar el movimiento popular.

El día 7, á las diez de la mañana, se verificaron las elecciones por parroquias de los cuatro individuos que habían de formar parte de la junta como representantes directos de la población; cada feligresía eligió dos compromisarios, y luego estos designaron á los representantes. El Sr. Obispo empezó á presidir las sesiones el día 12; pero el vicario Soto, y el corregidor Costilla eran siempre los directores de la junta, demostrando ambos, como á porfía, una gran iniciativa y un entusiasmo verdaderamente conmovedor por la causa de la patria.

El general Cuesta, después del desgraciado combate de Cabezón, se había retirado á Rioseco. Desde allí, mucha de la gente colecticia que le seguía, abandonó el campo, tomando la vuelta de sus hogares. Entre ellos, figuró el titulado batallón de voluntarios de Astorga que, con la bandera de Clavijo siempre desplegada, regresó á la ciudad, y obtuvo en esta un recibimiento triunfal, como si volyiese de la más venturosa empresa. Las juntas de Asturias, de León y de Galicia escribieron á Cuesta aconsejándole que con las reliquias de su gente (la que no merecía, no ya nombre de ejército, sino ni el de una mala brigada) se recogiese á las montañas; pero Cuesta, militar de academia, no mal táctico teórico, ordenancista rígido, pero hombre de mucho menos talento que el necesario para comprender las condiciones de aquella guerra extraordinaria, incurrió en el gravísimo yerro de juzgar vergonzosa esta retirada, y en el no menor de creer que podía y debía disputarse al cuerpo del mariscal Bessiers la posesión de Castilla por medio de batallas campales. Así que, lejos de seguir el cuerdo consejo que le daban, exigió, con el imperio y terquedad propios de

su carácter, acostumbrado, hacía muchos años, al mando en jefe, é incapaz, no ya de doblegarse, sino de tomar en cuenta el parecer ageno, que de Galicia, Asturias y León fuesen á Rioseco cuantas tropas se pudieran juntar, para dar una batalla en toda regla á los franceses. Si estos hubieran sido sus inspiradores, no le habrían sugerido otra idea. ¿Qué más podía desear el mariscal Bessiers, sino que fueran á ponerse bajo los sables de sus numerosos y aguerridos ginetes 20 ó 30.000 españoles, mal organizados, en campo abierto, donde la caballería y su maniobrera infantería podían desarrollar todas sus cualidades, y alcanzar el máximun de su eficacia bélica, y sin que tuviera él que apartarse de la línea de Madrid á Bayona que había de guardar, según las instrucciones terminantes de Napoleón?

A Rioseco podía ir el mariscal con todo su cuerpo de ejército reunido; pero si los españoles se retiraban á Manzanal ó á Pajares, ya no le era posible atacarlos, sino con la tercera ó cuarta parte de su gente, y además variando las condiciones de la lucha, no ya campal, sino de montaña, perdía su principal elemento de superioridad que era la caballería. Es tan probable que casi parece seguro que si Bessiers triunfó en Rioseco con tanta facilidad de nuestros ejércitos del noroeste, en Manzanal ó en Pajares hubiera sido con la misma facilidad derrotado, en el supuesto de haberse atrevido á ir tan lejos de su base obligada de operaciones, á buscar á los nuestros.

Si Cuesta, militar de oficio, incurrió en la gravísima equivocación de no comprenderlo así, otro militar de oficio, en cambio, vió muy claro en este asunto, y fué el general D. Joaquín Blake, nombrado por la Junta de la Coruña comandante en jefe del

ejército de Galicia, en reemplazo del infortunado don Antonio Filangieri. (1) Nada menos que 40.000 soldados había puesto en pié de guerra el reínc de Galicia, sinó todos excelentes, medianos los más, y muchos muy buenos (2); únicamente necesitaba este ejército para ser inmejorable, caballería, y en cuanto á la tropa de á pié un período de tiempo de instrucción, ya para mejorar la de algunos de sus cuerpos, ya con objeto de preparar el conjunto para grandes operaciones, y completar á la vez el vestuario que era muy deficiente y robustecer la disciplina que se había quebrantado bastante en la sacudida del levantamiento. Teniendo todo esto en cuenta y las consideraciones generales que arriba se han apuntado, opinaba Blake con gran cordura por llevar sus cuarenta mil hombres á la cumbre de la cordillera que divide la tierra baja de León de la montañosa, ó sea al Bierzo, poniendo su cuartel general en Manzanal y extendiendo sus tropas por el norte hasta los montes de Asturias y por el sur hasta la Puebla de Sanabria, con lo que cerraba por completo todas las entradas de Galicia. Si Bessiers se decidía, cosa poco probable, á ir á combatirle en esta posición, con lo más que

(1) Don Antonio Filangieri, oriundo de Nápoles y hermano del célebre autor de la *Ciencia de la Legislación*, era capitán general de Galicia al estallar el movimiento de 1808. Unos voluntarios de la Coruña según las *Memorias de Blake*, ó unos soldados del Regimiento de Villafranca según el Conde de Toreno, asesinaronle inicua y cobardemente en Villafranca del Bierzo. Al ocurrir este abominable crimen, la Junta de la Coruña le había ya destituido del mando, nombrando para substituirle al brigadier cuartelmaestre general D. Joaquín Blake, ascendiéndole antes á teniente general.

(2) Sirvieron de base á este ejército de Galicia los cuerpos que había en aquella región con motivo de la guerra con Portugal y para defender la costa contra los ingleses.

podía destacar para tal intento que fueran unos 7 ú 8000 hombres corría, según hemos dicho, inminente riesgo de ser rechazado en una batalla, para los nuestros puramente defensiva, librada en las ásperas pendientes de Manzanal ó Foncebadón, despues de cuya derrota era probabilísimo que le sobreviniera un completo desastre. ¡Quién puede adivinar hasta donde hubieran llegado los efectos venturosos de esta prudentísima y sábia conducta!

Pero Cuesta se obstinaba en que era vergonzoso no ir á buscar á los franceses en la llanura, y por desdicha de la causa nacional, tenía más carácter, esto es, era más terco que Blake en sostener su parecer, favoreciéndole además para llevar adelante su descabellado intento su superior gerarquía militar, la sólida reputación de táctico y ordenancista de que disfrutaba, (merecidamente sin duda alguna), y sobre todo la opinión del vulgo, decisiva en aquellas circunstancias como en todo período revolucionario, y la cual, cuanto fuese prudente y sensato, tachábalo de flaqueza y cobardía, y lo audaz y temerario tenía lo por gallardo y heróico. La Junta de Asturias, menos influida que la de Galicia por el talento de Blake, fué la primera en dejarse arrastrar por las excitaciones de Cuesta, y ordenó á los cuerpos que había levantado, que fueran á reunirse con el capitán general de Castilla la Vieja en Rioseco. La Junta de Galicia hubo tambien de ceder al cabo, y prescribir á Blake que saliese del Bierzo en la misma dirección funesta.

Ya resuelta la ofensiva, presentó Blake un plan de campaña, del que ni entonces, ni despues se hizo mucho aprecio; pero que, al publicarse la correspondencia de Napoleón, se vió que era el que el Capitán del siglo temía ver adoptado por los generales espa-

ños. ¿Cabe mayor elogio? Proponía Blake que, en vez de marchar á las desamparadas llanuras de tierra de Campos, se dirigiera el ejército por la Puebla de Sanabria á Zamora, para desembocar en Segovia y Guadarrama, por terreno libre de franceses, á la sazón, y al abrigo de montañas que habían de neutralizar la superioridad del enemigo en caballería y en solidez militar (1). Pero suele querer la mala suerte, así de los individuos como de las naciones, que cuando se elige un sendero equivocado, haya la resolución suficiente para recorrerlo hasta el fin, y esto sucedió entonces: se había deshechado el juiciosísimo plan defensivo de Blake, y también lo fué este ofensivo, en su orden no menos juicioso, ordenándose en consecuencia al ejército de Galicia que saliera del Bierzo, no en la dirección propuesta por su general en jefe, sino en la señalada por Cuesta, está es, hácia la gran llanada de Castilla la Vieja, donde no podía encontrar otra cosa que lo que halló: el desastre de Medina de Rioseco.

Durante todo el mes de Junio, estuvo Astorga entre el ejército de Blake que ocupaba las crestas de las montañas vecinas, y el ejército de Cuesta, situado en Rioseco. Constantemente cruzaban la ciudad destacamentos de uno y otro, ayudantes y correos, portadores de partes y comunicaciones, y constantemente se pedían por los respectivos generales en jefe víveres, dinero y socorros de toda especie. El ejército de Galicia estaba sumamente necesitado de todo; la marcha desde Lugo hasta Villafranca y Manzanal había sido por extremo trabajosa: «por un país mi-

(1) Sobre este interesantísimo plan de Blake véase al general Arteché. — Guerra de la Independencia. Tomo I.

«serable, sin recursos, fácil es imaginar cuales serían «los trabajos y miserias de la tropa y oficialidad en «aquellos días de marcha, continuamente acampadas «*al vivac*, sin pan, sin vino y sin nada.» (1) En las montañas del Bierzo es claro que no habían de hallar aquellas tropas su Cápua ó su Lombardía, y siendo Astorga la población más importante de aquellos parajes, allí se dirigían las peticiones y las exigencias. La Junta trabajaba de día y de noche procurando arbitrar recursos; Costilla y Soto se multiplicaban, y aunque se conseguía lo que nadie hubiera imaginado antes que se hubiera podido lograr, siempre quedaba el resultado muy lejos de lo que hacia falta. Las raciones iban por docenas y aun por cientos de millares hácia el puerto de Manzanal, á lomo de las caballerías de la ciudad y de la vega que se habían embargado todas á tal efecto, y por el mismo camino marchaban las telas, ya en piezas, ya confeccionadas, y cuanto dinero se podía recoger; todo el mundo, embriagado de entusiasmo patriótico, soportaba las exacciones, no ya resignadamente, sino con alegría, y si alguno se manifestaba reacio ó desafecto, la nota de mal patriota, de afrancesado, caía enseguida sobre él, y esta era la peor desdicha que podía sobrevenir entonces á una persona.

El día primero de Julio, el ejército acantonado en el Bierzo, empezó á descender al llano, y todos sus cuerpos fueron pasando sucesivamente por Astorga. Pasó primero la vanguardia, mandada por el Conde de Maceda, y en la que iban los batallones mejor uni-

(1) «Memorias para la campaña militar de España desde 1808 hasta 1812, por el primer Ayudante general de Estado Mayor don Joaquín Morcaso.»

formados; después desfiló la primera división, á las órdenes del mariscal de campo D. Felipe Jado Cagijal. La segunda división, mandada por D. Rafael Martinengo, quedó en Manzanal con un destacamento en Astorga que sirviera de enlace entre el ejército que avanzaba y su base de operaciones que seguían siendo las montañas de que partía. En esto, como en haber dejado después otra de sus divisiones en Benavente, con el mismo fin de guardar las comunicaciones, creemos que la erró Blake, en otras cosas tan acertado. Funesto error era ir á presentar batalla campal á los franceses con un ejército como aquél en el período embrionario de su organización, y falto de un elemento tan indispensable, como el arma de caballería; pero ya que había sido aceptado este error, y se marchaba resueltamente á consumarlo, la más vulgar previsión aconsejaba que se corriese la peligrosísima aventura, procurando reunir las mayores probabilidades de resultado venturoso, esto es, con el mayor número de fuerzas posible. Y ¿á qué, ni para qué tenía Blake que preocuparse de sus comunicaciones, hasta el punto de sacrificarles dos divisiones enteras, ó sea, casi la mitad de su ejército, maniobrando en un país, no solo amigo, sino delirante de entusiasmo por la causa que defendía? Se comprende que á Bessiers hubieran preocupado las comunicaciones; porque estaba en medio de un país hostil hasta lo sumo, esto es, en circunstancias absolutamente contrarias que Blake, y sin embargo al mariscal, aventajado discípulo de la escuela napoleónica, no importaron un ardite, y concentró todo su cuerpo de ejército para presentarse con considerable fuerza en Rioseco, sabiendo que si salía vencedor en la batalla, tiempo y ocasión ten-

dría de sobra para derramarse otra vez, y restablecer las comunicaciones que hubiese perdido. El arte de la gran guerra estriba en esto: en ser superior al adversario en el momento decisivo de la campaña.

La tercera división que desfiló por Astorga, inmediatamente después de la primera, iba mandada por el Marqués de Portago, y la cuarta que pasó la última por el brigadier de Marina D. Francisco Riquelme. El total de la fuerza, contando la segunda división que quedó en el puerto de Manzanal, ascendía á unos 27.000 hombres con treinta piezas de campaña, y de caballería... ¡sólo 150 ginetes!, yendo como se iba, á pelear en una inmensa llanada, y con un enemigo que contaba sus ginetes por millares.

Exceptuando algunos cuerpos de la vanguardia, el vestuario del ejército que vieron pasar los astorganos, en los primeros días de Julio de 1808, era detestable. Sin uniformar casi todos los soldados, iban muchos enteramente desnudos ó cubiertos de andrajos, y en cuanto al calzado apenas se veían piés con algun rastro de haberlo tenido. La Junta de la Coruña, á las peticiones de Blake, solo había podido responder que *esperaba que los castellanos agradecidos darían al ejército pan y vestido*. Y era el caso que los castellanos, juntos en Rioseco en número de unos siete mil hombres, á las órdenes de Cuesta, esperaban que el ejército de Blake les llevase vestido y pan; porque no menos hambrientos, ni menos desnudos estaban que los infelices gallegos. Estos, ávidos de comer, se derramaban por las aldeas y casas de campo de tierra de Astorga, y las saqueaban, y aunque la buena voluntad de los paisanos era muy grande, no faltaban disgustos, ni choques, ni verdaderos combates entre paisanos y soldados, en que abun-

dantemente corría la sangre de unos y otros. En la ciudad puede decirse que, por más que no se hubiese decretado oficialmente, de hecho se practicaba el embargo ó la confiscación universal; los agentes de la Junta entraban en las casas, y sacaban, quisieran ó no sus dueños, cuantos víveres había, y los entregaban á los soldados que cocían sus ranchos en medio de las calles, sirviéndose, á veces, de los muebles y de las puertas y ventanas para combustible; los vecinos que se habían quedado sin comer, acudían en torno de las ollas, y los soldados compartían con ellos, y muy gustosamente, la improvisada menestra, brindando unos y otros por la santa causa que habían abrazado; y confundidos todos en tosca, pero noble fraternidad, cantaban coplas patrióticas, y vitoreaban frenéticamente á Fernando VII, mientras las campanas tocaban á rebato sin cesar, ofreciendo todo aquello el más extraño espectáculo, si hermoso en su conjunto y por lo que significaba, feo y hasta repulsivo en la mayor parte de sus pormenores.

La Junta funcionaba permanentemente, y el anciano Costilla parecía no necesitar reposo, pues de día y de noche, á toda hora, estaba en su puesto. De todas partes, y en todos los momentos, llegaban comunicaciones, quejas, peticiones y exigencias que había que resolver sin demora. El coronel del Regimiento Infantería de Mallorca dirigió á la Junta un oficio urgentísimo, manifestando que doce mujeres prostitutas marchaban con su columna, y no sabía el Coronel como deshacerse de ellas; la Junta acordó que fuesen detenidas en la cárcel de la Ciudad. (1). El alcalde mayor de la villa de Turienzo

(1) Comunicación de 30 de Junio.

de los Caballeros oficia con urgencia (1) que ha llegado allí el batallón de Ivernia, y que no tiene con qué aprovisionarlo; se dispone que se haga nueva requisa de víveres, y se manden enseguida á Turienzo. El general Blake pide que se envíen á Benavente, donde había establecido su cuartel general, cuantos médicos y cirujanos puedan encontrarse, y se acuerda que salgan inmediatamente todos los que hay en la Ciudad. (2). Desde el mismo cuartel general de Benavente exige Blake el envío urgentísimo de 18000 raciones (3), y como ya no hay caballerías de que disponer, se remiten á hombros de vecinos. Todos los días llegan heridos y enfermos; los hospitales están atestados, y la Junta acuerda que se repartan por las casas particulares. No bastando este recurso, se dispone el embargo de la fábrica de Curtidos de D.^a Josefa Carracedo y del molino que fué del rector Loredó, ambos en el término de Celada, para establecer nuevos hospitales de sangre (4) Con objeto de habilitar convenientemente estos improvisados establecimientos los agentes de la Junta sacan de las casas particulares mantas, sábanas y colchones, y hay mujeres entusiastas que se quitan las camisas y toda la ropa blanca para que sirvan de hilas y vendages.

La Junta tiene que intervenir y tomar acuerdos en los más extraños y graves asuntos. La de la Coruña había dispuesto levantar un batallón de presidiarios, de los que extinguían sus condenas en el arsenal del

-
- (1) Comunicación de 3 de Julio.
 - (2) Comunicación de 12 de Julio.
 - (3) Comunicación de 5 de Julio.
 - (4) Acuerdo del día 14.

Ferrol. Se supo esto en Astorga, y tembló toda la Ciudad ante la idea de que semejante batallón fuese á pasar por ella. Resolvió la Junta representar al general en jefe y le dirigió, en efecto, una comunicación, muy bien escrita por cierto, obra probablemente del vicario Soto, en que exponía la buena doctrina, hoy universalmente admitida, sobre cuerpos de penados; «tales hombres, decía la comunicación, son incapaces de servir bien, y así lo demostró la última guerra con Francia, y son además un castigo para las tierras por donde pasan.» Concluía pidiendo al general Blake que si se llegaba á levantar este cuerpo, no pasara por Astorga (1).

(1) Sesión de 8 de Julio.

v.

Batalla de Rioseco.—Retirada de Blake.—La tierra de Astorga llena de dispersos y desertores.—Bandillaje.—Trabajos de la Junta.—Astorga, hospital general del ejército de Galicia.—Generosísima conducta de los astorganos.—Los franceses delante de Astorga.—Notable incidente del 28 de Julio.—Retirada de los franceses.—Entusiasmo general.

No entra en nuestro asunto la descripción de la batalla de Medina de Rioseco, librada el 14 de Julio, y que los franceses ponderaron tanto en sus boletines creyendo el mismo Napoleón que, como la de Villaviciosa en la guerra de sucesión, respecto de Felipe V esta batalla aseguraba la corona en las sienes de su hermano José. Baste decir aquí que después de la sangrienta rota, Cuesta tomó con su titulado ejército de Castilla el camino de León, y Blake con el de Galicia la vuelta de Astorga por el camino real. Aun no escarmentado Cuesta por los reveses de Cabezón y Rioseco, quería probar otra vez la suerte de las armas en los llanos de Campos; pero Blake, había formado la resolución firmísima de no hacerle caso, y situar sus tropas donde primeramente había pensado con tanta cordura, ó sea en las montañas del Bierzo, fortificando bien la subida de Manzanal para resistir allí con ventaja al ejército fran-

cés, si se obstinaba en su persecución, é intentaba penetrar en Galicia.

De nuevo vió Astorga desfilar por su recinto al ejército de Blake; pero ¡en qué situación tan diferente de cuando, días atrás, marchaba, desnudo y hambriento, pero animosísimo y disciplinado al encuentro del enemigo! La división que había quedado en Benavente, era la única que conservaba la disciplina, y la cohesión que es su principal consecuencia; las otras desorganizadas mas que en el combate, en las presurosas marchas de la retirada, se presentaron esta vez en el mas lastimoso estado; revueltos y confundidos los hombres, no constituían ya verdaderas unidades orgánicas, sino grandes ó pequeños pelotones sin jefes, ni oficiales, que caminaban en completo desórden, casi á la desbandada, guiados por el instinto de la fuga que los impelía hácia las cumbres de Manzanal. Pero contrarrestando este impulso, la necesidad de vivir, obligábales á detenerse, pues como nadie se cuidaba de alimentarles, habían de procurarse la subsistencia merodeando, y así se desparramaban por los campos para saquear casas y aldeas, extendiendo sus depredaciones varias leguas á entrambos lados de la carretera. Muchos de estos merodeadores seguían, aunque despacio y á la cola, la marcha del ejército derrotado, y una vez en el Bierzo volvían á incorporarse á sus regimientos; pero otros, ó extraviados en el camino, ó por afición al género de vida que la necesidad les había hecho abrazar, perdido ya todo freno, permanecían vagando por la campiña, como verdaderos foragidos.

La tierra de Astorga padeció en esta ocasión semejante plaga, y en proporciones aterradoras; los soldados dispersos cometían todo linage de excesos,

y no había quien se aventurase á salir de poblado por miedo de tropezar con los desmandados desertores. La Junta hubo de dedicar la sesión del 16 de Julio á este desagradable asunto, y fué acordado pedir al general Blake el envío de partidas volantes con sargentos y cabos, para perseguir y reducir á tales enemigos, más peligrosos y terribles que los mismos franceses.

Otros negocios si bien no tan ingratos, tan difíciles como éste, preocupaban á la vez á la Junta. El ejército, á su paso por Astorga, dejó en la ciudad toda su gruesa impedimenta de heridos y enfermos. Ya no bastaba ningún recurso de los puestos en juego hasta entonces para asistir y cuidar á tantos enfermos; el hospital de San Juan, el de las Cinco Llagas y los últimamente habilitados, estaban repletos; lo mismo muchas casas particulares. Pero si la necesidad había llegado á lo extraordinario, de lo extraordinario pasaron la caridad y patriotismo de los astorganos. Quizás en toda su larga y gloriosa historia, no tenga la ciudad página mas hermosa que esta página que no parece referir hechos de hombres, sinó de ángeles: el Hospicio, el Seminario, el Castillo, el Palacio episcopal, el Ayuntamiento, las casas ricas y las casas pobres, cuanto era edificio grande ó chico, fué convertido en enfermería, y no hubo persona sana que se atreviese á reposar en lecho, mientras faltase á un soldado enfermo; toda la ropa blanca se destinó al mismo sublime objeto, y todos los hombres y todas las mujeres se consagraron al oficio de enfermeros. Canónigos, sacerdotes, frailes, licenciados, hidalgos, plebeyos, ciudadanos y campesinos, todos á una, y compitiendo entre sí por quien lo hacía mejor, cuidaban

de aquellos desgraciados. Astorga no fué más que un hospital inmenso; el espíritu de San Vicente de Paúl y de San Juan de Dios parecía haber entrado en el cuerpo de todos y cada uno de sus moradores.

Temíase entre tanto que de un momento á otro se presentasen los franceses. El mariscal Bessiers había seguido con su cuerpo de ejército al del general Blake, y estaba decidido ó por lo menos, así lo decía él, á forzar el paso de Manzanal. Nuestro general con las dos divisiones que había conservado intactas y otras tropas que le mandaron del interior de Galicia, fortificaba la subida del puerto, y es muy probable, casi seguro, que si hubiera llegado el choque, la victoria hubiera sido de los españoles; porque Bessiers que en Rioseco tuvo 23.000 infantes y 2250 ginetes, delante de Manzanal apenas si hubiera podido reunir 4 ó 5000 de los primeros, y la caballería le era completamente inútil para tomar posiciones de montaña. Por esto, sin duda, no se apresuraba el Mariscal á poner en ejecución su muy cacareado intento. Limitóse por lo pronto á destacar sus escuadrones de caballería por la tierra llana que recorrieron en todas direcciones; desde la torre de la Catedral de Astorga empezaron á verse, á lo lejos, estas columnas de caballería que levantaban nubes de polvo en su veloz carrera.

Nada se sabía en la ciudad de las intenciones del enemigo, ni aun donde se hallaban sus principales núcleos. Para obtener algunas noticias, acordó la Junta en sesión del 18 de Julio, enviar dos exploradores ó espías, uno por la ruta de Benavente y otro por el camino de León. Anunciada la determinación, presentáronse muchos voluntarios á tan peligroso servicio, y fueron escogidos dos hidalgos, don Juan de la Cruz García y don José Arias, saliendo inme-

diatamente el primero hacia Benavente, y hacia León el segundo.

El día 19 hubo de volver la Junta á tratar de los desmanes y atropellos que cometía la soldadesca rezagada en las cercanías de Astorga; las bandas de merodeadores, no solo robaban cuanto veían, sino que apaleaban á los paisanos y cometían todo género de vituperables excesos; por huir de tales enemigos, los campesinos abandonaban sus casas con sus mujeres y niños, y se guarecían en Astorga, adonde no se atrevían á penetrar los bandidos, y como no había medio de proporcionarles albergue, vivaqueaban en medio de las calles, y ellos mismos habían de buscarse el sustento garbeando sin cometer ciertamente verdaderos hurtos, porque en aquella espantosa confusión reinante de casas y personas, las palabras tuyo y mio habían llegado á perder su significado usual; todo era de todos, como en los tiempos primitivos, ó mejor dicho, solo era de cada cual, lo que ganaban por la fuerza ó por la astucia. La Junta había organizado cuadrillas de vecinos armados de escopetas, que recorrían las calles y las cercanías de la ciudad procurando poner á tiros un poco de orden; pero quizás éste medio aumentaba el desorden, promoviendo á cada paso batallas entre las cuadrillas y los merodeadores. Así la Junta insistía en reclamar del general en jefe el envío de un destacamento que capturase á los desertores y asegurase la tranquilidad en la ciudad. Blake, sin embargo, que necesitaba de todos sus soldados para presidir los pasos de la sierra, hacía oídos de mercader á esta repetidísima reclamación y únicamente mandaba oficiales exigiendo nuevas remesas de víveres ó de dinero. El día 20 v. g. se presentó en Astorga el comandante de

Zapadores Tovar, pidiendo herramientas para recomponer armas, y la Junta hubo de acordar que se practicase una requisita en todos los talleres: cuanto pareció útil á Tovar, fué embargado, y salió aquella misma tarde, á hombros de vecinos, en dirección del puerto.

Al día siguiente de este suceso, se supo que una columna francesa de infantería y caballería había entrado en Valencia de D. Juan. Se decía, probablemente con fundamento, que Bessiers pensaba encontrar sus fuerzas y establecer un cuartel general en Astorga para desde allí iniciar el ataque de las posiciones de Manzanal, ocupadas por el general Blake. Dispuso Costilla, como consecuencia de estas noticias, que se organizara inmediatamente un convoy para trasportar al Bierzo los archivos de la ciudad y los caudales, á la primera orden. Se hizo un arqueo del numerario que obraba en poder de la Junta, resultando un efectivo de 284.011 reales con 17 maravedises. Los archivos empezaron á juntarse para el transporte en la plaza mayor, donde se vieron muy pronto enormes montones de papeles y legajos. ¡Cuánto se debió perder entonces!

El día 28, como á las nueve y media de la mañana, las campanas de la Catedral rompieron á tocar furiosamente á rebato, se oyeron tiros y descargas cerradas, y la gente comenzó á correr en todas direcciones. Tardó mucho tiempo en saberse lo que ocurría. Era que una partida francesa de cincuenta ginetes se había presentado de súbito delante del arrabal de San Andrés: una de las cuadrillas de vecinos que rondaban por aquel paraje, disparó sus escopetas contra los enemigos. Sin intimidarse por la descarga, avanzaron los franceses resueltamente,

y dos de ellos llegaron á una brecha espaciosa que por allí tenía la cerca, con evidente intención de querer penetrar en la ciudad. Acudieron otros vecinos, tambien armados, y dispararon igualmente, hiriendo á uno de los dos temerarios. Retiráronse ambos, y entonces se destacó del grupo uno que parecía oficial, ondeando en la punta de su sable un pañuelo blanco. Costilla que había acudido al paraje, ordenó que se suspendiera el fuego, y haciendo señas al oficial francés, concluyó por ponerse con él al habla. Dijole el parlamentario que era portador de una carta para el corregidor de la ciudad; Costilla, sin darse á conocer, recibió la carta, y manifestó al francés que esperase allí que no tardaría en volver con la respuesta.

Corrió el corregidor al Ayuntamiento, donde ya estaban los demás individuos de la Junta, y fué leída la carta que era del capitán de aquel destacamento, y se limitaba á pedir una entrevista con la primera autoridad de Astorga. Fué acordado acceder á la petición, y se redactó enseguida una respuesta en tal sentido, enviándola con un mensajero. Pero ¡cual no sería la sorpresa de éste, cuando llegado al arrabal, no halló al parlamentario enemigo, ni descubrió por ninguna parte al destacamento que tanto había alarmado á la ciudad! Tan súbitamente como aparecieron, se retiraron, y no se fueron de vacío, pues la escaramuza les costó tres heridos.

Los paisanos celebraron el inesperado desenlace como glorioso triunfo. Las campanas repicaron gozosamente, y el entusiasmo popular, si no amortiguado abatido por tantas desgracias y sobresaltos, y sobre todo por el espectáculo de los millares de heridos que había en la ciudad, muchos de los cuales

iban falleciendo diariamente, se refrescó con este episodio, el cual, aunque insignificante, demuestra la decisión generosa de nuestros abuelos en esta guerra; pocas veces se ha visto en la historia que después de una derrota, como la de Rioseco, una ciudad tan pequeña como Astorga, sin un solo soldado en su recinto, se atreva á ponerse en defensa contra los destacamentos enviados por el vencedor para recoger el fruto de su victoria. Recuérdese lo que sucedió en la guerra franco-prusiana, donde no ya destacamentos de cincuenta ginetes, sino parejas de hulanos se impusieron á poblaciones siete veces más populosas que Astorga, y, aunque nos sonroje, la debilidad vergonzosa de algunas de nuestras ciudades marítimas en la última guerra con los Estados Unidos, se podrá debidamente apreciar el valor extraordinario, la decisión sin límites que supone en aquellos paisanos de Astorga, el hecho de salir con sus escopetas á disparar contra la caballería francesa victoriosa, sin saber, ó, mejor dicho, sabiendo que detrás de aquellos cincuenta ginetes venía todo un ejército que podría facilísimamente prender fuego á la ciudad y degollar á sus moradores.

La Junta comprendió, sin embargo, que resistir á los franceses era una temeridad que solo podría traer desgracias á la ciudad, ninguna ventaja para la causa de la patria, y así tomó el acuerdo de preguntar por oficio al general Blake si entraba en sus planes la defensa de Astorga. El día 29 por la mañana se recibió la contestación negativa, y en su consecuencia se anunció por pregón que cuantas personas no quisieran esperar la entrada de los franceses, esto es, los hombres del pillage, y quizás de la matanza, debieran salir inmediatamente hacia Man-

zanal, en cuya dirección iban desde luego á mandarse las alhajas de valor, el dinero y los documentos. Y ¿nosotros qué hacemos? preguntó el anciano corregidor. «Nosotros, respondió el venerable Prelado, debemos permanecer aquí, suceda lo que quiera.» Todos los de la Junta, entusiasmados por la noble entereza del piadoso Pastor, al que muchos tildaban de tímido, corrieron hácia él, y le besaron el anillo, y así, por aclamación, se tomó este magnánimo acuerdo.

A la mañana siguiente, (día 30), no ya cincuenta ginetes, sino muchos centenares en varias columnas, aparecieron en torno de la ciudad, y aunque á distancia, la rodeaban enteramente corriendo la tierra hasta el pié de los puestos. El primero de Agosto una gruesa columna de infantería y caballería se situó en Puente de Órbigo.

Así las cosas, el día 2 que todos temían fuera ya el de la entrada de los enemigos, trajo la novedad de que éstos habían desaparecido por completo de las cercanías de Astorga. Nadie acertaba con la causa, y ni los más optimistas se atrevían á suponer que fuera tan halagüeña como era realmente, pues,—ya lo habrán recordado nuestros lectores,—esta inesperada retirada era uno de los efectos de la victoria de Bailén, conseguida el 16 de Julio, y de la que el 2 de Agosto no se tenía en Astorga la más ligera noticia. Ni en muchos días despues llegó á saberse tan grata nueva, pues, según el libro de actas de la Junta, se creía que la desaparición de los franceses *era cautelosa* (es la palabra que usa el referido libro). Por fin se divulgó la noticia y ni que decir tiene que la alegría llegó al punto más alto. No descansaban las campanas de anunciar estruendosamente á la

vega y campos vecinos el triunfo de las armas españolas, ni los sacerdotes de cantar *Te Deums* en la Catedral y en todos los templos, ni las gentes de vitorear á Fernando VII, de abrazarse unos á otros en las calles, y de disparar al aire las escopetas á modo de salvas.... Los trabajos pasados parecían insignificante precio conque se había comprado este día esplendoroso de triunfo y de gloria.... ¡Ah! Todos daban ya por concluido el gran drama de la guerra, y, desdichadamente, apenas se había terminado el primer acto.

VI.

Otra vez Blake en Astorga.—Sucesos en la ciudad.—Incidente del canónigo don Anselmo José del Valle.—Energía de Costilla.—Desgraciada campaña del invierno de 1809.—Derrota y casi absoluta dispersión del ejército de la izquierda.—El Marqués de la Romana.—Los ingleses en Astorga.—Sufrimientos de la población y quejas de los ingleses.

Por tercera vez vieron los astorganos al ejército de Galicia reorganizado en las semanas que había permanecido en los montes del Bierzo. Constaba ahora de 23.000 hombres, y su caballería de 400 ginetes bien montados. Los uniformes, si no excelentes, eran presentables. Blake estableció en Astorga su cuartel general, extendiendo sus divisiones hasta Benavente por una parte, y hasta León por otra.

Consecuencia inmediata de esta nueva situación de las cosas, fué el restablecimiento del orden en la ciudad y comarca. Partidas volantes, mandadas por sargentos ó por oficiales, dieron caza á las cuadrillas de merodeadores, y los que las formaban, ó perecieron arcabuceados, ó se incorporaron á sus batallones. Se regularizó el servicio de hospital, desalojándose

entonces el Seminario que se habilitó para cuartel de tropas. La Junta seguía trabajando mucho; pero sin los apuros y angustias de antes. D. Pedro Costilla, cada vez mas activo y entusiasta, apesar de sus años, era el brazo derecho de Blake, al que servía en todo con celo y abnegación dignos de un héroe.

El día 28 de Agosto levantó Blake el campo, dirigiéndose á marchas regulares hacia las montañas de Santander por León y Palencia. Dejó en la ciudad los enfermos, y un destacamento que quedó alojado en el Seminario.

El 5 de Septiembre se supo en Astorga la capitulación del ejército francés de Portugal, mandado por el general Junot, y aunque esta victoria era debida en gran parte á los ingleses, fué celebrada con el mismo júbilo que la de la Bailén. Acordó la Junta repique general de campanas, misa solemne con *Te Deum* en la Catedral y parroquias, y que se fijara el parte recibido en las columnas de la fachada del Ayuntamiento.

Ya puestos á celebrar funciones de iglesia, dispuso la Junta otra solemnísimas de rogativas por el triunfo definitivo de la causa nacional, y otra de honras fúnebres por los españoles que habían pasado gloriosamente de esta vida, en defensa de la patria.

La relativa paz de que se disfrutaba, y la creencia de muchos de haberse ya logrado la victoria decisiva, fueron sin duda las causas de que por esta época surgieran cuestiones de cierta índole desagradable que no se habían presentado en los azarosos días de Junio y Julio. Varias personas de las que disfrutaban fuero de alojamiento, esto es, el privilegio de no recibir alojados en sus casas, empeza-

ron á reclamar esta exención legal, ó lo que es igual se manifestaron reacias á sufrir una carga que en los primeros momentos de la guerra se había considerado, no como tal, sino como un honor y un deber inescusable. El Cabildo Catedral formuló una queja respecto del reparto de alojados, en el que sus miembros se creían perjudicados con mucho exceso (1). Ocurrieron algunos incidentes mas ruidosos.

El Coronel del Regimiento Provincial de Betanzos fué alojado en casa del canónigo don Anselmo José del Valle. Al llegar á su alojamiento, acompañado por el capitán aposentador, no encontró al canónigo de buen humor para recibirlo; con frases que el coronel y el capitán estimaron acres y ofensivas, don Anselmo se opuso á que el primero se instalara en la casa. Acudió á la disputa la criada del canónigo, y, como es natural, sus palabras, ó mejor dicho, sus gritos fueron harto más recios y destemplados que los de su amo. Corrió el capitán aposentador en busca del oficial que hacía de comandante de armas de Astorga, y volvió en breve con él, sin conseguir con este refuerzo, sino que se extendiese á uno más la pelea. La criada del canónigo cerró violentamente la puerta dejando fuera á los tres militares; pero no eran estos de los que humildemente soportan tales desaires; empezaron á soltar tremendos puñetazos y puntapiés á la cerrada puerta, y consiguieron abrirla, entrando en la casa entre una verdadera tempestad de denuestos y protestas, proferidas por los dueños

(1) Esta queja y otras parecidas pueden verse en el *Legado de las órdenes, oficios y copias de contestaciones correspondientes al mes de Septiembre de 1808*, y en otro rotulado: *Órdenes comunicadas á la Junta y otros diferentes oficios de los Comisionados*, existentes en el Archivo Municipal.

que se creían atropellados. El canónigo dió inmediatamente parte al Cabildo, y el comandante de armas á la Junta.

Reunióse esta (5 de Septiembre) y la deliberación fué larga y muy empeñada. Ni los del elemento eclesiástico aprobaron la conducta de D. Anselmo; pero los más de ellos juzgaban que bien castigado había sido ya, teniendo que sufrir la carga, contra la que se había rebelado. No pasaba por esto don Pedro Costilla, sino que consideraba justísimo é imprescindible imponerle un correctivo. Los sacerdotes de la Junta llegaban á transigir respecto de la criada, admitiendo que se la multase; pero en la defensa de su colega hacían hincapié. Costilla no transigió sin embargo y despues de mucho discutir, se acordó imponer á D. Anselmo José del Valle multa de 200 ducados que serían retenidos de sus temporalidades, y á la criada otros quince substituidos por quince días de cárcel, caso de insolvencia. Se acordó igualmente que fueran aplicadas estas cantidades á los gastos de armamento y defensa.

El 24 de Septiembre se instaló solemnemente en Aranjuez la *Junta Suprema Central gubernativa del reino*, presidida por el Conde de Floridablanca, y hasta el 2 de Noviembre no fué celebrado este suceso en Astorga con rogativas públicas y luminarias, demora que obedeció á la resistencia de la Junta de León á reconocer la Central, lo que á su vez era efecto de la conducta del general Cuesta con los leoneses. (1)

(1) El general Cuesta hizo detener en el Alcazar de Segovia á los comisionados de León don Antonio Valdés y Vizconde de Quintanilla. La historia de estas divergencias no entra en el asunto de nuestro cuadro histórico.

Con rogativas, y no con *Te Deum*, se celebró en Astorga, según decimos, la instalación de la Junta Central, y con harto motivo; porque el firmamento de la patria, tan despejado y radiante en Agosto, había comenzado á encapotarse y entenebrecerse á medida que entraba el otoño, y no podía ya mostrarse más negro y tempestuoso. El día 2 verificáronse las rogativas, y hubo por la noche iluminación general, y el 3 fué la última sesión de la Junta de Astorga. Tan de prisa iban los acontecimientos.

El 25 de Octubre había pronunciado Napoleón su célebre discurso al Cuerpo legislativo, diciendo á los diputados de los departamentos del Imperio: «parto dentro de breves días para ponerme al frente de mi ejército, coronar en Madrid, con la ayuda de Dios, al Rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.» El 3 de Noviembre ya estaba en Bayona. Con él venían las formidables legiones de la *grand armée*, distribuidas en siete cuerpos de ejército; en junto 200.000 infantes y 50 000 ginetes.

¿Cómo resistir á semejante avalancha? Empezaron enseguida naturalmente los desastres. Todas las tropas del noroeste, reforzadas con los regimientos que trajo el Marqués de la Romana de las costas del Báltico, constituyeron el titulado ejército de la izquierda cuyo mando en jefe obtuvo Blake, reemplazado poco despues por el mismo Marqués, al que la opinión no se contentaba con menos que calificar de segundo Jenofonte, pues su prodigiosa evasión de Dinamarca é inesperado arribo á las costas españolas era comparada, no solo en nuestro país, sino por los periódicos ingleses, á la retirada de los diez mil. Su nombramiento, sin embargo, se llevó á mal en

Galicia y Astorga, donde Blake era popularísimo, y como quiera que antes de tomar el mando hubo de pasar una corta temporada en Inglaterra, y D. Joaquín Blake no quiso abandonar su destino frente al enemigo, y en circunstancias tan críticas, á Blake cupo la triste suerte de dirigir el ejército de la izquierda en la breve y desastrosa campaña del invierno de 1809.

El ejército de la izquierda se batió admirablemente en multitud de encuentros, obtuvo ventajas parciales, sufrió reveses, y fué, por último, más que derrotado, desecho en la batalla decisiva de Espinosa de los Monteros, librada en los días 10 y 11 de Noviembre. De treinta y tantos mil hombres que se batieron en Espinosa, pocos más de 16000 (1) llegaron á León fugitivos, y en el más lastimoso estado; habían perdido los cañones, y casi todos los cuerpos su organización; eran necesarios varios meses y un conjunto de circunstancias muy favorables para volver á poner á tales tropas en condiciones de resistir reciamente al enemigo (2).

Mientras que tan tristes sucesos acaecían al norte de Astorga, era la ciudad teatro de otros no menos calamitosos. En los primeros días de Noviembre habían llegado, por el camino de la Coruña, diez mil y tantos soldados ingleses á las órdenes de sir David Bair; eran estas fuerzas parte del ejército, mandado

Según recuento que se hizo en León el 24 de Noviembre había 508 oficiales y 15,930 soldados. En León hizo Blake entrega del mando al Marqués de la Romana.

(2) En tal estado quedó el ejército de la izquierda según una comunicación dirigida al general Moore por un oficial del ejército inglés, no podía resistir á un regimiento de Infantería.

en jefe por sir John Moore, cuyo grueso había desembarcado en Oporto, y avanzando por Portugal, llegó á Salamanca, donde hizo alto el 13 de Noviembre. La división de sir David Bair detúvose á su vez en Astorga.

Los astorganos recibieron á los ingleses con la cordialidad que se debe á poderosos aliados, y admirando profundamente la sólida organización de aquellas tropas, su armamento, sus brillantes uniformes, y el rico bagaje que traían, pues los carros y mulas se contaban por millares, y todo de lo mas acabado y perfecto que se podía imaginar. Pero pronto empezaron á disgustar los nuevos huéspedes; los jefes y oficiales del ejército inglés eran por regla general caballeros cumplidísimos, como que la inmensa mayoría de ellos pertenecía á la mas linajuda nobleza del Reino Unido, y solo cabía reprocharlos la tiesura y empaque tan opuestos á la llaneza, quizás algo tosca, pero cordial siempre, del carácter leonés; pero los soldados, si bien excelentes en cuanto tales soldados, reclutados en la hez de la población británica, verdaderos mercenarios que solo servían por la paga, constituían en cuanto personas la más ruin é ineducada canalla que se había visto jamás en estas tierras. Mientras que los oficiales pagaban espléndidamente, y en buenas monedas de oro, cuanto consumían y los servicios que se les prestaban, los soldados, borrachos casi siempre, tomaban en las casas lo que se les antojaba, golpeaban á los patrones, galanteaban brutalmente á las mujeres en presencia de sus maridos, padres y hermanos, boxeaban entre sí, se quedaban durmiendo la interminable mona en plazas y calles, ofreciendo el más repugnante espectáculo, y entraban en la Catedral y demás iglesias con los morrio-

nes puestos, fumando, y haciendo chacota de las imágenes y de los mas venerables y sagrados objetos de nuestro culto católico. Los vecinos guardaban, no solo su dinero, sino las mujeres de sus familias en sótanos y desvanes, y á cada momento surgían choques y riñas no siendo pocos los soldados que pagaron con la vida su independencia y atrevimientos. Con los ingleses venían muchas mujeres y no pocos chiquillos, pues abundaban los casados en aquél ejército y era costumbre suya á la sazón, que los soldados marchasen con sus familias; caminaban y alojábanse muchas de éstas en carromatos, convenientemente preparados para que sirviesen á la vez de dormitorio y cocina, á la manera que hoy suelen hacerlo los saltimbanquis, y toda la sociedad de Astorga y sus vecinos campos aparecían sembrados de estas singulares habitaciones ambulantes durante el mes de Noviembre y primeros días de Diciembre de 1808.

Los documentos referentes á este período ponen de manifiesto la multitud de quejas que proferían los ingleses, ya directamente á su Gobierno, ya al español, ya á las autoridades locales de Astorga por lo que denominaban ellos falta de celo y buena voluntad en los paisanos de la comarca para facilitarles los víveres y efectos que solicitaban y de que realmente habían menester. Pedían cincuenta vacas, v. g. y á duras penas lograban que se les diesen media docena; los cereales no escaseaban menos. Pero esta deficiencia no obedecía ciertamente á las causas señaladas por los jefes del ejército aliado en sus amargas comunicaciones, sino á la pobreza del país, extraordinariamente agravada por las circunstancias que se venían atravesando.

En efecto; la cosecha de 1808 se había recogido

solo en parte mínima, y ésta había sido consumida por las numerosas tropas que desde Junio transitaban sin cesar por tierra de León. Igualmente había sido arrebatado el ganado, y faltando brazos para la agricultura y el pastoreo, no pocas cabezas se habían dispersado, y vagaban por el campo como animales salvajes. Era, pues, imposible de todo punto atender á la manutención de un ejército que, como el inglés necesitaba rancho substancioso y abundante con mucha carne y su correspondiente aderezo.

Por fin los ingleses salieron de Astorga, avanzando hacia Benavente donde ya estaba el general Moore, con el grueso de las tropas de su nación. A Benavente se acercó también el Marqués de la Romana con el titulado *ejército de la izquierda* que no ascendía ya sino á 10,000 hombres mal contados. En junto, concentráronse unos 40000 hombres.

Verdaderas locuras eran esta concentración y avance sobre el flanco, mejor dicho, casi sobre la línea de comunicaciones de un ejército de 150,000 hombres, mandado por Napoleón en persona; era exponerse á caer prisionero de los franceses. E inminente fué el riesgo de sufrir tan triste suerte.

VII.

*Cèlebre marcha de Napoleón de Madrid á Astorga.—
Un trozo de las Memorias del barón de Marbot.—
Penalidades sufridas en la ciudad por la retirada
de los ingleses y españoles.—Astorga dominada
por los franceses.*

La marcha de Napoleón de Madrid al noroeste y su estancia en Astorga, desde donde retrocedió á Valladolid, dejando á sus mariscales el encargo de perseguir á los ingleses, constituyen uno de los más interesantes episodios de la guerra de la independencia, y muy especialmente del asunto particular de nuestro estudio. Muchas veces se ha contado ya esta marcha, y no tenemos acerca de ella documentos inéditos que pudieran añadir algún dato á los conocidos, prestando cierto interés á nuestro relato; por esto, y por no haber sido aun traducidas al castellano las *Mémoires du général baron de Marbot*, tan apreciadas en Francia por su pintoresco y vivo estilo, (1) preferimos, á intentar una nueva narración que habría de calcarse necesariamente sobre las anteriores, intercalar aquí las páginas que dedica el citado general á esta célebre marcha, una de las más difíciles que ejecutó en su prodigiosa carrera de conquistas el

(1) Se han hecho en Francia de estas Memorias treinta y seis ediciones en muy pocos años.

capitan del siglo. El barón de Marbot tomó parte personal en ella como ayudante ú oficial de órdenes que era á la sazón del mariscal Lamnes.

He aquí su relato:

«El mariscal Lamnes fué alojado en Madrid en el mismo palacio que había ocupado Murat. (1) Encontré allí al buen consejero Hernández (2) que, al saber mi llegada, se apresuró á ir á buscarme y ofrecerme su casa por alojamiento, lo que yo hube de aceptar con tanta más gratitud cuanto que mi herida (3) se había enconado, exigiendo su curación los cuidados más exquisitos. No hay que añadir que me los prodigaba mi huésped sin medida, y ya estaba en vías de curación cuando nuevos sucesos me obligaron á volver á entrar en campaña en toda la crudeza del invierno.

«En efecto, apenas si estuvimos en Madrid una semana; porque el 21 de Diciembre, (4) sabiendo el Emperador que el ejército inglés osaba marchar hácia la capital de España, y que ya no distaba de ella, sino algunas jornadas, mandó tocar generala inmediatamente, y él mismo salió de la corte (5) al frente de su guardia y de muchos cuerpos de ejército, tomando la dirección de Valladolid, por donde venían los ingleses mandados por el general Moore. El mariscal Lamnes, ya restablecido, debía seguir al Emperador, y no en coche, sino á caballo; así me lo

(1) Este palacio parece ser el hoy destinado á Ministerio de Marina.

(2) Este consejero Hernández salvó la vida del barón de Marbot en la célebre jornada del 2 de Mayo, segun refiere aquel en sus Memorias.

(3) Marbot había recibido una herida en las operaciones preliminares de la batalla de Tudela.

(4) Segun Thiers fué el 22.

(5) O mejor dicho de Chamartín, en donde estaba alojado.

dijo, indicándome que me quedara en Madrid hasta que mi herida estuviese cerrada por completo. Pero yo no accedí por dos razones: la primera, que yo no quería privarme de asistir á la batalla que se preparaba contra los ingleses, y la segunda que yo sabía muy bien que el Emperador no acostumbraba á conceder ascensos á los ausentes, y yo soñaba entonces con el grado de jefe de escuadrón que me había sido prometido. Hice, pues, mis preparativos de marcha.

«Un solo inconveniente me detenía; mi herida en la frente que me impedía en absoluto ponerme sombrero, ni *colback*, habiendo de llevar la cabeza envuelta en pañuelos blancos, lo que no es á la verdad un tocado muy guerrero, ni para caminar con un estado mayor que había de ir con el del Emperador. Pero cuando más me atormentaba este pensamiento reparo en un mameluco de la Guardia con su turbante encarnado, recuerdo que tengo un kópis encantador del mismo color, bordado en oro, y enseguida concebí la idea de un singularísimo tocado que puse desde luego en ejecución; combinando kópis y turbante resultó una cosa que no era turbante; pero que lo parecía, y que produjo el efecto, no solo de cubrir mi cabeza, sino de tapar absolutamente las vendas que resguardaban mi herida.

«Salimos de Madrid al caer el día, yendo á pernoctar al pié del Guadarrama que quería el Emperador atravesar al día siguiente. Helaba mucho; el camino estaba cubierto de nevisca, y las tropas, sobre todo la caballería, marchaban con suma dificultad. (1) El Mariscal enviaba frecuentemente ofi-

(1) Según Thiers parece que la marcha fué emprendida con buen tiempo, y que este cambió hallándose ya Napoleón á la falda del Guadarrama.

ciales de órdenes para asegurarse de que las columnas no perdían su ordenanza en esta penosa marcha nocturna, y tuvo la delicadeza, comprendiendo sin duda lo mucho que debía yo sufrir, de no encomendarme ninguno de estos servicios.

«Mientras que mis camaradas estaban desempeñándolos, N..... y yo permanecíamos solos detrás del Mariscal. N..... me indicó por señas que quería hablarme, enseñándome al mismo tiempo una botella de kirsch. Yo le manifesté mi agradecimiento, sin aceptar el convite, y entonces mi hombre se echó á pechos la botella desocupándola en menos de un cuarto de hora. El efecto no se hizo esperar, y N..... cayó redondo como un coloso que se desploma. El Mariscal no pudo contener su indignación, y N....., con la lengua trabada, replicó: «no ha sido mía la falta, sino de la nevisca que se ha metido entre la silla y mis piernas». Apesar de su mal humor, el Mariscal encontró la excusa tan original y tan ingeniosa, que se echó á reír, y me dijo: «hágalo acostar en su furgón». Ejecuté la orden, y nuestro compañero durmió sobre los sacos de arroz, entre jamones y cacerolas.

«Llegamos por fin, ya muy adelantada la noche, al pié del Guadarrama, encontrando un mísero villorrio donde acomodarnos como pudimos. El frío había recrudecido mi herida, y mis sufrimientos eran atroces. Al rayar el día, cuando ya el ejército iba á ponerse en marcha, llegaron los batallones de la vanguardia, retrocediendo de la montaña, en que habían ya penetrado, á prevenir al Emperador y al Mariscal de que un horroroso temporal impedía todo movimiento de avance, pues la nieve, cayendo en torbellino, cegaba hombres y caballos, y era tan im-

petuoso el viento que acababa de arrebatarse á nuestros soldados arrojándolos á un precipicio. Cualquiera que no hubiera sido Napoleón, se habría detenido al punto; pero para Napoleón no había entonces más idea que la de alcanzar á los ingleses, y así arengó á los soldados, y ordenó que los de cada pelotón se cogiesen y enlazasen, dándose unos á otros los brazos, con lo que constituían una masa compacta bastante pesada para resistir el viento. Los ginetes echaron pié á tierra, y, llevando sus caballos de la brida, caminaron en la misma ordenanza. Para dar ejemplo, distribuyó el Emperador su estado mayor en varios pelotones, y él formó uno con Lannes y Duroc, marchando en medio de ambos; detrás íbamos nosotros. Luego, á la orden dada personalmente por Napoleón, se puso todo en movimiento, y la larguísima columna empezó á trepar por la ladera de la montaña. El viento nos arremetía furioso á cada instante, la nieve nos azotaba los rostros y el cierzo helado nos hacía titubear á cada paso. Yo sufrí cruelmente durante las cuatro horas que duró tan singular ascensión. (1)

«Como á la mitad de la cuesta, los mariscales y los generales que llevaban grandes botas de montar, no pudieron seguir subiendo. Napoleón se hizo colocar sobre un cañón, en el que se puso á horcajadas (2); mariscales y generales hicieron lo propio, nosotros continuamos andando en este grotesco convoy, y así llegamos al convento situado en la cumbre de la

(1) Napoleón (dice Thiers) subió á pié la montaña entre sus cazadores, apoyándose cuando estaba algo cansado en el brazo del general Savary. El frío era tan intenso como en Eylau».

(2) Esta circunstancia no es referida por Thiers, ni por ningún otro historiador de estos extraordinarios sucesos.

montaña. (1) El Emperador mandó hacer alto para rehacer algún tanto las tropas, entre las que se distribuyó vino y leña que allí se hallaron. El frío era espantoso, nadie dejaba de tiritar; por fin, después de algunas horas de descanso, se reanudó la marcha. El descenso, aunque también muy penoso, no lo fué tanto como la subida. Al cerrar la noche estábamos en una llanura poco espaciosa, donde se hallan el lugar de San Rafael y otras aldeas que proporcionaron al ejército víveres, vino y abrigo. Mi herida algo cicatrizada cuando salimos de Madrid, se había vuelto á abrir, y como quiera que mi turbante solo me resguardaba lo alto de la cabeza, la nieve había penetrado por la nuca y el cuello, y derritiéndose al calor del cuerpo, estaba empapado enteramente; no pude mudarme de ropa, porque no había llegado el equipage, y así pasé en San Rafael una de las noches más crueles de mi vida. (2)

«Durante los siguientes días continuó el ejército en marcha por Espinar, Villacastín, Arévalo y Medina del Campo. A medida que nos alejábamos de Guadarrama, se dulcificaba la temperatura, y á la nieve sucedieron grandes lluvias que convertían los caminos en fangales. (3) Pasamos el Duero en Torde-
sillas, y allí encontramos ya la retaguardia del ejér-

(1) No sabemos qué convento sea este á que se refiere el baron de Marbot.

(2) «Napoleón se alojó en una miserable casa de postas de las que tanto abundan en España. Las acémilas que conducían su bagaje suministraron lo necesario para disponerle la frugal comida de campaña que partió con sus oficiales, conversando alegremente con ellos sobre las aventuras extraordinarias que habían empezado en la escuela de Brienne, y que no se sabía aun como habían de concluir—(Thiers).

(3) Lo mismo se hundían nuestros soldados en las tierras inundadas de

cito inglés. que se retiraba hácia la Coruña. Ansioso el Emperador de alcanzarlo, antes de que se embarcase, forzaba de tal modo las marchas que, apesar del tiempo y del estado de los caminos, hacía jornadas de diez y aún de doce leguas. Esta precipitación fué causa de un descalabro, tanto más sensible para Napoleón cuanto que fué sufrido por un cuerpo de su Guardia. He aquí como sucedió:

Pernoctaba el ejército en Villapando, y Napoleón, furioso por no alcanzar á los ingleses, supo que su retaguardia estaba en Benavente, resguardada por la pequeña corriente del Esla, á pocas leguas de nosotros. Organizó enseguida una columna de infantería, precedida por los mamelucos y los cazadores de la Guardia, (2) la puso bajo las órdenes del general Lefebvre-Desnoettes, oficial muy valiente, pero imprudentísimo y la hizo salir en dirección de Benavente, al rayar el día. Llegó Lefebvre á la ribera del Esla con su caballería, viendo delante, aunque un poco retirada de la ribera, la villa de Benavente, y no descubriendo por aquellos contornos persona alguna de quien informarse, quiso reconocer la villa, lo que ciertamente era conforme al arte militar; pero para esto bastaban veinticinco jinetes que ven lo mismo que dos mil, y que si caen en una emboscada, no son para el ejército una pérdida considerable. El general

Castilla la Vieja que dos años antes en los pantanos de Polonia. Los infantes no podían andar apenas; la artillería estaba enteramente atascada. El 24 no habíamos aun podido pasar de Arévalo (Thiers).

(2) Thiers dice que la columna de Lefebvre se componía únicamente de cuatro escuadrones de Cazadores de la Guardia. Nuestros historiadores la hacen ascender á 600 jinetes. Marbot, testigo presencial, señala, no cuatro escuadrones, sinó todo el Regimiento de Cazadores y además los mamelucos; todo sin contar la Infantería que no llegó á tomar parte en la escaramuza de Benavente.

debió esperar, mientras que se practicaba el reconocimiento, la llegada de su infantería, pues sin ella constituía una temeridad aventurarse en la otra ribera del Esla. Pero sin oír ninguna observación, hizo pasar por un vado el regimiento de Cazadores, yendo él al frente, mientras que los mamelucos, que se habían adelantado, entraban en el pueblo, y no encontraban en él un solo habitante. Indicio era esto de que se preparaba una emboscada, y Lefebvre, al saberlo, debió retroceder inmediatamente, pues no tenía fuerzas para luchar con una numerosa retaguardia del enemigo. Pero el imprudente caudillo de nada hizo caso, entró en Benavente con su regimiento y salió á la campiña por el opuesto lado. En este momento cuatro ó cinco mil ginetes ingleses rodean el pueblo, y cargan á fondo sobre los cazadores; (1) tan valerosamente se defendieron estos que, no solo mataron muchos ingleses, sinó que se abrieron paso hasta volver á cruzar el rio casi todos, y ya en la ribera derecha tornaron á ponerse en órden; pero entonces se advirtió que el general Lefebvre no estaba presente. Un parlamentario enemigo vino á comunicarles que, habiendo sido muerto el caballo del

(1) Dejándose llevar, sin duda, de la fantasía, Mr. Thiers cuenta este suceso de muy diferente manera. Segun el panegirista de Napoleón, Lefebvre, al llegar á las márgenes del Esla, vió en la otra ribera á los ingleses que se retiraban, y «habiendo hallado casualmente un vado, pasó el rio con sus cuatro escuadrones, y lanzándolos al galope sobre la espalda de los ingleses, comenzó á acuchillarlos; pero no había advertido que la caballería enemiga estaba reunida en masa á retaguardia.» Todo esto es inverosímil y fantástico, y Marbot cuenta seguramente lo exacto: Lefebvre, al llegar al Esla no vió ingleses, ni españoles, ni alma viviente hacia la parte de Benavente, y por eso se lanzó con imprudencia suma á reconocer la villa y aquellos campos, experimentando el desastre que se relata en el texto.

general, había caído éste prisionero de guerra (1).

«En este instante llegó el Emperador ¡Júzguese de su cólera cuando supo que, no solo su regimiento favorito había sufrido un revés, sino que un jefe de su Guardia estaba prisionero de los ingleses! Aunque se irritó sobremanera contra el general cuya imprudencia inaudita había sido causa de todo, hizo que se propusiera, enseguida al general en jefe de los enemigos el oportuno cange, pero el general Moore, muy orgulloso de poder enseñar al pueblo inglés á uno de los jefes de la Guardia del Emperador de los franceses, prisionero de guerra, no quiso acceder. Lefebvre fué tratado con exquisitas consideraciones (2); pero se le llevó á Londres como un trofeo, y esto aumentó hasta el extremo la cólera de Napoleón.

A pesar de la pequeña ventaja obtenida sobre los cazadores de á caballo de la Guardia Imperial, los ingleses continuaban su retirada. Cruzamos el Esla, y ocupamos á Benavente. De esta villa á la ciudad de Astorga la distancia es, por lo menos, de quince á diez y seis leguas francesas, y hay que atravesar varias

(1) Thiers queriendo siempre adornar á sus héroes con resplandores romancescos, dice que Lefebvre «se lanzó al río el último de sus soldados y estaba á punto de ahogarse por no poderle sostener su caballo, herido de un balazo, cuando los ingleses le salvaron, haciéndole prisionero.» Esta manera de contar el suceso es sin duda más bella y más pintable que el modo como lo refiere Marbot. Pero la versión de Marbot es la verosímil, porque si Lefebvre hubiera caído del modo que dice Thiers, lo habrían visto sus soldados, ya en la otra orilla. El Esla no es ningún Danubio.

(2) «El general inglés tenía la cortesía que distingue á los caudillos de las grandes naciones; recibió de una manera exquisita al insigne guerrero que comandaba la caballería ligera de Napoleón, le hizo sentar á su mesa, y le regaló un magnífico sable indio.» (Thiers).

corrientes de agua; pero era tal la impaciencia de Napoleón por alcanzar á los enemigos que, apesar de que estábamos en los días más cortos del año,—era precisamente el día 31 de Diciembre,—quiso que fuéramos de Benavente á Astorga en una sola jornada. No recuerdo ninguna marcha tan penosa; una lluvia glacial empapaba nuestros vestidos, hombres y caballos se hundían en el lodazal, no se adelantaba, sino á costa de inauditos esfuerzos, y como quiera que los ingleses habían destruido todos los puentes, los soldados de infantería tuvieron que desnudarse cinco ó seis veces, ponerse las armas y efectos sobre las cabezas, y pasar enteramente desnudos los riachuelos que cortan aquel camino.

«¡Yo ví á tres granaderos de la Guardia que en la imposibilidad absoluta de seguir adelante, y temerosos sin duda de ser atormentados y sacrificados por los paisanos, si se quedaban rezagados, se saltaron la tapa de los sexos con sus mismos fusiles! Una noche de las más sombrías, y lloviendo siempre, vino á subir de punto los sufrimientos de las tropas. Los soldados extenuados se tumbaban á entrambos lados del camino, sobre el cieno. Un gran número se guareció en La Bañeza, y únicamente llegaron á Astorga las cabezas de los regimientos; el resto se quedó en el camino. Ya era la noche muy avanzada cuando entraron en la ciudad el Emperador y el mariscal Lannes, no llevando más escolta que sus respectivos estados mayores y algunos centenares de ginetes (1); en cuanto entramos, puede decirse

(1) Esta descripción de un testigo ocular destruye en gran parte las fantásticas relaciones de Thiers. Según este, los franceses pudieron haber hecho muchos prisioneros y mucho botín; pero nuestros soldados (son palabras textuales) estaban embargados por el penoso espectáculo que ofrecían

que la dispersión fué general, pues molidos y arre-
cidos todos, cada cual se apresuró á buscar un al-
bergue donde volver á entrar en calor y descansar.
Si los enemigos, conocedores de nuestra situación,
hubieran vuelto atrás, y nos atacaran en aquel mo-
mento es posible que el mismo Emperador cayera
en su poder (1), pero afortunadamente iban muy
apretados, y además, á cada instante que pasaba,
llegaban partidas de nuestros soldados, con lo que
se afirmaba la seguridad del cuartel imperial.

«Astorga es una ciudad bastante grande. Nos alo-
jamos á la carrera. Al mariscal Lannes le colocamos
en una casa de bella apariencia, vecina de la que sir-
vió de alojamiento al Emperador. (2) Estamos calados

los muchos y soberbios caballos que se hallaban en el camino muertos á
balazos. «Siempre nos pareció un colmo ridículo esta supuesta compasión
de los soldados franceses por los caballos muertos que llegó á impedirles
hacer prisioneros y botín. Marbot aclara el misterio, revelando que los sol-
dados de Napoleón tuvieron otras ocupaciones en la jornada de Benavente
á Astorga que la de verter lágrimas sobre los cadáveres de... ¡los caballos
ingleses! De la relación de Marbot resulta que el Emperador entró en Astorga
en la noche del 31 de Diciembre al 1.º de Enero, y no el 2 de este mes como
dice Thiers, y que entró con las primeras tropas francesas que llegaron á
la ciudad. De las espantosas penalidades de la jornada, de que fué prueba
concluyente el suicidio de los tres soldados de la Guardia nada dice Thiers,
empeñado en hacer creer á sus lectores que cuando mandaba personalmente
Napoleón iba todo como una seda.

(1) De esto nada dice Thiers, como cumple á su sistema de presentar á
su imperial héroe como un semidios clásico.

(2) «Estuvo alojado Napoleón en el palacio del Obispo, á quien dicen
que no trató con mucha cortesía. Hemos oído de labios muy autorizados
en ocasión en que nos hallábamos en una dependencia del Palacio las si-
guientes frases: «Ahí, estando Napoleón al calor de la chimenea estuvo su
vida en muy inminente peligro; un familiar del Prelado tuvo tal tentación de
asesinarlo que, á no haberlo consultado con su superior, hubiese llevado á
cabo su pensamiento.» (Rodríguez Díez.—*Historia de Astorga.*) Todo esto

hasta los huesos, era horroroso el frío, pues de saber que nos encontrábamos delante de las montañas de Asturias, y no acababan de llegar nuestros criados, ni nuestros equipages; nos urgía encontrar un medio cualquiera para entrar en calor. Encendimos grandes hogueras; pero no bastaba esto. El mariscal tiritaba. Yo le ayudé á quitarse la ropa, hasta la camisa, envolverse en un cobertor de lana, y acostarse enseguida entre dos colchones. Como nuestro jefe, hicimos todos, porque las casas, de donde habían huido los habitantes, estaban muy bien provistas de camas. De este modo terminó para nosotros el año de 1808.



Al día siguiente, 1.º de Enero de 1809, continuando el mal tiempo, y comprendiendo el Emperador la necesidad de reunir su ejército, mandó hacer un alto en la marcha, y que todas las tropas se concentraran en Astorga. Sucesivamente fueron llegando los diferentes cuerpos y encontraron en esta Ciudad víveres abundantes de los que se podían disponer con absoluta libertad, pues no había quedado ni uno solo de los moradores. Al Emperador afectó vivamente el suicidio de los tres granaderos de su Guardia, y así, apesar de la lluvia y del lodo, fué visitando una por una las casas en que se hallaban alojados los soldados, habló á estos, reanimó su espíritu, y les anunció que partirían muy pronto, qui-

debe de ser leyenda popular, pues no se comprende que el Sr. Obispo quedara en Astorga con sus familiares, cuando habían abandonado la ciudad todos sus habitantes.

zás al día siguiente, para continuar la persecución de los ingleses, pues él, habiendo recibido por un ayudante de campo del ministro de la Guerra noticia de los movimientos hostiles de Austria (1), resolvió no ir mas lejos, y volverse á Francia con su guardia. No quería, empero, perder esta ocasión de castigar á los ingleses, y dió órdenes de irles á los alcances á los cuerpos de los mariscales Soult y Ney que desfilaron ante su presencia. Por cierto que durante esta ceremonia militar ocurrió un incidente digno de referirse.

«Las tropas inglesas son excelentes; pero como

(1) ¿Cuándo y donde recibió Napoleón estos importantes despachos? Según Thiers fué en la noche del 1.º al 2 de Enero, y caminando hácia Astorga. «Acababa de recibir en el tránsito, dice, un correo procedente de Francia, y había querido enterarse en el camino de los despachos que le traía, para lo cual se encendió en el vivac una gran fogata, á cuya luz abrió los pliegos». Rodríguez Díez (*Historia de Astorga*) escribe:.... «el día 2 entró en la ciudad el Emperador con su Guardia Imperial, la cual formó en la plaza que hoy se llama de Santocildes, y en ella, á la luz de los hogueras, leyó el mismo Napoleón el parte....» etc. La versión de Thiers no puede ser exacta, aparte de la inverosimilitud de detenerse en noche tan cruda en medio del camino, á leer unos partes que podía leer en llegando, porque el 1 por la noche y el 2 por la madrugada estaba ya Napoleón en Astorga. Tampoco parece probable que fuese Napoleón, ya dentro de Astorga, á leer los partes al aire libre, delante de su Guardia formada, y no en su alojamiento. Una y otra cosa hubieran sido tan extraordinarias que seguramente habrían chocado á Marbot que iba con el cuartel imperial. Pero del contexto del relato de este, se deduce que no hubo nada de raro en la recepción de los partes, y que Napoleón debió de recibirlos y leerlos en su alojamiento de Astorga. Confirma esta suposición lo que refiere Schépeler: «los españoles decían que al recibir aquella noticia (la que le trajeran los partes) se inmutó hasta el extremo de tirar al suelo una taza de café». No es verosímil que Napoleón anduviese por los campos, ni por las plazas de Astorga con una taza de café en la mano.

se reclutan por el sistema del enganche voluntario que es sumamente difícil en tiempo de guerra, no tienen mas remedio que admitir en filas á los hombres casados, y permitirles que vayan á campaña seguidos de sus familias. Esto constituye un gravísimo inconveniente que hasta hoy no ha podido remediar la Gran Bretaña. En el momento en que el Emperador veía desfilar los cuerpos de Soult y Ney, fuera de las murallas de Astorga, se advirtió que salían desesperados gritos de mujeres y niños de una casa de campo muy grande que había por aquellos contornos. Se hizo abrir la puerta, y cual no sería la sorpresa de los que entraron al encontrar allí de mil á mil doscientos niños y mujeres, que no habiendo podido seguir al ejército del general Moore en su retirada, extenuados por las fatigosas marchas de los días anteriores, se habían refugiado en esta granja, y hacía cincuenta y ocho horas que se alimentaban con cebada sin cocer.... Casi todos estos niños y casi todas estas mujeres eran de rostros hermosos, y así lo parecían á pesar de las manchas de lodo que llevaban encima, y que á muchos cubrían la cara. El Emperador se enterneció contemplando este lastimoso espectáculo, y ordenó que todos aquellos desgraciados fueran alojados en la Ciudad y que se les repartiesen víveres; despachó también un parlamentario al general inglés advirtiéndole que en cuanto lo permitieran las circunstancias, serían remitidos á sus soldados sus mujeres é hijos.

«El mariscal Soult persiguió al ejército enemigo á través de las montañas de León, y batió á su retaguardia en Villafranca, donde perdimos al general Colbert y á su ayudante de campo Latour-Mahbourg,

El ejército inglés consiguió ganar el puerto de la Coruña; pero una espantosa tempestad dificultó extraordinariamente su embarque, obligándole á librar antes una batalla con las tropas de Soult que le perseguían muy de cerca. En esta batalla murió el general Moore, y las tropas inglesas sufrieron inmensas pérdidas. Los franceses consideramos como una ventaja la muerte de Moore; pero andando el tiempo hubimos de comprender que había sido un suceso fatal para nosotros, pues aquel caudillo fué reemplazado por Wellington que había de hacernos tanto daño mas adelante.

«Durante nuestra permanencia en Astorga, mi hermano que estaba agregado el estado mayor del príncipe Berthin, habiendo sido encargado de llevar unos despachos á Madrid, cayó en el camino prisionero de los guerrilleros españoles. No lo supe hasta mucho tiempo después.

«Mientras que el mariscal Soult perseguía á los ingleses en su retirada hácia la Coruña, el Emperador siempre acompañado del mariscal Lannes, salió de Astorga con su guardia, en dirección de Valladolid, para tomar en esta ciudad la vuelta de Francia.»

Los excesos de que fué víctima la ciudad de Astorga en esta ocasión, con motivo de la retirada del ejército aliado, son mas bien para imaginados que para referidos. Un documento de la época que tenemos á la vista, dice textualmente: «en Astorga los últimos dias del año fueron el juicio final».

El día 30, en efecto, se juntaron en Astorga el ejército inglés que, á marchas forzadísimas, y dejándose por el camino carros, cañones y caballos, venía de Benavente, y el ejército, ó mejor dicho las

reliquias del ejército español de la izquierda que aparecieron por el camino de León. La presencia de las tropas españolas, mandadas por el Marqués de la Romana, incomodó muchísimo al general Moore y á todos los oficiales del ejército inglés, pues habían escrito repetidas veces á la Romana que, ora se pudiese á retaguardia, dejándose acuchillar por los franceses, para facilitar con este sacrificio la retirada del ejército inglés, ora se apartase del camino real, buscando la salvación por donde pudiera, pero dejando desembarazada la carretera á los ingleses. La Romana no hizo caso, y marchó á Astorga.

Al llegar á esta Ciudad encontró á los ingleses en una confusión indescriptible. Los diferentes cuerpos que iban apareciendo sucesivamente por el camino de Benavente, vivaqueando en las calles, sobre el lodo, al rededor de grandes hogueras que habían encendido, sirviéndoles de combustible muebles, puertas y marcos de ventana, y como llegaban sin cesar nuevos grupos, unos y otros se disputaban á puñetazo limpio, ó á sablazos, la posesion del puesto, y de aquel calor tan grato después del horroroso frío de la caminata. Veíanse por todas partes multitud de carros, atascados en el fango, algunos con las ruedas rotas, y en torno las bandas de soldados peleaban por el despojo del cargamento. Veíanse también infinidad de caballos muertos, pues los ginetes ingleses, cuando notaban que las pobres bestias no podían seguir marchando, las despachaban de un pistoletazo *prefiriendo*, como dice Thiers, *deshacerse de sus compañeros de batalla á que se sirviesen de ellos sus enemigos*. Ardían algunas casas, era irrespirable la atmósfera por el humo del incendio combinado con el hedor de la carne muerta y de la

suciedad de tantos millares de hombres y de bestias como se habían aglomerado dentro del estrecho recinto. Los vecinos huían en todas direcciones, á pié, mezclados los hombres con las mujeres y los niños, llevando los sanos á hombros á los heridos ó enfermos, corriendo todos sin saber adonde, sin otra preocupación que la de irse muy lejos, todo lo mas lejos que fuese posible de aquel teatro de horrores.

La división española del Marqués de la Romana, compuesta de unos diez mil soldados casi desnudos, y del todo hambrientos, aumentó, como es natural, la confusión reinante. Fué á ver el Marqués al general Moore, y éste lo recibió muy mal, desatándose en imprecaciones y denuestos, sinó muy propios de la fría y afectada corrección británica, sí de aquella situación extrema, ó, mejor dicho, de aquella espantosa catástrofe. El general inglés que temía perder todo su ejército en la desastrosa retirada, echaba la culpa del fracaso á los españoles, los que, según decía él, habían engañado á Inglaterra y le habían engañado á él mismo, haciéndoles creer que contaban con elementos y fuerzas suficientes para resistir á Napoleón; obrando bajo la sugestión de este engaño, se había él comprometido, avanzando hasta las puertas de Valladolid, para encontrarse solo, envuelto entre las formidables legiones de la *grand armée*, de cuyo compromiso aun no sabía como podría salir, y dudaba mucho salir bien. Para Moore la causa española estaba perdida sin remedio, y la Romana obraría muy cuerdamente disolviendo aquella banda de hombres desnudos y famélicos á que llamaba, no se sabe por qué, ejército, cuando en realidad en una batalla únicamente servirían de estorbo. No era la Romana para oír con paciencia tales injustos

reproches. Se defendió con energía, replicando con mucha viveza y razones incontrovertibles al agriado general británico; díjole que tanto ó más interés que España, tenía Inglaterra en la tremenda lucha entablada, y que si para nuestra nación eran preciosos los auxilios de Inglaterra, no menos era para esta la cooperación de España; que no se burlara de su ejército al verlo tan aspeado y mísero, pues venía de hacer una larga y terrible campaña, después de la cual lo admirable era que no se hubiese deshecho del todo; que no se quejara de la falta de cooperación positiva de las tropas españolas, sinó de la lentitud de movimientos de las británicas, pues esta, y no otra era la causa de que cuando llegaron al corazón de Castilla, estuvieran ya derrotados los ejércitos de España. Mas deberían quejarse los españoles de los ingleses que estos de aquellos, pues si cuando se batían en Zornoza y en Espinosa de los Monteros, hubieran tenido á su lado á los ingleses, quizás variara el resultado de la campaña. Moore, finalmente, podía pensar lo que quisiera y hacer lo que le diera la gana; pero él y todos los generales españoles estaban decididos y resueltos á pelear hasta el último extremo, y aunque se retiraran los ingleses, y Napoleón mandase á España doble ó triple número de tropas de las que había ya enviado, la guerra continuaría hasta que se obtuviera el triunfo, ó no quedase un solo español para presenciar el de sus enemigos. (1).

(1) «Fué la Romana (dice Rocca en sus «Memorias de la guerra de la Península») tan querido de los españoles como respetado de los franceses por no haber desconfiado jamás, ni en los momentos de mayor apuro, de la salvación de su patria».

Enardecióse la disputa, y ambos generales se separaron muy disgustados el uno del otro. Trascendió el disgusto á las respectivas huestes, y españoles é ingleses se miraban ceñudamente, como si no fueran aliados, sino enemigos prontos á venir á las manos; no faltaron choques parciales. Por fin la Romana, para evitar un funesto rompimiento, dió la orden de partir y salió con su gente en dirección al puerto de Foncebadón, dispuesto á ganar por aquellas escabrosas veredas la villa de Ponferrada. Llevaba ya buen trecho de camino, cuando fué alcanzado por una columna inglesa que, no cabiendo en el camino real, había tomado también aquel atajo; los nuestros se apartaron para dejar libre paso á los ingleses, metiéndose por senderos de cabras y pastores, teniendo que abandonar, ó enterrados ó simplemente caídos en las barranqueras, los pocos cañones y carros que aun conservaban. Los ingleses entretanto se dirigían por el camino real á Villafranca, marcando su línea de retirada por una de incendios y de caballos muertos, y efectos abandonados, no faltando tampoco en ella soldados que se quedaban aspeados ó borrachos, tendidos en el suelo (1).

(1) «Los ingleses (escribía la Romana á la Junta Central el 18 de Enero) dejan el camino sembrado de caballos muertos, cajones de fusiles, correajes, municiones y multitud de efectos. Incendian pueblos, violan, matan y se han apoderado á viva fuerza de las acémilas destinadas á nuestro ejército.» Por su parte Napoleón escribió á su hermano José (31 de Enero): «los ingleses se lo han llevado todo: bueyes, colchones, mantas, y además han maltratado y apaleado á todo el mundo. No cabe aplicar mejor calmante á España que el auxilio de un ejército inglés.»

VIII.

Constancia española.—Testimonios de escritores extranjeros, especialmente franceses.—Guerra nacional.—Astorga en este período.—Levantamiento general de Galicia.—Retirada de los franceses.—Ney en Astorga.

«Nadie podía dudar, escribió Mr. de Rocca en sus *Memorias*, de que unas victorias tan rápidas y decisivas, como las obtenidas por los franceses en esta campaña, no determinarían la sumisión absoluta de la Península.» «En cualquier otro país de Europa, dice en las suyas el mariscal Jourdan, estas batallas (1) habrían producido la rendición de todos los habitantes de la comarca, y los ejércitos vencedores habrían podido continuar sus operaciones; pero en España sucedía lo contrario: cuanto mayores descalabros sufrían las tropas nacionales, más dispuestos se mostraban los pueblos á tomar las armas, y así cuanto más terreno ganaban los franceses. era su situación más peligrosa.» «Los españoles, escribe neciamente Thiers, eran incapaces en su loco orgullo

(1) El Mariscal se refiere especialmente en este pasaje de sus *Memorias* á las batallas de Medellín y Ciudad Real.

de apreciar lo que valía el ejército francés, y así su propia ignorancia les eximía del desaliento.» ¡Sublime orgullo y admirable ignorancia que Napoleón mismo había de echar de menos en la Francia de 1813! (1) «Los españoles, afirma el Barón de Marbot, tuvieron en esta guerra un mérito inmenso: el de no acobardarse jamás: batidos con frecuencia, se iban más lejos á rehacerse, y volvían á presentarse con iguales bríos y la misma confianza que antes de ser derrotados; esta confianza que tenían en sí propios, no pudo nunca ser destruida. Nuestros soldados los comparaban á las bandas de gorriones que caen sobre un campo, y huyen al menor ruido, para volver enseguida en mayor número y con más voracidad que antes.» «En España durante la guerra de la independencia, observa el inglés Macaulay, cuando todo parecía perdido, era cuando empezaba todo á recobrase.» «El ejemplo de España, dice finalmente uno de los citados escritores franceses, (2) demuestra que la fuerza de los estados no consiste tanto en el poder de sus ejércitos de línea como en la existencia de un sentimiento religioso y patriótico lo suficientemente arraigado, general y profundo, que haga considerar á todos y cada uno de los ciudadanos como suya propia la causa de la patria.»

Este sentimiento existía, desarrollado y lozano,

(1) El mismo Thiers lo refiere: acosado Napoleón por austriacos, rusos y prusianos, y sin fuerzas proporcionadas que oponerles, preguntó á sus mariscales: «¿qué os parece de esta situación?» Uno de ellos respondió: «Señor, sin duda V. M. posee recursos que nosotros no conocemos.» Creyendo el Emperador que se refería al alzamiento en masa de la nación, exclamó tristemente: ¡Recuerdos de España!

(2) Mr. de Rocca.

en la generación española del primer tercio del siglo XIX. Por virtud de él ningún español podía conformarse con que España, *nación que*, al decir del P. Mariana, *nunca reconoció superior en el orden temporal*, viniese á parar en estado tributario ó vasallo del imperio francés. Esta idea sulfuraba á los más pacientes, y sacaba de sus casillas á los menos belicosos. Aun los que por rudeza de entendimiento y deficiencias de educación no podían elevarse al concepto claro y puro de la patria independiente, se representaban la servidumbre que se trataba de imponernos, de un modo grosero, é inexacto si se quiere, pero no menos expresivo, ni menos enardecedor del ánimo: creían muchos que la conquista francesa significaba que todós los españoles iban á ser perpétuamente criados ó siervos de los franceses, que lo que querían éstos era comer á costa de los españoles, y aun resucitar para su goce, pero en proporciones mucho más grandes que en lo antiguo, el tributo de las cien doncellas. Los labriegos decían que ésto no podía ser en manera alguna, y que mejor era morir que consentirlo, y así en cuanto se avisaba una columna francesa, hombres, mujeres y niños, ancianos y enfermos, todo el mundo se ponía en cobro, huyendo á lo más escondido de las sierras, á las cuevas ó á los bosques, y rara vez hallaban los invasores un lugar habitado. Los más valerosos nõ se contentaban con huir, sino que al abrigo de una tapia, desde la opuesta ribera del riachuelo, ó agazapados en el conocido recodo del camino, disparaban su *escopeta*, y, si no la tenían, una piedra, cualquier cosa que pudiese matar, herir ó lastimar á un francés. ¡Infeliz soldado del ejército invasor, el que se quedaba rezagado de su columna, aunque no fuese

más que unos centenares de pasos, porque la enfermedad ó el cansancio le impedían continuar la interminable caminata! Al punto, en cuanto la retaguardia de la columna se había perdido de vista, salían unos cuantos paisanos, no se sabe de donde, y caía muerto aquél desgraciado, tan víctima, como los nuestros, de la ambición napoleónica.

Al principio de la guerra, los franceses, siguiendo la costumbre adquirida en sus campañas de Alemania y de Italia, dejaban en las aldeas puestos de diez ó doce hombres, para establecer puntos de etapa en sus comunicaciones. Donde quiera que aquí lo hicieron, no duraron los pepueños destacamentos más que un día, porque á la primera noche perecieron degollados por los paisanos, y temiéndose que vinieran otros á vengar á sus camaradas muertos, se enterraban cuidadosamente los cadáveres, ó se arrojaban, que era lo más frecuente, al fondo de los pozos. Para los franceses era como si al destacamento se lo hubiese tragado la tierra. Aleccionados luego los invasores por experiencia tan dolorosa, no establecían ya sino puestos más considerables, de doscientos ó trescientos hombres por lo menos, y para más resguardarse, se acuartelaban y atrincheraban en los edificios que les parecían apropósito, viviendo siempre arma al brazo, y por la noche no salían de sus improvisadas fortalezas ocurriese lo que ocurriera. «En cuanto cerraba la noche, escribió uno de aquellos militares, venían los paisanos al pié de nuestros centinelas á tocar la guitarra y vitorear á Fernando VII.» (1)

No eran pues, los invasores dueños, sino del terre-

(1) Rocca.

no que materialmente ocupaban, y hasta donde alcanzaban sus armas; al salir de un lugar, oían enseguida el campaneó y los vivas á Fernando VII, y estaban constantemente rodeados de una masa de enemigos que se abría, es cierto, para dejarlos pasar, pero que á medida que avanzaban, avanzaba también, y que jamás conseguían disolver ni por su frente, ni por su espalda, ni por su derecha, ni por su izquierda; era como una nube que los envolvía por todas partes.

¡Ah!, los soldados napoleónicos en ninguna región en donde combatieron, en ninguna de sus campañas, demostraron más sus condiciones de hombres de guerra que en la de nuestra patria. Ningún ejército, fuera del napoleónico, hubiera podido sostener, como la sostuvo aquél, una lucha semejante durante seis años.

Los cuerpos que combatían en las diversas provincias no conservaban jamás contacto, ni comunicación regular con los que operaban en las restantes, y así cada general ó mariscal tenía que habérselas como si estuviera solo en el mundo. En cuanto Soult y Ney penetraron en Galicia por Manzanal, perdieron sus comunicaciones con Kellerman, encargado por Napoleón de guardarles las espaldas y de ocupar militarmente los reinos de León y Castilla la Vieja. Disponía Kellerman de mucha y excelente caballería, (1) y sus escuadrones corrían toda la tierra llana hasta el pié de los puertos: pero siempre combatidos, no solo por las verdaderas guerrillas, sino por

(1) El ejército de Kellerman que antes había mandado Bessiers, constaba, según Thiers, contando con la división Bounet establecida en Oyiedo, de 33 á 34.000 hombres.

turbas mas ó menos numerosas de paisanos que eran partidas que se juntaban para un objeto determinado, y se disolvían enseguida que realizaban la proyectada empresa. «La fuerza de que dispongo, escribía Kellerman al príncipe de Neufchatel, es insuficiente á todas luces, pues además de los cuerpos enemigos, á los que hay que hacer cara, es necesario defenderse de los enjambres de bandidos y de las fuertes partidas organizadas que infestan el país, las cuales por su constante movilidad y por el favor que les dispensan los habitantes, eluden la persecución, y se presentan á retaguardia de las columnas no bien han pasado estas, persiguiéndolas. Este sistema de ardid es el que han adoptado ahora los insurgentes.»

«Permitidme, príncipe, que os manifieste mi opinión con franqueza. No es asunto ordinario esta guerra de España»..... «esta nación tenaz mina al ejército con su resistencia en detalle. En vano se derriban por un lado las cabezas de la hidra, pues renacen por otro, y si no se verifica una verdadera revolución en los espíritus, no conseguiréis sujetar esta vasta península, la que absorberá la población y los tesoros de Francia. A ganar tiempo aspira, y á cansarnos con su constancia; solo aniquilando á la mitad de los españoles, llegaríamos á dominarla. Tal es el espíritu que á esta nación anima que no es posible siquiera crearse «aquí algunos parciales»... La miseria y las privaciones aumentan las enfermedades y debilitan al ejército de continuo, mientras que las guerrillas, cruzando el país en todas direcciones, se apoderan cotidianamente de pequeñas partidas ó de soldados sueltos que se aventuran al campo, apesar de las prohibiciones terminantes y reiteradas.»

«Cuando me engolfo en estas reflexiones, me pier-

do en ellas, y me confirmo en que aquí se necesitan la cabeza y el brazo de Hércules. Solo él, con la fuerza y la maestría, puede terminar este negocio, si es que este negocio puede ser terminado» (1).

Ni las historias generales, ni los documentos conservados en los archivos de Astorga nos dan luz suficiente para ver la situación de la ciudad en este período. Parece indudable que los franceses tenían establecidos destacamentos en Benavente, La Bañeza y Astorga, y que la carretera era recorrida de continuo por columnas de caballería; que en Astorga no había apenas habitantes, pues el núcleo de la población, ó permanecía emigrada en Galicia ó se había desparramado por las aldeas del contorno, y que partidas, mas ó menos permanentes, peleaban con los franceses, causándoles bajas todos los días, dificultando

(1) Thiers inserta esta carta, cuyo original está en el archivo del Ministerio de la Guerra de Francia. El Hércules á que alude Kellerman es Napoleón; todos los militares franceses que han escrito de la guerra de la independencia, manifiestan el desco existente en el ejército invasor de que Napoleón tomara personalmente su mando. Se comprende, dice Marbot, que en 1809, viéndose atacado por el Austria, corriera el Emperador á rechazarla, pero lo que no se puede explicar es que después de la victoria de Wágran, ajustada la paz en el norte y verificado su matrimonio, no sintiese cuanto importaba á sus intereses regresar á la península. Y aun admira más que aquél genio sublime creyese posible dirigir desde París los movimientos de los diversos ejércitos que operaban en España y Portugal, á quinientas leguas de él...» A nuestro juicio, Napoleón no volvió á la península, porque su mismo sublime genio que dice Marbot, le hizo comprender que dado el sistema de guerra que aquí se seguía, no le era posible obtener aquellos triunfos maravillosos, por lo rápidos y decisivos, que habían llegado á constituir una necesidad de su política desmesurada y fascinadora. Aun cuando los franceses hubiesen llegado á conseguir el triunfo, no hubiera sido, sino después de una larguísima guerra, y esto no convenía al prestigio personal de Napoleón, acostumbrado á derribar poderosos imperios en pocas semanas.

tando por modo extraordinario sus movimientos, y no permitiéndoles entrar en el Bierzo, sino cuando se reunían en número considerable, para llevar socorros á la guarnición de Villafranca.

Los franceses que operaban en Galicia estaban absolutamente incomunicados con los que guerreaban en León y Castilla. Al lado de acá de los puertos no se sabía nada de Soult y Ney, y éstos mariscales á su vez ignoraban por completo lo que acontecía en el resto de España. El marqués de la Romana supo aprovechar hábilmente las circunstancias.

Con algunos miles de hombres, resto del que fué ejército de la izquierda, sin poseer ni un solo cañón, derrotado en Verín por el mariscal Soult, el Marqués hizo marchas, á través de las más escabrosas montañas de Galicia, *dignas de un partidario* al decir de un escritor francés, y cuando menos se le esperaba, apareció de súbito, á mediados de Marzo, en los valles del Bierzo. Todos los destacamentos franceses que había en la región, cayeron inmediatamente en su poder, menos el de Villafranca que se componía de mil granaderos escogidos. Junto á una ermita, en los alrededores de Ponferrada, se halló enterrado un cañón de grueso calibre que indudablemente había quedado allí en la desastrosa retirada de 1.º de Enero, y animados los nuestros con este hallazgo que se atribuyó á milagrosa protección del cielo, atacaron á Villafranca el día 17 del citado mes, los franceses se habían atrincherado en el antiguo y fuerte palacio de los marqueses de la villa, pero la presencia del cañón hubo de intimidarles, y se rindieron á discreción. «Avergonzábanse después de haberse rendido á tan mal apañada gente» (1)

(1) Lafuente.

Este suceso tuvo consecuencias felicísimas, y en cierto modo desproporcionadas á su causa, pues, abultada extraordinariamente por la imaginación popular, la fama del pequeño triunfo corrió de valle en valle, de parroquia en parroquia, y determinó el levantamiento general del paisanaje gallego. Todos los hombres capaces de pelear salieron al campo, con escopetas unos, otros con antiguas lanzas y espadas de las que se guardaban en las casas solariegas, como troteos de otras edades heróicas; estos con chuzos tosquísimamente pergeñados, aquellos con los instrumentos de labranza. Párrocos, frailes, jueces, estudiantes y los hidalgos del pais fueron los caudillos de estas improvisadas huestes que llevaban caracoles por trompetas, gaiteros por músicos, estandartes y cruces parroquiales por banderas, las mujeres, las madres y las hijas de los soldados por eficacísimos auxiliares, y que al acampar, en pintoresco desorden, sobre aquel pais tapizado de finísimas yerbas verdes, á la sombra de los robles y de los castaños, en los valles encantadores ó en las divinas praderas por donde corren jugando los rios de azules y fresquísimas aguas, más que ejércitos semejaban romerías, y, en efecto, como una romería gigantesca y formidable fué aquel asombroso movimiento de Galicia, sin igual en la historia moderna.

El alférez don Pablo Morillo, á quien ascendió el Abad de Valladares al empleo de coronel para que pudiese tratar de igual á igual con el jefe de la guarnición francesa, rindió á la de Vigo, compuesta nada menos que de cuarenta y seis oficiales y mil doscientos trece soldados; como tardaran los franceses en abrir las puertas y darse prisioneros, el ca-

pitán González, apodado *Cachamuiña*, (1) y que era un hombre hercúleo, digno émulo de García de Paredes, se acercó á la puerta de Gamboa con un hacha al hombro y comenzó á derribarla con terribles hachazos. Una columna francesa que acudió tarde al socorro de la plaza, fué derrotada. El general La Martiniere tuvo que evacuar á toda prisa la ciudad de Tuy. D. Martín de la Carrera organizó *la división del Miño*, fuerte de diez y seis mil hombres con nueve cañones, derrotó al general Maucune, y entró victorioso en Santiago, donde perdieron los franceses, no solo un inmenso depósito de armas y vestuario, sino las alhajas que habían ido robando en los templos. Mientras que la Romana obligaba á Bonnet á salir de Asturias, Mahy sitió á Lugo, teniendo que acudir al socorro el mariscal Soult con todo su cuerpo de ejército, y Ney, al intentar destruir ó dispersar *la división del Miño*, era derrotado, el día 4 de Junio, en la batalla del Puente de San Payo, tan famosa en las tradiciones gallegas.

Ambos mariscales hubieron de comprender pronto la imposibilidad de permanecer en Galicia, (2) donde sus columnas marchaban constantemente envueltas por una densa nube de tiradores; no podían dejar destacamentos en ninguna parte, no encontraban ningun lugar habitado, nada sabían del resto de España, y estaban expuestos á toda hora y en todos los momentos á sucumbir en la más espantosa

(1) Del pueblo de su naturaleza.

(2) «El mariscal Ney, activo y enérgico como siempre, había concebido el deseo y la esperanza de someter á Galicia, sin que pudiese imaginar que sus dos arrogantes divisiones que habían vencido á los ejércitos rusos, fuesen á flaquear ante unos montañeses fanáticos.... Pero pronto quedó desengañado.» (Thiers.)

de las catástrofes. Ney escribió al Emperador que solo podía esperar en Galicia la suerte de Dupont en Andalucía, y aunque no consta documentalmente la opinión de Soult, es seguro que temía lo mismo que su compañero. El hecho fué que uno y otro, sin ponerse de acuerdo entre sí, antes por el contrario, parece que tratando de engañarse recíprocamente, evacuaron aquella región, saliendo Soult por la Puebla de Sanabria, y Ney por Manzanal y Astorga. (1)

Llegó éste último á la ciudad en los primeros días del mes de Julio. Exasperados los franceses por la derrota que acababan de sufrir, hambrientos y aspeados por las marchas forzadas que habían realizado, cometieron en Astorga todo linaje de excesos. Eran estos soldados de Ney de los mejores de la *grand armée*; todos tan veteranos que constaban en sus hojas de servicio, no solo las campañas del imperio, sino las de la república. Los más jóvenes pasaban ya de los treinta años, y abundaban en sus filas los hombres de cuarenta y aun de cincuenta que, con su magestuoso porte militar, evocaban el recuerdo de aquellos legionarios de la antigua Roma, á los que tampoco cedían en virtudes guerreras, ni en la bien adquirida fama. ¡Qué locura la de Napoleón el enviar estos excelentes soldados á pelear sin provecho para Francia y á sucumbir sin gloria, por una causa injusta y odiosa, en los valles y desfiladeros de Galicia! La retirada que hicieron, fué como de tales guerreros podía esperarse: sencillamente admirable.

(1) Las diferencias entre Soult y Ney en esta campaña son uno de los asuntos más difíciles de comprender bien y más interesantes, por tanto, de la historia de la Guerra de la independencia, pero no entra dentro del cuadro propio de nuestro estudio.

«Enviando por delante todo su material de guerra, sin dejar á merced del enemigo enfermo ó herido ninguno, subió lentamente el mariscal hacia Lugo, tomando al paso todas las posiciones de los insurgentes. Llegado que hubo á Lugo, recogió todos los enfermos que había dejado el mariscal Soult, y los condujo con los suyos á Astorga, adonde llegó en los primeros días de Julio sin haber perdido un solo hombre, (1) ni un solo cañón. Ocupóse allí en reorganizar y rehacer su cuerpo. En el momento en que entraba él en Astorga, lo hacía Soult en Zamora.

«La exasperación de Ney se había comunicado á sus soldados, hasta el punto de que varios edecanes del Ministro de la Guerra, enviados expresamente á reconocer la situación de las cosas, informaron ser muy peligroso poner juntos los dos cuerpos de ejército. Cundían en Astorga los insultos más ofensivos para el mariscal Soult y sus tropas, achacándoles todos los infortunios de la campaña. Se culpaba á Soult de que hubiese pasado por Orense sin atacar vigorosamente al Marqués de la Romana, con lo que dejó á este general, ó mejor dicho, le impelió indirectamente sobre la retaguardia del mariscal Ney. Aun era mayor la culpa de Soult por haberse retirado á Castilla sin avisárselo á su compañero, abandonando á éste á los mayores peligros, y precisamente cuando entre los dos hubieran podido caer sobre La Romana, y destruirlo. Escribió Ney al rey José y al mariscal Soult cartas sumamente injuriosas para éste último. Añadía con respecto de este mariscal que fuesen las

(1) No quiere esto decir seguramente que no sufriese bajas, pues las tuvo, y considerables, sino que los nuestros no consiguieron coparle ningún destacamento, ni hacerle más prisioneros que los aspeados y dispersos.

que fueran las órdenes del Emperador, estaba resuelto firmemente á no volver á su lado.» (1)

Y véase como la derrota suele producir siempre iguales efectos. En Enero el general Moore y el Marqués de la Romana, perseguidos por Napoleón, disputaban en Astorga entre sí, atribuyéndose uno al otro la causa del fracaso, y los soldados ingleses y españoles estaban á punto de venir á las manos. En Julio, los franceses obligados á retroceder ante la resistencia de los españoles, llegados á Astorga, no vencedores ni perseguidores como seis meses antes, sino vencidos y perseguidos, daban el mismo lastimoso espectáculo que anteriormente habían dado sus contrarios, sin que fuese obstáculo para ello el ser todos de la misma nación, y hallarse á tantas leguas de su patria, en un país enemigo y en las más difíciles circunstancias.

(1) Hasta aquí Thiers que añade en una nota: «los informes pintan esta situación del ejército con colores mucho más vivos que los que aquí empleo; pero la dignidad de la historia exige moderarlos.» Nosotros que tenemos de la dignidad de la historia otro concepto que el de Thiers, hemos buscado, aunque en vano, algún relato anedótico de estos sucesos que resultarían doblemente interesantes con todo su color; pero, como decimos, no lo hemos encontrado.

IX.

*Entrada en Astorga del Marqués de la Romana.—
Reorganización del Ayuntamiento.—El Licenciado Izquierdo.—Notable acuerdo de 1.º de Agosto.—
Plan de la Romana.—Posición militar de la Ciudad en este período.*

Las tropas del mariscal Ney permanecieron entre Astorga y Benavente hasta la última decena de Julio, en que recibió aquél la orden del Emperador, no solo de volver á operar con Soult, sino de hacerlo, no ya en calidad de compañero ó auxiliar, sino á sus órdenes. Los dos cuerpos de ejército que habían hecho la para ellos desgraciada campaña de Galicia, se concentraron en Plasencia con el del mariscal Mortier, formando entre todos una masa de 50.000 hombres efectivos, pues en listas figuraban muchos más, y avanzaron hacia el mediodía con el propósito de cortar al ejército de lord Wellington su línea de retirada á Portugal, después de la batalla de Talavera. Frustrada esta operación, quedó Mortier en Oropesa, orillas del Tajo; el cuerpo de Soult (1) volvió á Pla-

(1) Este mariscal dejó por esta época el mando particular de su cuerpo de ejército para encargarse, en reemplazo de Jourdan, del más importante destino de mayor general de todos los ejércitos franceses que operaban en España.

sencia, y el de Ney fué situado en Salamanca; su valeroso jefe hubo de dejar allí á sus veteranos para ir á París, donde debía explicar al Emperador su conducta en las últimas operaciones, y sobre todo sus diferencias con Soult. Durante la ausencia de Ney, quedó encargado del mando del 6.º cuerpo de ejército francés el general Marchand.

No bien hubo salido de Astorga la retaguardia de las tropas de Ney, entró la vanguardia del ejército español de Galicia, ó sea *de la izquierda* como seguía titulándose, despues de su casi milagrosa resurrección. Durante los últimos días de Julio y primeros de Agosto estuvieron entrando sin cesar tropas españolas, y con ellas muchos de los vecinos que habían abandonado la ciudad en Diciembre; entonces probablemente regresó tambien D. Pedro Costilla; no era partidario el Marqués de la Romana del gobierno de las juntas, hasta el punto de haber disuelto las que se habían formado en Galicia y Asturias, (1) y así, al entrar en Astorga, dispuso que se reconstituyera, no la antigua Junta de Armamento, sino el Ayuntamiento tradicional con su alcalde mayor ó corregidor, sus regidores, sus procuradores del cabildo y del común y su Síndico; ofrecióse á Costilla la presidencia de la reorganizada corporación, pero hubo de escusarse y renunciar, porque los años, los achaques y el trabajo del año anterior habían debilitado sus fuer-

(1) En Oviedo hizo el Marqués desalojar la sala de sesiones de la Junta por cincuenta soldados del Regimiento de la Princesa, mandados por el coronel O'Donnell. Toreno y Lafuente critican duramente esta política de Marqués, sin duda sana y conveniente; pero no conforme con el criterio *progresista* (en el sentido español de la palabra) de aquellos historiadores, los cuales, en son de burla, califican el acto enérgico del Marqués en Oviedo, de *ridículo recuerdo del 18 Brumario*.

zas, aunque no su patriotismo. En virtud de esta renuncia fué nombrado corregidor el que era titular de la villa de Turienzo de los Caballeros, Lic. Don Cayetano Izquierdo.

Apenas instalado el Ayuntamiento, hubo de tomar un acuerdo que bien claramente manifestaba ser digno sucesor de la antigua Junta. No hay ni qué decir que los soldados de la Romana carecían en absoluto de uniformes; apenas si entre toda aquella masa de cerca de 30.000 soldados, había un centenar, contando los oficiales, que pareciesen por el trage lo que eran; pero de esto, en la extremidad á que habían llegado las cosas, nadie se curaba, ni hacía caso. Lo que se lamentaba era la carencia, también casi absoluta, de ropa blanca. Pocos, muy pocos de aquellos héroes que acababan de obligar á dos ejércitos napoleónicos á evacuar la región galáica, tenían camisa. Y no es necesario añadir qué consecuencias tan miserables se derivaban para hombres, vestidos con las burdas telas que usaban entonces, como ahora, los aldeanos gallegos, y que, hacía tanto tiempo, vivían á la intemperie, durmiendo al raso ó en los hogares generalmente infectos de los campesinos.

Para remediar en lo posible tan urgente necesidad, mandó el Ayuntamiento, y se publicó por repetidos pregones, que cada vecino presentara en la casa consistorial en el improrrogable término de ocho días una camisa, y *el que dé mas de una, sobre el agradecimiento á que se hará acreedor, se publicará su nombre si gustare*. Seguramente que solo dejaron entonces de dar camisas los que no la tuviesen.

Poco tiempo permaneció el Marqués de la Romana en Astorga: el suficiente para trazar su plan de

campana. Seguir avanzando por la carretera general hacia Benavente y Valladolid, hubiera sido imprudencia suma, un verdadero suicidio militar, pues aunque ahora contaba el ejército de la izquierda con alguna más caballería que en Julio del año anterior, era de todo punto insuficiente para pelear en la llanada con los numerosísimos escuadrones del general Kellerman; la misma infantería que acababa de hacer con éxito la guerra de montaña, resultaba inferiorísima á la francesa en solidez é instrucción para una batalla campal. Avanzar hacia el norte, costeando la cordillera, para entrar en Asturias por el puerto de Pajares, hubiera dado el resultado inmediato de obligar á Bonnet á desalojar el Principado, como había sucedido en Junio; pero ¿qué se habría adelantado con esto? Absolutamente nada, y quizás exponerse, como también había ya sucedido, á un revés muy serio, porque en pos de nuestro ejército hubiera subido al Principado de Asturias el ejército de Kellerman por Palencia y León, quedando el nuestro encerrado en una región montañosa de muy difícil salida. Había pues, que desechar ambos partidos, y no quedaba mas que el tercero, que era el racional y adecuado á las circunstancias, y fué el que adoptó el Marqués de la Romana.

Consistía en avanzar hacia el sur, siguiendo el mismo camino que había llevado en su retirada el mariscal Ney; pero sin apartarse del resguardo de la cordillera en la primera parte de la marcha, ni de la frontera de Portugal en la segunda. Así podía llegar hasta Extremadura sin ningun tropiezo, buscar una buena posición en que establecerse y en caso de apuro tenía siempre segura la retirada, internándose en Portugal, pudiendo volver á Galicia por las sierras

de Tras os Montes y entre Duero y Miño, con las que no era verosímil que se aventurasen los franceses, después de la última expedición del mariscal Soult á Oporto.

Tan juicioso plan digno del caudillo que en su marcha de Orense al Bierzo había conseguido tan grandes resultados, se puso en ejecución, y las divisiones del ejército de la izquierda empezaron á desfilarse hacia la Puebla de Sanabria. Creía el Marqués, y acertaba por completo, que para defender á Galicia de los franceses, bastaba el recuerdo de la última campaña, y si por ventura el orgullo les hacía olvidarla, el paisanaje, aleccionado por la experiencia, era bastante para repetir la tremenda lección que ya les había dado. Quiso, con todo, dejar alguna tropa que guardase la entrada de los puertos, y pudiera en caso necesario, replegándose oportunamente al interior, servir de núcleo á un nuevo levantamiento. Con este objeto, situó en el Bierzo á la cuarta división que constaba de unos cuatro á cinco mil hombres, y estaba á las órdenes del general D. Juan José García Velasco. Recibió éste la orden de establecer su cuartel general en Villafranca, ó todo lo más en Bemibre, y de atrincherar su vanguardia en Manzanal. No se oponía esto á que, con las debidas precauciones, destacase fuerzas, ó se aventurara, él mismo con el grueso de la división por la carretera, entrando en la llanura, cuando comprendiera que no corría serio peligro, esto es, tropas francesas bastantes para causarle un descalabro que le imposibilitase volver á sus posiciones.

Dadas estas instrucciones á Velasco, partió la Romana con el resto de su ejército hacia la provincia de Zamora que cruzó de norte á sur, y entrando

en la de Salamanca, fué hasta Ciudad-Rodrigo, donde hizo alto, y estableció su cuartel general.

Véase ahora la situación militar en que quedaba la ciudad de Astorga por efecto de estos movimientos.

El General Kellerman seguía mandando en Valladolid, extendiéndose su autoridad militar á todo el reino de León, Castilla la Vieja y parte de las provincias Vascongadas. Sus tropas, cuya fuerza numérica se acercaba mucho á la cifra de 40.000 hombres, no constituían un cuerpo de ejército propiamente dicho, sino mas bien un conjunto de guarniciones, destacamentos y columnas volantes, pues en la distribución general de sus ejércitos por Napoleón, á éste de Kellerman no se le dió el encargo de emprender grandes operaciones ofensivas, sino de guardar el territorio dicho, y muy especialmente la línea directa de comunicaciones entre Madrid y la frontera de Francia. En armonía con este objetivo, tenía Kellerman derramada gran parte de su gente en multitud de presidios y destacamentos, y la que le sobraba, en columnas que recorrían de continuo el país, persiguiendo las numerosas guerrillas españolas que lo cruzaban en todas direcciones. Es claro que el general Kellerman no podía destacar hacia su derecha un núcleo de tropas que constituyese amenaza seria para Galicia; el límite extremo de su acción por este lado era la cordillera del Bierzo, y ni al pié de ella podía llegar sin esfuerzo, ni permanecer sin peligro; en León y en Benavente mantenía guarniciones relativamente numerosas, y para enlazarlas, avituallarlas y aparecer señor de la tierra una ó dos columnas de todas las armas, de tres ó cuatro mil hombres cada una. No siempre andaban las dos por este paraje; pero una de ellas, por lo me-

nos, jamás faltaba. Esta era la fuerza real con que había de habérselas el general García Velasco. La línea de operaciones regular de esta columna ó de estas dos columnas francesas, estaba constituida por el trozo de carretera de Benavente á Manzanal y por el de Astorga á León, siendo Astorga, por tanto, el punto natural de enlace de los dos caminos, el vértice del ángulo cuyos dos lados habían de recorrer continuamente aquellos franceses.

No hay más que decir para que se comprenda cuánto importaba en estas circunstancias á los españoles dominar en Astorga de un modo sólido, pues ser dueños de esta Ciudad equivalía á imposibilitar á las columnas francesas todo movimiento desembarazado entre el río Esla y la cordillera, ó sea quitar á los invasores, no solo un espacio relativamente considerable de terreno, por el que además se aseguraban y facilitaban las comunicaciones con el grueso del ejército de la izquierda, acantonado en Ciudad-Rodrigo, sino lo que valía más, sus ínfulas de ser dueños de la llanura; los españoles en Astorga significaban que la línea, por decirlo así, fronteriza entre la España libre y la España invadida, no estaba en la fragosa cordillera que es, según digimos al principio, ingente muralla de la inmensa plaza fuerte llamada Galicia, sino mucho más adelante, en medio de la llanada de León, ó sea en las márgenes del Esla.

Era difícil, sin embargo, conseguir este resultado; porque para ello era preciso que el destacamento que ocupase y guardara la ciudad de Astorga, ó fuese tan numeroso que se llevase casi toda la fuerza de la exigua división García Velasco, ó siéndolo menos, estuviera atrincherado suficientemente para resistir

un ataque imprevisto é impetuoso de tres ó de seis mil franceses que sumaban las dos columnas que operaban por aquellos parajes. Lo primero era impracticable, pues hubiera equivalido á comprometer la división entera contra las instrucciones terminantes del general en jefe y contra lo que exigía la campaña por nuestra parte. No quedaba pues, mas que el segundo medio, ó sea fortificar la Ciudad. Pero ¿es tan fácil improvisar una plaza fuerte?

Mientras que tal cuestión se debatía en el cuartel general de Villafranca, un suceso vino á decidirla. La columna francesa, como se temía, avanzando desde la Bañeza, habían sorprendido, por decirlo así, en Astorga á un destacamento de la 4.^a división, mandado por el teniente coronel Santocildes; pero el destacamento, ayudado por los patriotas de la Ciudad, se había defendido tan bien, que lo que pudo ser un descalabro, ó mejor dicho, un copo, se había convertido en una victoria. Los franceses, no solo no habían hecho prisionero á nuestro destacamento, sino que habían tenido que retirarse ante él, después de un vivo combate. El problema estaba resuelto: Astorga podía ser defendida con una corta guarnición, y para ello ningún jefe del ejército de la izquierda reunía las condiciones de aquel entendido y valeroso teniente coronel que acababa de rechazar tan gloriosamente á los enemigos.

Forzoso es abrir aquí un breve paréntesis para decir quién era y qué antecedentes tenía este militar á que se encomendó la defensa de Astorga, y que tan bien supo dirigir esta defensa.

X.

SANTOCILDES

(APUNTE BIOGRÁFICO)

La oficialidad del ejército español en 1808, escribía en 1820 don Angel Arenal, «era muy superior á la de ahora». Hay hartos motivos para creer que tampoco después de 1820 ha sido eclipsada aquella supericridad; porque aunque es cierto que se ha perfeccionado la instrucción teórica, y por ende los oficiales de la segunda mitad del siglo XIX han sabido entender mejor las matemáticas que los de principios de la misma centuria, les ha faltado en cambio práctica adecuada para desarrollar y aplicar en el terreno los principios de su arte, pues las guerras civiles y los pronunciamientos á que durante tanto tiempo se ha reducido la acción de nuestro ejército, no sólo son medios inútiles para formar buenos militares, sino por todo extremo funesto y contraproducentes, hasta el punto de poder esperarse mas de un ejército inactivo que de otro habituado á semejante viciosísima práctica. Los oficiales de 1808 no conocían el significado de la palabra *pronunciamiento*, y todos ellos habían asistido á funciones de guerra verdaderamente regular, v. g. la campaña del Rosellón en 1793; la instrucción teórica tampoco estaba descuidada, ni mucho menos, que en este punto no hay que regatear á Godoy el aplauso que merece, y esta instrucción,

basada, como es natural, en el estudio de las ciencias exactas, comprendía muchísimo de la disciplina técnica militar, en cuyo ramo era á la sazón el mejor texto el conocimiento de las campañas napoleónicas y de los demás generales y mariscales franceses, que desde 1793 venían combatiendo en todos los campos de batalla de Europa, y que nuestros generales, jefes y oficiales seguían con atención profunda y reflexiva. (1)

De aquella brillantísima oficialidad era uno de los individuos mas distinguidos don José M. Santocildes, hijo de un teniente coronel de ejército, y nacido en Barcelona en el año de 1769. (2) No tenía mas que tres años de edad, cuando sus padres obtuvieron para él la gracia de cadete, y así el primer traje de hombre que vistió, fué el uniforme militar. A los doce años estaba ya en el Regimiento, estudiando en la escuela de cadetes, y prestando su servicio como soldado y apenas había jurado la

(1) Algunos habían hecho varias de aquellas campañas admirables, ya como el general Solano que asistió en calidad de agregado al estado mayor de Moreau á la del Rhin de 1797, ya peleando con los franceses como los cuerpos expedicionarios que fueron al norte.

(2) En el archivo del Ministerio de la Guerra existe el expediente personal de Santocildes, con muchos de sus documentos chamuscados por el lastimosísimo incendio que tanto daño hizo en aquella magnífica colección de papeles, y en el archivo del Consejo Supremo de Guerra y Marina otro expediente de concesión de la cruz de San Fernando. Hemos examinado uno y otro, y de este exámen proceden las noticias biográficas que van en el texto, siendo de lamentar que en ninguno de los dos exista partida bautismal, ni aun indicado en las varias hojas de servicio los nombres de los padres, ni la fecha del nacimiento. La que se fija en el texto es deducida de la edad que se señala á Santocildes en las indicadas hojas.

bandera, hubo de salir para la isla de Menorca, asistiendo al memorable sitio de Mahón que duró hasta el 15 de Febrero de 1782. Apenas terminada esta gloriosa empresa, las tropas que habían reconquistado la isla, fueron embarcadas, y con ellas Santocildes, para el campo de Gibraltar, donde se juntó un ejército de 40.000 hombres, y se hicieron obras admirables de ingeniería militar, (1) todo lo cual resultó por desdicha infructuoso, pues vino á parar en el espantoso desastre del 13 de Septiembre, en que quedaron destruidas las célebres y aparatosas baterías flotantes, con que se había soñado apagar los fuegos de la plaza de Gibraltar. (2)

En 1784 Santocildes tomó parte en la expedición de Argel, é hizo el sitio de Orán. Ya no volvió á guerrear hasta 1793 en que fué destinado al ejército del Rosellón, á las órdenes del general Ricardes. Escaseaban, á la sazón, los oficiales de Ingenieros, y Santocildes que había seguido con notable aprovechamiento el curso de Matemáticas en la Real Academia de Barcelona, obtuvo el nombramiento de ingeniero honorario, y como tal, hizo aquella memorable campaña, la más lucida, con-

(1) De las más notables fué seguramente un espaldón de doscientas treinta toesas, y de nueve pies de altura y diez de espesor, con un millón y seiscientos mil sacos de tierra que se construyó en una sola noche, la del 14 al 15 de Agosto de 1782, y en el espacio de cinco horas, en cuya operación trabajaron diez mil hombres; cuando en la mañana del 15 vieron los ingleses este trabajo, parecióles cosa de encanto.

(2) Á mediados del siglo XIX las viejas de la provincia de Cádiz no se olvidaban de rezar, después del rosario un *Padre Nuestro por los pobrecitos que murieron en los flotantes*. ¡Buena prueba de la terrible impresión que por toda aquella tierra debió de hacer el desastre!

siderada militarmente, que registra nuestra historia contemporánea. (1)

Santocildes asistió en esta guerra á multitud de hechos de armas, y se distinguió notablemente, ya trabajando como ingeniero, ya peleando como militar de línea. El 15 de Septiembre de 1793 fué para él un día gloriosísimo. Con sesenta hombres estaba encargado de defender una batería, titulada *batería de la sangre*, cuando de repente se vió acometido por una numerosa columna enemiga, compuesta de varios centenares de soldados. No perdió nuestro oficial la serenidad, sinó que distribuyendo con sumo acierto su escasa fuerza, y comunicando á sus hombres el ardimiento generoso de su alma, no sólo contuvo primero, y rechazó después á los franceses, sinó que saliendo de la batería en pos de ellos, les hizo un oficial y ocho soldados prisioneros; no se ganó esta gloria sin pagar por ella buen precio, pues de los sesenta españoles que defendieron la *batería de la sangre*, treinta y uno quedaron allí muertos ó heridos, y su jefe Santocildes sufrió dos heridas: una grave en el vientre, y otra en el brazo.

Por tan brillante hecho de armas, no recibió nuestro oficial otra recompensa que la anotación en la hoja de servicios. ¡Qué diferencia de tiempos!

Y aun á poco, concluida ya la guerra y habien-

(1) Y aun popular ó nacionalmente fué admirable lo que sucedió entonces. «Todas las bolsas (dice el abate Pradtensus *Memorias históricas sobre la revolución de España*) se abrieron, se ofrecieron todos los brazos, y la nación española superó á cuanto en las demás épocas de la historia moderna se ha cantado en materia de ofrendas hechas por el patriotismo de los pueblos á los gobiernos que han buscado su apoyo.»

do solicitado su pase al cuerpo de Ingenieros, para lo que tenía conocimientos teóricos suficientes, según lo que se pedía entonces, por sus estudios aprobados en la Academia de Barcelona, y la práctica gloriosa de toda la campaña del Rosellón, y aunque vino la instancia muy bien informada por el general, Príncipe de Castelfranco, fué negada de Real orden, constando todavía en el archivo del Ministerio de la Guerra el duro informe de la sección de Ingenieros, opuestísima ya en aquel tiempo á todo ingreso en el cuerpo que no fuera por la categoría inferior. «Los oficiales procedentes de infantería ó caballería que han pasado á Ingenieros, dice el informe de la sección, no han dado nunca buen resultado para el real servicio.»

Desairado en esta pretensión, pasó Santocildes á Galicia, desempeñando en este distrito diversos destinos y comisiones, ya en cuerpos de línea, ya en provinciales, y mandando, con el empleo de teniente coronel, el Provincial de Santiago, hubo de sorprenderle el glorioso alzamiento nacional, al que se adhirió con todo entusiasmo, figurando desde luego como uno de los mejores jefes del ejército de la izquierda.

Tenía entonces Santocildes treinta y nueve años, y estaba ya casado. Organizó el batallón de provinciales de que era titular, y con esta fuerza tomó parte activa en las batallas de Rioseco, Zornoza y Espinosa de los Monteros, y en todas las peripecias que ligeramente quedan reseñadas. Fué de los pocos que permanecieron al lado de la Romana, guarecidos en lo mas abrupto de las montañas de Galicia, en los horribles días de Enero y Febrero de 1809. Al reorganizarse la resistencia en Galicia, y

después de haber asistido á la venturosa incursión en el Bierzo y rendición de Villafranca, Santocildes marchó con el general Mendizábal, jefe de la vanguardia de la división Mahy, contra Lugo, donde había un trozo muy considerable del ejército francés, mandado por el general Fournier.

Las acciones que se libraron en las cercanías de Lugo, en los días 18 y 19 de Mayo, fueron de las mas reñidas y sangrientas de la guerra de la independencia. Santocildes, al frente de la vanguardia volvió á regar en aquellos campos con el licor de sus venas los laureles pátrios, como de sí propio escribió el Duque de Rivas, pues fué herido, y no levemente, en un hombro, de bala de fusil. Restablecido de la lesión, destináronle á mandar la vanguardia de la cuarta división, ó sea de la que había de quedar en el Bierzo, guardando la entrada de Galicia y haciendo frente á las tropas francesas que tenían su cuartel general en Valladolid, mientras que el grueso del ejército español de la izquierda bajaba hácia Ciudad Rodrigo y Salamanca.

Cuantos datos hemos podido recoger, y el atento estudio de su estilo en la multitud de comunicaciones, proclamas y cartas que hemos leído, así como el de su reseña de los sitios de Astorga, nos ofrecen á Santocildes como un hombre de carácter firme, sencillo, aplicado, juicioso y muy modesto, el bello tipo del militar de un ejército sério y bien organizado, refractario por temperamento y educación á la bravuconería jactanciosa y al ardor desordenado y febril de los héroes callejeros.... ¡Ah! Semejantes tipos no habían de brillar demasiado en la España moderna; quizás la última gran ocasión que se les presentaba para lucir sus hermosas

cualidades, aunque mezclados y confundidos con otros de muy diferente índole, era esta guerra de la independencia, epílogo heroico de nuestra antigua historia y tumultuosa introducción de nuestra historia moderna; en esta lucha suprema, los hombres del verdadero *antiguo régimen* estuvieron al lado de los hombres que ó habían de construir un régimen nuevo falsificado, ó empeñarse en sostener un régimen antiguo, falsificado también. En Santocildes no había el germen de estas futuras evoluciones; no era él un revolucionario, ni un guerrillero, ni un liberal, ni un servil, ni un progresista, ni un moderado, ni un jefe de batallón capaz de pronunciarse, ni un general capaz de un golpe de estado; era ni más ni menos que un teniente coronel del ejército reorganizado por Felipe V, sobre la base de los antiguos tercios, y que durante los reinados de aquel monarca y de los de Carlos III y Carlos IV, había dado á la patria tantos días de gloria en Italia y en Africa.

El heroismo de Santocildes no estaba calcado en los romances, ni en el moderno romanticismo militar de la gloria y de las águilas, puesto de moda por Napoleón I, sinó era producto natural del sano espíritu de las Reales Ordenanzas de Carlos III que se sabía de memoria, y que había llegado á compenetrarse con su propio espíritu. *Manifestóse siempre conforme con el sueldo de que gozó y con el empleo que le tocó ejercer; si experimentó algún agravio en su carrera, llegó hasta el Rey representándolo; jamás habló mal de sus superiores; ni se disculpó con la omisión ó descuido de sus inferiores; prestó todo servicio en paz y en guerra con igual puntualidad y desvelo que al frente del enemigo, y*

habiendo sido puesto en Astorga para defenderla, no perdió nunca de vista el famosísimo artículo 21 de las *órdenes generales para oficiales*: «*el oficial que tuviese orden absoluta de conservar su puesto á toda costa, lo hará.*»



Cuanto ha de leerse de aquí en adelante, no será, sino un hermosísimo comentario de este artículo, ó un ejemplo memorable de su cumplimiento.



XI

Santocildes, gobernador de Astorga.—Ataque á la ciudad en los primeros días de Septiembre: un documento inédito.—Preparativos de defensa.

Santocildes fué nombrado gobernador de Astorga por el general García, jefe de la 4.^a división del ejército de la izquierda, acantonada en el Bierzo, el día 22 de Septiembre de 1809, y el primer ataque de los franceses á la ciudad que narran las historias de la guerra de la independencia fué el gloriosísimo para España del 9 de Octubre; pero antes hubo otro, igualmente glorioso, y que no se comprende como han callado hasta hoy los historiadores. Consta sin embargo en dos interesantes documentos, existentes en el archivo municipal de Astorga, y que son un oficio del general Mendizabal al cabildo de la ciudad, felicitándole por la victoria obtenida, y el de contestación del Ayuntamiento al citado general. Transcribimos el primero por su extraordinaria importancia para nuestro objeto. Dice así:

«El Sr. D. Juan José García, comandante general
»de la 4.^a División, me comunica con fecha de 4 del
»corriente, la gloriosa defensa que V. S. ha hecho en
»ese pueblo, con el auxilio de un corto número de
»tropas, contra un enemigo feroz, sostenido por ar-

»tillería, de la que V. S. carecía. El pérfido agresor
»de nuestras propiedades, el que sembrando por to-
»das partes el terror, la desolación y la muerte, pre-
»tende oprimir con su cetro de hierro los pueblos
»inocentes, para fundar sobre sus ruinas su decan-
»tada regeneración que consiste en el trastorno de
»todo buen orden, del honor, de la religión y de la
»dinastía, en cuya conservación se funda nuestra fe-
»licidad, ha hallado en V. S. un escollo, contra el
»que ha sido impotente todo su furor; y la voz de la
»patria que ha sonado profundamente en los cora-
»zones de todos esos ciudadanos, les ha hecho correr
»al peligro, arrostrar las amenazas y la muerte, y
»triunfar, por medio de generosos esfuerzos, de las
»huestes del tirano. V. S. será un ejemplo para los
»demás pueblos de nuestra amada patria. V. S. será
»citado con honor en los anales de la posteridad, y yo
»me complazco en tener esta ocasión, en que dándole
»la enhorabuena más satisfactoria, me ofrezco á su
»disposición con los deseos más sinceros de emplear-
»me en su obsequio.—Dios guarde á V. S. muchos
»años.—San Felices de los Gallegos, 20 de Septiem-
»bre de 1809.—Gabriel de Mendizabal.—Muy Ilustre
»Ciudad de Astorga.»

No contestó la Ciudad á este oficio hasta el 13 de Octubre, dirigiendo entonces el general otro de gracias, y en el que le daba cuenta *del nuevo ataque de 9 de Octubre*, y, aunque con frase ambigua que puede prestarse á diferentes interpretaciones, indica que Santocildes dirigió la defensa, no solo el 9 de Octubre, sino el día de los primeros de Septiembre, á que se refiere la comunicación de Mendizabal. Así es probable que fuera, pues *el corto número de tropas* que, según el oficio transcrito, auxilió á los vecinos de

Astorga en su primera formal resistencia á los franceses, no era, sino la vanguardia de la 4.^a división del ejército de la izquierda, que venía mandando Santocildes desde los combates de Lugo; la hoja de servicios de aquél así lo indica, aunque con el laconismo propio de tales documentos en aquella época.

De lo que no cabe dudar es de que hubo acometida séria por parte de los franceses á la ciudad de Astorga, en uno de los primeros días de Septiembre, de 1809, y vigorosa defensa por parte de los paisanos y tropa que obtuvo el éxito más completo, rechazando al enemigo, apesar de haberse presentado este con artillería, de cuyo elemento de guerra carecían en absoluto los defensores. Y no es aventurado suponer que tan feliz suceso fué el que determinó al general García á convertir á la desmantelada ciudad episcopal en plaza de armas, pues se le ocurriría pensar que si un destacamento, ayudado por los paisanos, había bastado para rechazar á numerosa columna francesa, provista de cañones, una guarnición resguardada por algunas obras defensivas, conseguiría mejor resultado, y la esfera de acción de sus tropas que, sin poseer Astorga, quedaba limitada por la llanura que se dilata delante del puerto de Manzanal, poseyendo la ciudad, avanzaría por lo pronto hasta el Orbigo, y luego quizás hasta el Esla. Los paisanos del reino de León, tan patriotas como los que más, hostilizaban cuanto podían á los franceses, tiroteando á lo largo de los caminos, á las columnas en marcha, y este movimiento popular aumentaba naturalmente mientras más próximo hubiera un núcleo formidable de resistencia. Bastaba á García permanecer asomado á los puertos para que la tierra delante de los mismos hirviera en guerrillas, y mientras más avan-

zara en la llanura, más lejos extendía ese fuego, facilitando á los patriotas sus generosas empresas. Astorga, convertida en plaza fuerte española, ó por lo menos á cubierto de un golpe de mano por parte de las columnas de 2 ó 3.000 hombres cada una, que solían recorrer entonces la llanada leonesa, y que realmente eran las únicas que Kellerman podía destinar á este objeto, constituía un verdadero foco de resistencia y un apoyo fortísimo para los *insurgentes* (como decían los franceses) de todo el reino de León.

Ningún jefe del ejército de la izquierda mas propósito que Santocildes, que precisamente por estos días había recibido el despacho de coronel como recompensa á su comportamiento en las acciones de Lugo, para la obra de transformar en plaza fuerte la ciudad de Astorga. Fué, pues, nombrado gobernador de la nueva plaza, y todas las tropas que á sus órdenes componían la vanguardia de la cuarta división, fueron destinadas á guarnecerla.

Eran estas tropas el regimiento provincial de Santiago que Santocildes mandaba personalmente, el tercer batallón del regimiento de Voluntarios de León, mandado por el comandante D. José Orús, el titulado Regimiento de Cazadores de León, cuya fuerza efectiva no llegaba á trescientos hombres; su jefe, el comandante D. Felipe Zamora. Dos compañías de Tiradores del Bierzo que sumaban ciento y tantos soldados, y sesenta *blandengues* ó sea soldados del Fijo de Buenos Aires. A esta tropa de infantería que arrojaba un total de mil ochocientos fusiles, se agregaron trece húsares del fantástico Regimiento de Caballería de León, el cual no constaba más que de estos ginetes y de unos cuantos jefes y oficiales que se aburrían en Villafranca

del Bierzo, esperando en vano la siempre anunciada y prometida llegada de reclutas y caballos. Para artillar la ciudad fueron llevados desde Lugo, en carretas, tres cañones de á cuatro y tres de á tres, y para servirlos fueron treinta artilleros bisoños, mandados por un oficial excelente: el teniente don César Tournelle.

El 22 de Septiembre tomó Santocildes, según hemos dicho, el mando de Astorga, y al siguiente lo participó al corregidor Izquierdo en un oficio, escrito de su puño y letra, y que, como todos los documentos de aquel militar insigne, llama la atención del lector atento por su sencillez y finura que tanto contrastan con el estilo hinchado y gárrulo, propio de otros héroes de la guerra de la independencia.

He aquí el oficio que, no sin veneración, leímos y contemplamos en el archivo del Ayuntamiento de Astorga, y que pueden nuestros lectores comparar con el tan mal escrito del general Mendizábal que arriba se ha copiado:

«El adjunto nombramiento que de mí ha hecho
»el General Comandante de la 4.^a División, deseo me
»proporcione ocasión de sacrificarme con la tropa
»de mi mando por la defensa de esta nobilísima
«ciudad, si llega el caso de atacarla el enemigo,
»y me lisongeo de que para poder hacerlo, así V. S.
»como las demás autoridades, me facilitarán con an-
»ticipación los recursos necesarios, y que el vecin-
»dario, por su parte, cooperará, como acostumbra,
»con su acendrado valor y patriotismo.—Dios guar-
»de á V. S. muchos años.—23 de Septiembre de 1809.
»—Josef de Santocildes.—Sr. Corregidor de la ciu-
«dad de Astorga.»

Esta comunicación en el Ayuntamiento y en la

ciudad la noticia de que iba á ponerse en formal defensa, fueron recibidas, no con aquiescencia benévola, sinó con verdadero frenesí de entusiasmo.

El odio á los invasores, lejos de haberse amenguado con las derrotas y los sufrimientos, parece que del infortunio mismo cobraba nuevos y redoblados bríos, y se manifestaba cada vez más potente á medida que se prolongaba el martirio de la patria, tomando ya en este tiempo algo de sombría desesperación, suficiente para causar y para sufrir toda suerte de horrores trágicos. Como en 1808, y más aún, el vecindario entero de Astorga se aprestó con firmísima resolución á morir matando, y manifestaba este sentimiento, arraigado en los corazones todos, con la misma vocinglería tumultuaria que cuando el mariscal Bessiers, vencedor en Rioseco, llegaba á las puertas de la ciudad con su caballería, sin rival en el mundo. Pero ahora existía en Astorga un elemento que faltaba el año antes, y que había de dar á los futuros sucesos una fisonomía más noble y más digna de la majestad de la historia.

Tal elemento era el mando ejercido con autoridad, inteligencia y cordura, esto es, el coronel Santocildes.

Hombre sério, reflexivo, práctico, de los que los energúmenos suelen llamar fríos, Santocildes sentía en la guerra de la independencia como la muchedumbre, y era muy capaz de admirar profundamente lo que valen el entusiasmo y el patriotismo; pero ni por temperamento, ni por educación podía descender como otros, al papel de juguete del vulgo, ni de torpe adulator de los caprichos de la plebe. Sabía él que la generosa decisión del pueblo español de sostener á todo trance su independencia, simbo-

lizada en su legítima dinastía, era la base insustituible de la resistencia que se oponía á los invasores; sin aquella decisión generosa y unánime, es decir, sin el entusiasmo de las masas, la resistencia hubiera sido imposible, pues no había elementos militares para sostenerla; el mismo ejército de lord Wellington, aunque tan bueno y tan excelentemente mandado, habría tenido que reembarcarse precipitadamente si el factor *pueblo* hubiera desaparecido del problema de la guerra. Pero si esto era cierto, no lo era menos que el entusiasmo popular, suficiente para no dejar reposar á los invasores, no lo era para resistirles con ventaja, y obligarles á repasar la frontera, sino se le encauzaba convenientemente, sino se le disciplinaba y organizaba con arte; porque la guerra como la política, exige, ante todo, y sobre todo, dirección. Sin dirección adecuada, esto es, inteligente y firme, con entusiasmo y sin él no se va mas que al desastre.

Parte considerable de la nación española en esta tremenda y grandiosa crisis, uno de cuyos episodios vamos refiriendo, cayó en el lamentabilísimo error, si no de negar formal y conscientemente una verdad tan clara, de no conceder al elemento autoridad toda la importancia que tiene, creyendo muchos que el esfuerzo individual bastaba para resolver satisfactoriamente el problema que se había planteado. ¡Fue este error que el mismo éxito de la guerra contribuyó á sostener y arraigar, y cuyas consecuencias deplorables se han estado recogiendo durante todo un siglo, y quizás no se hayan recogido todas! Despreciado ese elemento director, son despreciados también los bienes que son su consecuencia inmediata, tales como la disciplina social y militar, el respeto á

las gerarquías superiores de la inteligencia y de la posición heredada ó adquirida, la organización administrativa, el buen orden de la hacienda, etc. etc. en suma, todo lo que en la vida social es orgánico y causa de orden, es decir, de fuerza. Con ese error, un sutilísimo espíritu demagógico

Como esparcido por dedos invisibles

se infiltra en las inteligencias de los hombres que parecen más conservadores, y hasta las palabras y los actos más sublimes resultan envilecidos. ¿Qué frase, ni qué idea, v. g. más hermosa que el *no importa* de la guerra de la independencia? Pues cuando el anarquismo inconsciente á que nos referimos, se apodera de una nación ó de un individuo, esa frase y la idea significada por ella se tornan de sublimes en odiosas. No son ya de manifestación del heroísmo que sacrifica cuanto puede y debe ser sacrificado en aras de un ideal digno; son la expresión del salvajismo, porque, en efecto, á los salvajes no les importa nada.

Santocildes no era de esos españoles, cuya casta, por desdicha, se ha multiplicado en el siglo XIX mas que la del mesurado, enérgico y ordenancista gobernador de Astorga. Bien, muy bien que todos los astorganos coadyuvasen á la defensa de la plaza; bien, muy bien que el Ayuntamiento, como la junta de armanento del año 8, estuviese reunido en sesión permanente, arbitrando recursos y ayudando al gobernador en su empresa; pero todo con muchísimo orden, y sin salirse nadie de su esfera de acción, y sin chocar unos con otros. Nada de continuo campaneó, de reuniones tumultuosas en las calles, ni de discursos al aire libre, ni de sacar á toda hora

procesionalmente el pendón de Clavijo, ni de gritar y alborotar, sino á trabajar todos ordenada y seriamente en la obra común.

Así lo primero que hizo Santocildes fué introducir en la ciudad un órden perfectísimo. El ayuntamiento siguió dirigiendo la vida local; pero bajo la indiscutible autoridad superior del gobernador. Los paisanos fueron distribuidos en dos grandes grupos: el de los que podían prestar servicio militar, y el de los que prestarían mejor servicio en otros menesteres. De los primeros escogió algunos para nutrir los cuerpos de la guarnición, y con los restantes organizó varias cuadrillas, esto es, fuerzas irregulares á que destinó sargentos y soldados viejos para instruirlos. A los que no juzgó aptos para el servicio militar, destinó á los trabajos de fortificación, de parques, factoría y hospital.

Empezaron enseguida las obras de defensa, bajo un plan general, trazado por el mismo Santocildes.

La muralla ó cerca de Astorga estaba caída por varias partes, y carecía en absoluto de parapeto. En muy pocos días se cerraron las brechas, y se improvisó un pretil de piedra seca que es el que subsiste todavía en el trozo de muralla que se conserva. Como en las obras de la Costadura en Cádiz, en esta de Astorga, no solo los soldados y paisanos, sino hasta las mujeres y los niños trabajaron. Aunque todos se ofrecían y querían hacer gratis la labor, Santocildes dispuso que se pagasen jornales, á cuyo efecto concentró en sus manos y administró con severa economía todos los recursos disponibles, procedentes ya de los donativos voluntarios, ya de las indispensables exacciones que decretaba el gobernador, y ejecutaba el ayuntamiento, sin respeto á

ninguna clase de fueros ó privilegios, sino con la justa igualdad que imponían aquellas extraordinarias circunstancias.

Delante de cada una de las puertas improvisáronse baluartes con barricadas bien construidas, y en éstos se colocaron los cañones que no podían ser puestos sobre el muro, tanto por su estrechez como por no ofrecer garantía suficiente de solidez para soportar el peso, y menos la sacudida de los disparos. A los pocos días de instalada la guarnición, ocurrió un suceso que fué celebrado por tropa y vecindario como milagroso: el hallazgo de dos piezas de á ocho, enterradas en las inmediaciones de la ciudad, que habían dejado allí, sin duda, los franceses al retirarse de Galicia. Con estos fueron ocho los cañones de que se dispuso. Tournelle, tan inteligente como activo, montó un taller con gente tan escogida, cuya primera obra fué la recomposición de las piezas encontradas, y que siguió luego trabajando en la disposición de proyectiles.

Los soldados habían entrado en Astorga, según costumbre, casi desnudos. Aprovechando Santocildes unos cuantos miles de varas de paño, procedentes de un donativo de las fábricas de Inglaterra, dispuso que inmediatamente se hiciesen capotes, prenda la más indispensable para la tropa, y las hermosas astorganas se disputaron el honor de tomar parte en este honroso y patriótico trabajo (1).

La guarnición de Astorga no debía permanecer inactiva, esperando el ataque de los enemigos, sino que su obligación era salir constantemente al campo,

(1) Nada descuidaba Santocildes. En el Archivo del Ayuntamiento obra una orden suya, fechada del 6 de Octubre, mandando limpiar inmediatamente todos los pozos de la ciudad.

tanto para traer víveres á la plaza como para sostener el levantamiento de los campesinos y hostilizar á las partidas francesas que recorrían la tierra de continuo, con el mismo objeto de buscar víveres Santocildes regularizó este servicio; todas las mañanas salían de la ciudad varias columnitas compuestas de soldados y paisanos en distintas direcciones que, no solo se adelantaban hasta el Orbigo, sino hasta el Esla, y que entraban en las aldeas y caseríos, requisaban víveres y utensilios para la defensa, castigaban á los malos patriotas, y se batían con los franceses; en estos combates diarios, llevaban los nuestros la ventaja del mejor conocimiento del país y de las simpatías de los aldeanos; los franceses tenían de su parte la superioridad de caballería, pues nunca bajaban de mil los ginetes que operaban á lo largo del Esla, y nosotros no disponíamos más que de los trece húsares del regimiento de León. Pero nuestros ligeros infantes, aprovechando los accidentes del terreno y las tapias de los caseríos, fusilaban á los ginetes franceses, á mansalva muchas veces, pues tenían estudiada perfectamente la rápida retirada, despues de haber hecho una ó dos descargas que casi siempre causaban algunas bajas á los enemigos,

La vuelta de estas pequeñas columnas expedicionarias, al caer la tarde ó ya muy entrada la noche, constituía para los astorganos *el suceso del día*. Terminados los trabajos, en que todo el mundo estaba ocupado, reuníanse militares y paisanos francos de servicio en las puertas, á esperar á los que habían salido por la mañana, y al llegar, empezaban los pintorescos relatos de la expedición que, trasmitidos de unos á otros, constituían el asunto interesantísimo de todas las conversaciones, en las calles, alrededor

de las fogatas, y en los hogares. Así la ciudad levítica se había transformado en pocos días en una nueva Esparta, y al movimiento febril de un levantamiento noble, pero desordenado, había sucedido el regular y formidable, hijo de una imponente organización y de una severa disciplina.

Refiere Francisco Guicciardini, embajador de Venecia cerca del Rey Católico, que hablando un día con este gran monarca de como los españoles, siendo guerreros y valientes, habían sufrido tanto tiempo el yugo de los moros, y no habían conseguido hacerse respetar y predominar en Europa hasta el reinado del mismo D. Fernando, *«me dijo este que la nacion española era muy dispuesta para el ejercicio de las armas, pero que era también desordenada, y que solo se sacaba de ella el fruto conveniente cuando encontraba gobernantes que supieran regirla.* (1) ¡Observación admirable que se vé confirmada por toda nuestra historia, y que da la clave para descifrar el enigma de nuestra imprevista rápida grandeza y de nuestras interminables decadencias! Lo que D. Fernando el Católico hizo en grande, porque gobernaba á toda España, hizo en pequeño Santocildes gobernando una corta guarnición y una ciudad de escaso vecindario.

(1) «Relación de España, escrita por Francisco Guicciardini, Embajador cerca de Fernando el Católico—1512—1513—»—Publicada en los *Libros de antaño* con otras relaciones análogas, traducidas, anotadas y con una introducción por D. Antonio M. Fabié, de la Academia de la Historia.

XII.

*El general Carrier ataca la ciudad de Astorga.==
Gloriosa defensa del día 9 de Octubre.*

No estaban aún concluidas, ni con mucho, las obras de fortificación proyectadas, cuando quisieron los franceses probar su solidez y eficacia, decidiendo atacarlas bruscamente.

De sobra comprendieron, desde luego, como tan consumados maestros que eran á la sazón en el arte de la guerra, el inmenso daño que había de venirles de Astorga, una vez convertida en plaza fuerte, y con la celeridad propia de su condición de soldados excelentes, acudieron pronto á prevenirlo ó remediarlo.

El general Kellerman envió desde Valladolid al general Carrier, uno de los mejores jefes de su ejército, con orden terminante de arrasar las fortificaciones que los españoles levantaban á toda prisa en torno de Astorga.

Reunió Carrier en Benavente diversos destacamentos y columnas hasta el número de soldados que juzgó suficientes para la empresa que fué el de 2.200 infantes y 800 de caballería, todos de lo mejor de lo mejor, pues las tropas que, á las órdenes de Kellerman ocupaban parte de Castilla la Vieja y el reino,

de León, pasaba en el ejército napoleónico por veterana é inmejorable.

Al amanecer del día 8 de Octubre estaban concentrados en el Esla los 3000 franceses con dos piezas de artillería, un cañón de á ocho y un obús, y antes que amaneciera el día 9, habían llegado delante de Astorga. Era el propósito de Carrier tomar la ciudad de rebato, por un ataque brusco, á fondo, sacrificando cuantos hombres fueran precisos para salir adelante con su intento.

Para asegurarse las espaldas contra una embestida posible, aunque por desdicha para los nuestros poco probable, de las tropas acantonadas en el Bierzo, hizo formar el general francés su caballería dando vista á los puertos, y ¿cómo había de atreverse á bajar de ellos el general García, teniendo en frente, en la llanada, ochocientos ginetes de aquellos, y careciendo él absolutamente de caballería? ¡El mismo inconveniente siempre!

De antiguo es conocida la impetuosidad francesa, sobre todo en el primer ataque, que ya Julio César advirtió en los galos, y que esta embestida de Carrier á la ciudad de Astorga vino á demostrar y comprobar una vez más. Como bomba que sale del cañón, y busca su objetivo con la velocidad impresa por el disparo, mas que como masa de seres dotados de inteligencia para comprender el peligro y de instinto de conservación para procurar evitarlo, la columna francesa, ó mejor dicho, las tres columnas en que dividió Carrier su fuerza, se lanzaron en vertiginosa carrera sobre los arrabales, á la vez disparando sus fusiles y con la bayoneta calada, llevando al frente sus oficiales con los sables desnudos y en alto, en esas actitudes estatuarias ó tea-

trales con que gustan manifestar el valor nuestros vecinos, gentes que parecen hacer todas las cosas, aun las mas serias y peligrosas como si fueran á re-tratarlos en aquel instante.

Pero las apariencias escénicas que entre franceses no son afectadas, sino naturales, nada dicen contra la realidad de aquel valor, resultado de las nobilísimas condiciones de raza y de la disciplina militar, hija de una sábia organización, y acrisolada por quince años de difíciles guerras. Tan brusca fué la acometida que nuestras avanzadas, situadas en los arrabales, no pudieron hacer siquiera una descarga, y los que no se salvaron por pies, metiéndose á toda prisa dentro de la muralla, allí cayeron muertos ó prisioneros.

Con la misma fúria inicial llegaron los franceses, al pié de la cerca; pero de allí no pudieron pasar. Soldados y paisanos, colocados detrás del parapeto, hacían de continuo descargas cerradas, y como quiera que la masa de los asaltantes ofrecía un blanco muy extenso y muy próximo, apenas se desperdiciaba bala, cayendo aquellos valientes por docenas. Todos hubieran perecido á no comprender pronto Carrier la inutilidad del esfuerzo, y no variar en consecuencia de táctica. Recogió sus soldados en las casas de los arrabales, y desde las ventanas, ó por improvisadas aspilleras, empezaron á contestar con menos desventaja al fuego de los nuestros.

Queriendo Carrier proceder con más método, escogió la puerta del Obispo por obgetivo del nuevo ataque, y á cincuenta varas de ella puso en posición el cañón y el obús que traía, rompiendo ambos en horroroso cañoneo. Concentró en este punto el grueso de su gente, y cuando estimó bien casti-

gada la muralla, lanzó la columna para que forzara la puerta; pero el fuego que se les hacía desde lo alto, era tan nutrido que no pudieron llegar, al pié de la cerca, y hubieron de replegarse, dejando varios cadáveres en el campo.

Mientras tanto, otras columnitas se aproximaban por las demás entradas, sin duda para disimular el objetivo verdadero de la embestida que era la puerta del Obispo, y por todas partes era vivísimo el fuego de fusil, no escaseando tampoco el de artillería.

Con perfecto orden y gran entusiasmo la tropa y paisanos, distribuidos en la muralla, se batían con el enemigo, sin perder ni por un momento, no ya la serenidad, sinó el buen humor y alegría. Varios paisanos, ansiosos de manifestar el ardor que inflamaba sus almas, y el poco caso que hacían de los enemigos, se ponían en pié sobre el parapeto, disparando de este modo con olímpica tranquilidad sus fusiles, ó se permitían hacer zapatetas y otros grotescos ademanes, en son de burla y desprecio á los que atacaban, cosas que eran celebradas con risas y aplausos por los defensores. El mayor trabajo de los oficiales en este día memorable, consistió en impedir tan imprudentes alardes, conteniendo á cada uno en el puesto señalado.

Detras de la línea de los defensores, ó lo que es igual, detras de la muralla se agolpaba toda la población de Astorga, viejos, mujeres y niños, arrastrados á tal parage por la idea de haber mayor seguridad contra las balas y bombas al abrigo del muro que en las casas, ó en lo interior de la Ciudad. Exceptuando los enfermos que habian sido colocados, desde que se anunció el ataque, en las cue-

vas ó en las plantas bajas; los que, devotos ó asustados, llenaban la hermosa nave de la catedral encomendando á Dios la causa pública y la suya propia, el ayuntamiento reunido en su palacio en sesión permanente, y un batallón que Santocildes hacía estar en la plaza mayor, arma al brazo, como reserva para ir, en caso de apuro, á reforzar á los defensores del punto amenazado, todos los moradores de Astorga estaban, ó encima de la muralla, ó detrás de ella, y siendo tan pequeño el recinto, y la gente por lo mismo tan aglomerada, aquel conjunto de personas, unidas entre sí por el patriotismo y por el peligro, parecía más bien que guarnición y paisanaje de una plaza sitiada, una gran familia por el estilo de las que en los tiempos antiquísimos ó patriarcales, constituían por sí solas un verdadero estado, y se defendían con el esfuerzo de todos sus miembros de la brutal acometida de otra tribu enemiga. La mayor familiaridad y el buen humor propio de meridionales reinaba entre todos estos seres, naturales y forasteros de Astorga, obligados por las circunstancias, á pelear con los más esforzados guerreros del siglo XIX, al abrigo de los muros de una acrópolis romana, desmantelada y medio derruida hacía varias centurias....

Al principio la gente permanecía muy arrimada al muro, temiendo á las balas que pasaban silbando por encima de sus cabezas. Pero muy pronto, acostumbráronse todos á situación tan nueva, y se disipó el temor. Una mujer ofrece, desde abajo, á uno de los soldados que pelean en la muralla un vaso de vino; el soldado responde que buenas ganas de beber tiene, pero que no puede abandonar su sitio, y entonces la mujer, en arrebató propio de su sexo, sube á la pla-

taforma, y dá de beber al soldado. El ejemplo cunde enseguida. ¡Pobrecitos! exclaman las mujeres, refiriéndose á los soldados, ¡están ahí desde el amanecer! y como, por encanto, unas con vasos, otras con jarras, estas con vino, aquellas con refrescos ó agua, suben á la muralla que se inunda pronto de estas animosas y caritativas mujeres. Desvanecido el prestigio de aquel peligro, grande sin duda, pero que la imaginación, como suele, ha pintado mayor de lo que es, agrada á las mujeres el espectáculo de los soldados franceses avanzando hácia el muro, y contenidos por la lluvia de fuego y de hierro que sale de la muralla; y ellas también gritan, y apostrofan á los asaltantes, mezclando sus voces estridentes con las mas llenas de los varones, entre aquel estruendo de disparos, dominado hasta cierto punto por el son metálico de las campanas de la catedral que tocan sin cesar á rebato.

Varios sacerdotes, algunos con sobrepelliz y estola llevando sobre el pecho los santos óleos, recorren de continuo la línea de fuego, exhortando á los combatientes, no solo á pelear bien, sino á purificar sus intenciones y arrepentirse de sus pecados por si esta batalla es la última que han de librar en esta vida. No faltan combatientes que, al ver al sacerdote, se arrodillan pidiéndole apresuradamente absolución. Los médicos de la ciudad, por su parte, han organizado hospitales de sangre detrás de la muralla, donde practican las primeras curas, y tienen abundantes auxiliares, hombres y mujeres, para trasportar á los heridos á los hospitales del interior de la población,

En este gran cuadro sobresalen algunos episodios de singular grandeza épica. En la puerta del Obispo, donde el ataque fué más sério, peleaban juntos dos

paisanos, padre é hijo, de apellido Fernández. Una bala derriba en tierra al hijo llamado Santos. Al verle caer, inclinase hácia él su padre, y convencido de que su hijo es muerto, grita: *si mi hijo único ha muerto aquí estoy yo para vengarle*, y, furiosamente, como si pusiera en su ardimiento el dolor que acaba de sufrir, dispara una vez, y otra, y ciento su fusil contra los franceses,

Este ataque á la puerta del Obispo llegó á ser terrible. Las piezas de artillería vomitaban hierro hecho ascuas contra el muro por aquel paraje. Desde las casas de Rectivía, los fusileros barrían la plataforma. Pero ni se abría el muro, ni se amilanaban los defensores. Por lo menos cinco veces llegaron á la puerta con escaleras de mano, é intentaron colocarlas; el fuego que se les hacía desde arriba imposibilitaba en absoluto la ejecución del temerario intento.

Ya iban pasadas cuatro horas de combate, cuando hubo de comprender Carrier que no era él quien tomaba la ciudad aquel día. Y como había tenido ya más de cuatrocientas bajas entre muertos y heridos, mandó tocar apresuradamente á retirada. La caballería que hasta entonces había tenido á retaguardia, se puso delante de las murallas para impedir que saliese la guarnición, y la columna, dejando en el campo los cadáveres y llevándose los heridos, se puso en marcha por el camino real, hácia la Bañeza. En su movimiento de retirada, oían el clamor de las campanas de Astorga, no tocando á rebato, sino en gozoso repique de triunfo, y el imponente coro de tres ó cuatro mil seres humanos que les insultaban por su derrota. Cuando ya la columna em-

pezaba á perderse de vista en las lejanías de un hermoso horizonte de otoño, la caballería enemiga se reunió tambien en columna, y, à la carrera, tomò el camino de la Bañeza.

XIII.

El general García Velasco en Astorga.—Nuevas obras de fortificación.—Batalla de Tamames.—Mal aspecto de la guerra á fines de 1809.—Apogeo del poderío de Napoleón.—Ejército de Portugal.—Retírase de Astorga García Velasco.—Reflexiones.

La victoria del 9 de Octubre trajo para la causa de España consecuencias venturosísimas. En el estado que tenían á la sazón los negocios de la guerra, Kellerman no podía destacar hácia Galicia fuerzas mucho más considerables que las que, á las órdenes del general Carrier, habían fracasado delante de los débiles muros de Astorga, y, por tanto, hubo de imponerse un movimiento retrógrado del Órbigo al Esla, no atreviéndose desde entonces á pasar este último río, sinó en rápidas incursiones de columnas volantes, sin aspirar á permanecer en aquellos parajes. García Velasco no consideró ya como una temeridad descender al llano con el grueso de su división, y, perdido todo temor á la caballería enemiga, bajó de las alturas de Manzanal, y entró en Astorga triunfalmente, con cuanta pompa militar consentía el desastrado vestuario de sus reclutas.

Ya en la ciudad, y después de las obligadas felicitaciones á los valientes y afortunados defensores, dispuso el general García Velasco el ensanche y perfección de las obras defensivas. El teniente coronel de Ingenieros don Juan Vera recibió el encargo de planear y dirigir los nuevos trabajos, y siendo Vera peritísimo en su profesión, sacó todo el partido posible de los escasos elementos de que se disponía. Los grandes y sólidos conventos de Santo Domingo y Santa Clara fueron transformados en fortalezas, destinadas á servir á la improvisada plaza de baluartes avanzados. El arrabal de Rectivía fué convertido también en una especie de ciudadela, escudo del lado mas débil, por ser el mas bajo, de la muralla, cerrándolo con barricadas y aumentando sus defensas con pozos de lobo muy bien dispuestos; quizás sin embargo hubiera sido mas conveniente arrasar el arrabal, como hicieron mas tarde los franceses.

Trajéronse de la Coruña un mortero de 12 pulgadas, un obús de siete y dos cañones de á doce: todo con provisión para unos doce días. Hasta cuarenta y tres hombres fué aumentado el número de artilleros, y el capitán del arma don Pablo Puente, nombrado comandante de artillería de la plaza, quedando á sus órdenes el teniente don César Tournelle. (1) Santocildes, por su parte, perfeccionó la organización de las cuadrillas de vecinos, componiendo cada una de veinticinco hombres y dotándolas de los mejores jefes que pudo hallar.

(1) El Conde de Toréno omite el nombre de D. Pablo Puente, suponiendo que durante el sitio era comandante de artillería don César Tournelle, como lo fué en el glorioso ataque del 9 de Octubre,

Las esperanzas de los españoles en un próximo triunfo decisivo, nunca perdidas ó constantemente renovadas, tuvieron en estos días del Otoño de 1809 un momento de verdadera exaltación. Al triunfo de Astorga siguió inmediatamente otro todavía mas importante, y también conseguido por el ejército de la izquierda: las divisiones de este ejército que habían marchado á Ciudad Rodrigo con el Marqués de la Romana, y que á la sazón mandaba el sucesor del Marqués, Duque del Parque, avanzaron sobre Salamanca, y nueve días después de la defensa de Astorga, derrotaron al cuerpo del mariscal Ney, mandado accidentalmente por el general Marchand, en la batalla de Tamames. Los invasores tuvieron que evacuar á Salamanca, Kellerman hubo de llevar á las orillas del Tórmes lo mejor de sus tropas, dejando casi libre de ellas la provincia de León, y los nombres de Astorga y de Tamames resonaron en toda España como en el verano de 1808, los de Zaragoza y de Bailén.

Por desdicha tan halagüeñas impresiones fueron instantáneas. Queriendo el Duque del Parque sacar de la victoria de Tamames el conveniente fruto, avanzó con suma imprudencia, é incurriendo en el mismo error que tan caro habían pagado un año antes los españoles Cuesta y Blake y el inglés Moore, hácia el centro de la Península, y el 23 de Noviembre era rechazado en Medina del Campo, y, cinco días después (el 28) completamente derrotado en Alba de Tórmes.

Casi al mismo tiempo que perdíamos esta batalla en el noroeste, sufríamos en el mediodía la derrota de Ocaña, y coincidían con tan graves reveses la llegada de considerables refuerzos al ejér-

cito invasor, enviados por Napoleón, ya libre de la guerra de Austria, para dar el golpe decisivo á la de España. El ejército francés ascendió entonces á la enorme suma de 400.000 soldados.

Satisfecho de su victoria sobre los austriacos, á los que había reducido verdaderamente á la impotencia, y encadenado además á su política con una alianza que el genio de Metternich juzgaba indispensable para el imperio de los Hapsburgos, y que había de robustecerse por el matrimonio del soldado de fortuna, elevado al trono de Francia, con una princesa de la sangre de los césares; sin temor alguno por la parte de Rusia, cuyo jóven Emperador reconocía su indudable superioridad personal y poderío, Napoleón había llegado á la cumbre de su prodigiosa carrera, consiguiendo representar en el continente europeo aquel papel de rey de reyes de que se ufanaron, hace muchos siglos, en el continente asiático, los fabulosos príncipes de Nínive, Babilonia y Persia. No era ya el emperador de Francia, sinó el emperador de Europa. Daba y quitaba tronos á su arbitrio, variaba, como le parecía, el mapa del continente, creaba estados nuevos ó borraba de una simple plumada los mas antiguos. Aun no había tomado el título de emperador de Occidente, cónque sus soldados le regalaron los oídos más de una vez; pero de hecho, este mismo título que habían llevado los sucesores de Teodosio y Carlomagno, resultaba deficiente para expresar la grandeza efectiva de su poder que se dilataba lo mismo por occidente que por oriente.

Unica sombra de este cuadro brillante de gloria y poderío era nuestra península. Verdad que los ejércitos imperiales estaban en ella, y que para la

Europa subyugada el rey oficial de España era José I, hermano del Emperador francés; pero no resultaba menos cierto que la resistencia de los españoles á la monarquía intrusa y al ejército invasor no había cedido ni por un instante, que los franceses no dominaban en España más territorio que el que materialmente ocupaban, y que la guerra seguía viva, cada vez más empeñada y sangrienta y con menores probabilidades de pronto término. Aprovechándose hábilmente de la resistencia de los españoles, los ingleses mantenían un ejército en Portugal, desmintiendo de este modo la afirmación del coloso de que su poder por tierra era incontrastable. Napoleón necesitaba resolver inmediatamente esta cuestión de la península que era la cuestión de su propio poder, esto es, de su misma existencia.

Con los 400.000 hombres reunidos más acá de los Pirineos, juzgó que tenía elementos de sobra para resolverla pronto y bien. Sin sacar un soldado de Cataluña, de Aragón, de ambas Castillas, ni de las provincias del Norte, antes, por el contrario, reforzando los ejércitos que operaban en estas regiones, pudo formar dos poderosos núcleos, uno de 80.000 hombres destinados á invadir el mediodía, ó sean los reinos de Andalucía, y otro de 100.000 que había de conquistar el Portugal, arrojando de él á los ingleses; para mandar el primero escogió á Soult, uno de sus mejores y más acreditados mariscales, y al frente del otro puso á Masséna, (1) *l'enfant chéri*

(1) Andrés Masséna nació el 6 de Mayo de 1758 en Turbia, aldea del principado de Mónaco. Su oficio primitivo fue jabonero, y á los trece años se hizo marinero, hasta que en 1775 sentó plaza de soldado en el Regimiento Real Italiano, al servicio de Francia; el coronel le hizo aprender la lengua francesa, y ascendió á sub-oficial; pero cumplido su compromiso, ob-

de la victoire, el vencedor de Zurich, el defensor de Génova, el que acababa de cubrirse de gloria conteniendo en Essling, al ejército del archiduque Carlos.

Nadie dudaba en Europa de que Soult y Massena conseguirían el resultado propuesto, mientras que Souchet, otro mariscal que había revelado la guerra de España dominaba las comarcas levantiscas. Inglaterra temblaba por la suerte de su ejército, y los mismos ministros británicos escribían reiteradamente á lord Wellington que, si no se creía seguro en Portugal, se reembarcase inmediatamente. Los únicos que, á la verdad, no temblaban, ni parecían enterados de la nube que venía encima, eran nuestros abuelos; entre tantos papeles y documentos como hemos visto de aquella época, no hemos hallado uno solo revelador del más ligero desaliento. Entonces si que brilló en todo su esplendor, sin mancha que lo afease, el *no importa* de la leyenda.

Desde los últimos días de 1809 empezaron á concentrarse en el noroeste las divisiones del ejército, destinado á la conquista de Portugal que había de

tuvo la licencia absoluta, y se dedicó al contrabando, tanto marítimo como terrestre entre Francia y el Piamonte. Con los ahorros de este tráfico ilícito, puso una tiendecilla en Antibes, donde casó con la hija de un cirujano. Al estallar la revolución, se alistó en el primer batallón de Voluntarios del Var, y sus antecedentes militares le valieron para ser nombrado capitán, y poco despues mayor ó comandante. En la guerra desplegó condiciones extraordinarias, y sobre todo un ojo práctico en el campo de batalla, en el que pocos generales modernos le han igualado, y quizás no le ha superado ninguno, siendo esto tanto más admirable, cuanto que carecía en absoluto de instrucción teórica en el arte de la gran guerra. El Barón de Marbot que fué su ayudante, dice que no había leído jamás un libro de milicia. Massena, como Malbonrongt, deslustraba sus grandes cualidades militares con una avaricia igualmente grande y no reparaba en medios para satisfacerse.

constar de tres numerosos cuerpos, mandados respectivamente por el mariscal Ney y los generales Junot y Respúer. El cuerpo de Ney se reunió desde Salamanca hácia el norte, y á sus espaldas empezó á juntarse, alrededor de Valladolid, el cuerpo del general Junot.

Con tal desproporción de fuerzas, variaba la situación de la campaña, y así el Duque del Parque hubo de ordenar á García Velasco que saliese inmediatamente de Astorga, volviendo á los puertos que tenía obligación estricta de guardar. Cumplió la orden el comandante de la 4.^a división; pero no sin dejar reforzada la guarnición de Astorga con el regimiento de Lugo, repuesto de municiones y víveres para veinte días é instrucciones á Santocildes de defender la plaza hasta el último extremo.

En buenos principios militares no vale aplaudir estas instrucciones, aunque dieran ellas motivo á una buena página de historia militar que es el principal asunto de nuestro trabajo. Con los elementos que iban aproximando los franceses á las riberas del Esla, la defensa de Astorga era una empresa imposible, y las empresas imposibles no deben ser acometidas en la guerra, ni en la política, ni en nada; un éxito feliz, más ó menos probable aunque sea difícil de conseguir es condición indispensable de toda obra, digna del sér humano. La guarnición de Astorga, cuando en Castilla la Vieja estaba solo el cuerpo de Kellerman, llenaba cumplidamente su objeto; Kellerman no podía enviar más allá del Esla, sino cinco ó seis mil hombres, sopena de desguarnecer parte considerable de la extensa región, ocupada por sus tropas. Si enviaba efectivamente una columna de aquel tipo, bien podían dos mil españoles, atrinche-

rados en Astorga, resistirla con ventaja, como sucedió el 9 de Octubre; si se cegaba, y marchaba sobre la ciudad (lo que era muy poco probable) con diez ó doce mil soldados, y se detenía á formalizar un asedio, peor para él, porque aunque consiguiera su propósito, el sacrificio de la guarnición quedaría suficientemente compensado en las ventajas que obtuvieran las guerrillas de Burgos, de Palencia, de Santander, de toda la tierra de Campos á sus espaldas; quizás, mientras el general francés estuviera engolfado al pié de Manzanal, los nuestros pudieran perturbar profundamente la línea principal de comunicaciones del ejército invasor, la que Napoleón ordenaba guardar á toda costa, y hacer varios destacamentos prisioneros. Así es este juego difícil de la guerra, Astorga desempeñaba un papel importantísimo, teniendo en jaque al enemigo.

Pero desde que en el teatro de la lucha habían aparecido cien mil hombres más, quedando allí siempre los treinta mil de Kellerman, ¿qué podía hacer la pobre guarnición de Astorga, aun reforzada con el regimiento de Lugo? Resistir un momento (pues en guerras que se cuentan por años, las semanas son momentos) y sucumbir inevitablemente, sin provecho, ni compensación de ninguna clase para la causa nacional.

García Velasco en aquellas circunstancias, y mirando las cosas en conjunto que es como han de verlas los generales, debió levantar la guarnición de Astorga, y llevarse hombres y cañones al Bierzo, arrasando las fortificaciones que se habían levantado, y dejando allí un destacamento ligero de vanguardia que á la aparición del enemigo se retirase con presteza. Si los franceses volvían á entrar en Galicia,

cosa imposible, sabiéndose que todo aquel ejército estaba destinado á invadir el reino de Portugal, muy bien hubieran venido los tres mil hombres y los cañones que se dejaron en Astorga para guardar los desfiladeros de la región galática, y hacer de nuevo en esta la guerra de montaña que tan excelentes resultados había producido á principios de año; pero si, como era probable y efectivamente sucedió, el grande ejército de Massena entraba en Portugal, sin hacer por Galicia, entonces era la ocasión de bajar otra vez de los montes, no teniendo ya que habérselas, sino con las tropas de Kellerman.

Nada de esto se ocurrió sin embargo á García Velasco, el cual, sin duda, se dejó guiar, ó mejor dicho extraviar en esta ocasión, por las consideraciones menudas y por la rutina que son las fuerzas que suelen impulsar á los hombres medianos. Si Astorga se había defendido venturosamente el nueve de Octubre, podía defenderse siempre: he aquí lo que toman por lógica y raciocinio ciertos espíritus que no son ¡ay! la minoría de los espíritus humanos. ¿Que no tuvo en cuenta la variación de circunstancias? Apostamos á que él creería haberlas tenido presentes. Que Napoleón había enviado cien mil hombres de refuerzo, lo que cambiaba las condiciones de la guerra.... Pues por eso él reforzaba la guarnición de Astorga con el regimiento de Lugo, y en paz. ¿Qué más podía pedírsele?

En su virtud quedó la guarnición de Astorga verdaderamente abandonada en un teatro de guerra en que no podíamos por lo pronto desempeñar ningún papel de importancia. Allí quedaba como un regalo que se hacía al enemigo, ó como un aperitivo

que se le ofrecía para hacer boca, antes de que comenzara su campaña de Portugal.

XIV.

Escaramuzas y expediciones.—Guerra de guerrillas.—Glorioso combate de Puente Órbigo.—Preséntase delante de Astorga el general Loison.—Intima la rendición á la plaza.—Respuesta que obtiene.

Con los refuerzos que había recibido la guarnición, ascendía á 2.759 hombres; el regimiento de Lugo, mandado por el teniente coronel D. Pedro Guerrero, constaba de seiscientos cuarenta hombres.

No quería Santocildes que se enervara la tropa, permaneciendo encerrada en la ciudad, y por eso, muy atento siempre á cuanto sucedía en los alrededores de la plaza, multiplicaba las salidas ó mejor dicho, las expediciones combinándolas con arte, y consiguiendo casi siempre resultados venturosos

Aun no había mediado el mes de Enero de 1810, y ya los franceses volvían á dejarse ver de los astorganos, cruzando la tierra con su caballería desde el Orbigo hasta los montes. Encontrábanse muchas

veces con los nuestros, ya con las partidas ó columnitas destacadas de la ciudad, ya con las guerrillas ó bandos de paisanos, y había fuego generalmente muy nutrido, aunque de corta duración. Pero se sucedían tan continuamente estas escaramuzas que desde que amanecía hasta la noche no dejaban de oirse disparos ó tiroteos.

No peleaban contra los franceses en esta tierra de León, como en lo más de la península, únicamente los soldados y las guerrillas, por decirlo así, permanentes, esto es, las que tenían cierta organización militar, obedecían á un jefe fijo, y no dejaban nunca la campaña; había además un enjambre de paisanos sin organización alguna, sin jefes, que, ora individualmente, ora formando grupos muy reducidos, salían al campo sin otra mira que la de ver si mataban algunos franceses, y cuando lo habían logrado, ó convenciéndose de que no podían conseguirlo, volvían tranquilamente á sus casas, enterraban las armas en el corral ó en un paraje de la campiña, y se ponían como si nada hubiera ocurrido, á sus trabajos habituales: solía entonces llegar la columna francesa, y su jefe preguntaba que quien ó quienes habían disparado en tal encrucijada del camino ó desde tal ó cual altura, y no era raro que los mismos autores de la descarga dieran al oficial francés toda suerte de informes falsos, ó que se ofrecieran á servirles de guías para perseguir á los enemigos fantásticos señalados; si el ofrecimiento era aceptado, hacía el guía andar á la columna seis ó siete leguas por los peores caminos, haciéndola pasar de intento por los lugares apóposito, en que otros *brigantes* (como decían los invasores) les causaran nuevas bajas. A veces, cuando juzgaba el guía que la columna estaba desorientada,

desaparecía de repente, echando á correr en medio de la oscuridad de la noche ó aprovechando los pliegues del terreno que conocía él; cosas todas que no se llevaban á cabo sin riesgo, sino corriéndolo y muy grande, porque los oficiales del ejército francés que llevaban el que menos quince años haciendo la guerra en todos los países de Europa, y aun en Africa y Asia, habituados además á esta de España en dos años de práctica rudísima, no eran lerdos para prevenir y castigar estas zalagardas, y así fueron muchísimos los paisanos que pagaron con sus vidas, y á veces con las de sus padres. mujeres é hijos fusilados á título de represalias, su resolución de hacer daño á los enemigos de la patria. Los franceses, como suele ocurrir á todo ejército regular, guardaban ciertas consideraciones á sus enemigos regulares también; muchas menos á los guerrilleros, á los que llamaban brigantes y bandidos, y menos aun á los paisanos que sin estar afiliados á ninguna guerrilla. les hacían la guerra de emboscadas; *¿ves como son unos asesinos?* decía Junot á su mujer, segun refiere esta en sus interesantes memorias. Y como asesinos eran tratados por los invasores. Ya que se les cogiera con las armas en la mano, ya fueran capturados en virtud de alguna delación, sin formación de proceso y sin auxilios espirituales eran inmediatamente fusilados.

Sostener y avivar la guerra de guerrillas y la resistencia irregular de los paisanos, era uno de los objetos principales que no perdía nunca de vista Santocildes, y al que principalmente se enderezaban las expediciones ó salidas de la guarnición de la plaza. Entre ellas hubo una singularmente gloriosa, que no refiere Santocildes en su *Resúmen histórico*, pero

que consta en el expediente personal de este militar tan insigne por su modestia como por su valer.

En la segunda quincena del mes de Enero, una columna francesa de setecientos infantes y ochenta caballos establecióse en Puente Órbigo, y era indudablemente su intento permanecer allí, pues empezó á levantar algunas ligeras obras de fortificación. Resuelto Santocildes á impedirlo, organizó una columna de mil hombres de infantería y los pocos caballos que había en la plaza, y, á la media noche del 24 al 25 del citado mes, salió la fuerza de Astorga, mandada personalmente por el Gobernador.

Mucho antes de que amaneciese había tomado nuestra tropa posición frente á Puente Orbigo, procurando no ser vista por el enemigo. Al rayar el alba lanzaron los franceses una descubierta para reconocer el campo, la cual, no bien se hubo alejado unos pasos del pueblo, fué saludada por los nuestros con una descarga cerrada, y atacada inmediatamente á la bayoneta. Retrocedió en dispersión la descubierta, poniendo en alarma á su gente, y el jefe francés hizo salir á sus ochenta caballos que cargaron con extraordinario vigor contra los nuestros. Pero Santocildes tenía muy enseñado al regimiento de Santiago para resistir los asaltos de la caballería; así que se mantuvo perfectamente, dispersándose para dejar pasar á los enemigos, y haciéndoles vivo fuego por pelotones. Dos ó tres veces se repitió la maniobra, hasta que el jefe francés, comprendiendo que nuestros infantes no se asustaban del sable de sus ginetes, tocó á retirada, y se retiró, en efecto, hácia el Esla, no sin que los nuestros fueran picándole la retaguardia, un buen trozo del camino.

El resultado de esta brillante y feliz escaramuza

fué que hasta el 10 de Febrero no volvieran á verse enemigos en la vega de Astorga. Pero el 10 aparecieron con fuerza tal que no hacía ya posibles sucesos como el de Puente Orbigo, y que amenazaba para un próximo porvenir con el más funesto desenlace.

No queriendo Napoleón que sus tropas permanecieran ociosas, mientras que llegaba el momento de operar en Portugal, ordenó á Ney que intentara tomar las plazas de Ciudad Rodrigo y Astorga. El mariscal personalmente fué á ponerse frente á la primera, y destacó al norte para ver de acometer á Astorga á su tercera división, compuesta de ocho mil infantes, mil caballos y seis cañones de campaña, y mandada por el general Loison, «antiguo y vigoroso oficial que había hecho la campaña de Oporto», (1) conde del Imperio, y que tenía el título de Gobernador del Palacio Imperial de Saint Cloud.

Cruzaron los franceses el Orbigo, y al amanecer del día 11 aparecieron campeando sobre todas las alturas inmediatas á la ciudad. La caballería se había situado, como en Octubre, en el llano, á la bajada de los puertos. Los cañones habían sido emplazados frente á Rectivía. Varios destacamentos de infantes se aproximaron á las murallas, rompiendo en vivo tiroteo, al que respondían los nuestros con no menos viveza.

Con el mismo ardoroso entusiasmo que la vez pasada, esperaban guarnición y vecindario el ataque de los enemigos. Pero todo se redujo á continuo tiroteo que duró los días 11, 12, 13, 14, 15 y

(1) Thiers.

la mañana del 16. Al mediar este último, cesó el fuego, y se adelantó un oficial tremolando bandera blanca. Admitido el parlamento, salieron de la plaza varios oficiales, los que introdujeron al parlamentario enemigo con los ojos vendados. Resultó ser un oficial español, llamado D. Saturnino Agnós, que, después de haber militado por la causa nacional en 1808, desalentado indudablemente por los reveses de Noviembre y Diciembre de aquel año, se pasó ¡mal pecado! al enemigo. Había en Astorga muchos que le conocían, y de los que había sido camarada, pues Agnós había servido en el ejército de la izquierda, y fué necesaria toda la autoridad de Santocildes para que militares y paisanos respetaran en el desertor afrancesado la calidad de parlamentario. (1)

(1) Los generales franceses tenían la costumbre de enviar á estas comisiones desagradables á los españoles afrancesados que servían á sus órdenes. He aquí como refiere Marbot uno de estos episodios: «El mariscal Lannes se vió, pues, obligado (en virtud de una orden de Napoleón que acababa de recibir) á enviar un oficial para arrestar al Gobernador de Zaragoza, y pedirle su espada. Dió esta comisión á su ayudante Albuquerque. A este le pareció tanto mas penosa, cuanto que no solo era español, sino pariente y antiguo camarada de Palafox; no he podido comprender nunca el motivo que tuvo el Mariscal para mortificar de este modo á Albuquerque. Obligado á obedecer, entró mas muerto que vivo en Zaragoza, y se presentó en casa de Palafox, el cual, entregándole su espada, le dijo con noble orgullo: «si vuestros abuelos, los ilustres Albuquerques, volvieran al mundo, no es dudoso de que preferirían encontrarse en el lugar del prisionero de guerra que rinde esta espada cubierta de gloria, y no en el del renegado que viene á tomarla en nombre de los enemigos de España, su patria». El pobre Albuquerque, aterrorizado y á punto de desmayarse, tuvo que apoyarse sobre un mueble. Me ha contado esta escena el capitán Pascual, encargado de conducir prisionero á Palafox, y que asistió á la entrevista de este con Albuquerque. «¡Así trataban los generales franceses á los afrancesados!

Trajo Agnós para Santocildes un oficio, que, copiado á la letra, decía así:

»Campo de La Bañeza, 16 de Febrero de 1810.—
»Señor Gobernador—El oficial de mi Estado Mayor,
»que tendrá la honra de entregar á V. S. este oficio,
»me ha dado muy ventajosas ideas del carácter y
»conocimientos militares de V. S. por lo cual deseo
»ocasión de entrar con V. S. en correspondencia.
»El Rey entró en Sevilla en medio de las acla-
»maciones de sus habitantes, y la Andalucía se ha
»sometido á su poder. La Junta quedó disuelta, y
»el pueblo arrestó á muchos de sus miembros; pero
»antes de disolverse fué su última resolución la de
»separar del mando al Duque del Parque. Tal es la
»situación de las cosas en España —Debo, pues, así
»por el carácter de V. S., como por mi deber, poner
»en su consideración lo que un militar tan distin-
»guido como V. S. no dudo que apreciará.—Casi
»todos los españoles, conociendo que así les conviene,
»se han visto obligados á ponerse bajo la clemencia
»de su Soberano, quien trata á todos como padre.
»Ese ejemplo de los demás, es digno de la considera-
»ción de V. S., pues aprovechándola en tiempo,
»la guarnición que V. S. manda le será deudora
»de su conservación y seguridad, y los vecinos de la
»plaza nos agradecerán á V. S. y á mí verse con
»quietud establecidos en sus hogares. Sería éste pa-
»ra mí el más agradable triunfo.—Si V. S. dudase
»(lo que no puedo creer) de la exactitud de los he-
»chos que tengo el honor de participarle, el oficial
»que entregará á V. S. este oficio, le añadirá cuanto
»V. S. estime necesario para convencerse.—Es-
»pero, pues, que V. S. se sirva venir á hablarme
»con aquella confianza que la lealtad militar inspira

»ó señalarme paraje donde ambos podamos conferen-
»ciar.—Así lo ruego á V. S. con la sinceridad de mis
»sentimientos, mientras tenga el honor de ser su muy
»humilde y obediente servidor.—El Conde del Impe-
»rio, General de división, Gobernador del palacio im-
»perial de St. Cloud, Comandante en gefe—Loison.»

No quiso Santocildes contestar esta carta, sin dar antes cuenta á la Ciudad, y consultar con ella la respuesta, prueba de confianza que bien merecían los astorganos, y paso que no podía por menos de redundar en beneficio de la causa nacional, apretando los vínculos, ya tan estrechos, entre la tropa y el paisanaje. Leyóse, pues, la carta en el Ayuntamiento, ó mejor dicho, á todo el pueblo reunido en la plaza mayor, y su lectura excitó extraordinariamente el entusiasmo de aquella multitud, formalmente dispuesta á los sacrificios más grandes por la patria. Hubo discusión, no sobre la substancia de la contestación que había de darse, pero sí sobre sus términos, habiendo muchos que los querían, no solo enérgicos, sino durísimos y con todo el aparato de la retórica bravucona y altisonante que, á la sazón, estaba de moda. A esto se opuso Santocildes, discreto y moderado en todo, y él mismo redactó la respuesta que, una vez leída también en público, hubo de ser aprobada, y entregada al desventurado Agnós que la esperaba encerrado en una de las habitaciones del Ayuntamiento. Así decía:

»Astorga 16 de Febrero de 1810—Exmo. S.^r Aun-
»que no deba dejar de creer sea verdad cuanto V. E.
»me manifiesta en su escrito de hoy, conducido por
»el oficial de E. M. don Saturnino Agnós, me creería
»indigno de los honores que me tributa V. E. sino
»le contestase diciendo: no es tiempo de entrar en ne-

»gociaciones con V. E., y hallándome decidido á llevar hasta el último momento de mi vida los deberes de un buen militar, puede V. E. dignarse evitar nuevas proposiciones; y si la suerte le fuere mas propicia que á mí, podrá hacer lo que guste de una valerosa guarnición y obediente pueblo que, inspirados de su valor y patriotismo, y gobernados por mí, cumplirán con lo que tienen jurado.—Con este motivo me repito de V. E. su mas atento y s. s. q. b. s. m.—Josef Maria de Santocildes, gobernador de Astorga y Coronel del Regimiento de Santiago.—S.^r Comandante en gefe Loison.»

Despedido con esta carta el parlamentario aprestóse todo el mundo en Astorga á resistir la embestida suprema de los enemigos; pero con gran sorpresa se vió que el mismo día 16 levantaron su campo los franceses, tomando en retirada el camino de La Bañeza. Nadie pudo explicarse por lo pronto este movimiento retrógrado.

Aun chocó mas que treinta soldados de la división Loison, saliéndose del campo enemigo, se pasaran al nuestro; por esta época empezaron á ser relativamente frecuentes tales deserciones de los soldados napoleónicos, hasta el punto de no faltar en Francia quien señale este hecho como una de las causas determinantes de los reveses de Francia en la península (1).

(1) El Barón de Marbot llega á decir que na la menos que 50.000 españoles, hechos prisioneros por los franceses, y convertidos por el rey José en soldados suyos, se pasaron á sus antiguas banderas. «Las tropas francesas (dice) estaban muy descontentas de este sistema que eternizaba la guerra volviendo á los enemigos los soldados que les habíamos hecho prisioneros.» Este descontento sería muy exacto, pero la cifra de 150.000 hombres señalada por Marbot es monstruosamente exagerada; quizás no llegaron á 15.000 los soldados á quienes sucedió el caso referido. El mismo Marbot dice, como

XV.

Cuerpo de Junot.—El general Junot.—La Duquesa de Abrantes y SUS MEMORIAS. La PETITE COUR de la Duquesa en Valladolid.—Estado de los ánimos en el ejército francés en esta época.—Preparativos del sitio de Astorga.

La retirada del general Loison había sido motivada por un cambio en la distribución de las tropas francesas. Según hemos dicho ya, mientras que en Salamanca se concentraba el primer cuerpo del ejército que había de mandar Massena, y á cuyo primer cuerpo pertenecía la división Loison, en Valladolid se reunía el segundo cuerpo, ó sea el de Junot (1). Componíase este cuerpo, ó mejor dicho, verdadero

es exacto, que muchos de los soldados extranjeros que trajo Napoleón á España; italianos, suizos, alemanes y polacos se pasaron á los españoles ó á los ingleses. Wellington organizó una legión con estos auxiliares, y en Cádiz hubo varios cuerpos de polacos. No sabemos si los soldados que en esta ocasión se pasaron de la división Loison á la guarnición de Astorga eran españoles ó extranjeros; no es probable que fueran franceses, aunque tampoco faltaron en la guerra de la independencia *franceses españolizados*, como hubo *españoles afrancesados*.

(1) El cuerpo del mariscal Ney, 1.º del ejército de Massena, era el 6.º en la distribución general de los ejércitos franceses; y el de Junot 2.º de aquel ejército, era en la distribución general el 8.º

ejército, de 34.385 infantes y 8.835 caballos, con veintinueve cañones y diez obuses (1).

Su comandante en jefe, aunque no había obtenido, con harto sentimiento suyo y no sin extrañeza de muchos que juzgaban esta postergación inmerecida, el grado de mariscal, pasaba entonces, y la posteridad ha confirmado este juicio de los contemporáneos, por uno de los mejores generales de Napoleón. Mariscales hubo que no asociaron su nombre á empresas de guerra, semejantes á las que ilustraron el nombre de Andoche Junot, «oficial entendido, edecan devoto de Napoleón, de un arrojo que rayaba en temeridad, sin más defecto que el mismo natural ardor de su temperamento que había de terminar por una dolencia mental» (2).

La vida de Junot, como la de otros guerreros del ciclo napoleónico, más que biografía parece una leyenda (3). Estudiante de derecho al estallar la revolución, dejó las aulas para ingresar de soldado en un batallón de voluntarios, y su valor extraordinario

(1) Esta cifra es la que resulta de un estado de fuerzas interceptado por los guerrilleros españoles durante el sitio de Astorga. Thiers, cuya inexactitud en las cifras es notoria, y, según todas las probabilidades intencionada para aumentar ó disminuir á su arbitrio la gloria de los beligerantes (siempre en provecho de sus compatriotas) dice (Libro 32): «el octavo cuerpo que en un principio debió de ascender á 40.000 hombres, y á 30.000 luego, despues de enviar á otros cuerpos destacamentos numerosos, no contaba más que de 20 á 21 soldados.» Téngase en cuenta que esto se refiere al momento de empezar la campaña de Portugal, ó mejor dicho, el asedio de Ciudad Rodrigo, cuando ya Junot había dejado guarnecidas con tropas suyas las provincias de León y Zamora. En Abril que es la época á que nos referimos en el texto, es *el principio* que dice Thiers, ó sea cuando el cuerpo de Junot debía de constar de 40.000 hombres.

(2) Thiers.—(L. b. 29).

(3) Había nacido en Bussi-le-Grand (costa de oro) en : 1771.

en los combates le valió el sobrenombre ó apodo de *La Tempestad* que le dieron sus camaradas. En el sitio de Tolón era sargento, y Bonaparte le tomó de secretario. Entonces fué cuando ocurrió aquel singular suceso que, según sus biógrafos, constituyó la base de su carrera y fortuna, y que es ciertamente una de las anécdotas más interasantes que se refieren de los hombres de guerra. Dictaba Bonaparte un escrito á su secretario Junot; el cual iba escribiendo lo que su jefe le dictaba, sobre la caja de un tambor. En este momento cae una bomba junto al secretario, levantando espesa nube de polvo, y poniendo en dispersión al grupo. Pero al deshacerse la nube, reaparece el secretario, al que todos suponían muerto y deshecho por la bomba, en la misma correcta actitud de antes, y volviéndose á Bonaparte, le dice sonriéndose:

«Bien! Nous si avions pas de sable pour sécher l'eucre, en voici!» (1)

El heroico chiste fué como era justo, celebradísimo en el campamento, y Junot, ascendido á oficial, fué el insustituible ayudante de campo de Napoleón.

En 1807, Junot, ya general, mandó el ejército francés que invadió y ocupó el reino de Portugal. Su celeridad en las marchas, y la singular audacia de que dió muestra, entrando en Lisboa con mil y tantos granaderos, valieron á Junot en esta brava campaña elogios de todos los militares de Europa, y Napoleón le concedió el título de Duque de Abrantes. La ocupación de Portugal terminó desgraciadamente para los franceses con la batalla de Vimeiro y capitulación de Cintra, pero nada padeció con estos reveses la reputación personal de Junot.

(1) «Bien, no teníamos arena para secar la tinta, y vela aquí!»

Tanto fué así que Napoleón, tan severo con sus lugartenientes desgraciados, no retiró su gracia al vencido de Vimeiro, y las tropas capituladas en Cintra volvieron enseguida con su general á España, formando el octavo cuerpo del ejército grande de la península que dirigió Napoleón personalmente, en el invierno de 1808. Disolvióse luego el 8.º cuerpo para reforzar el 2.º, mandado por Soult, y Junot obtuvo en compensación del perdido mando el en jefe de las tropas que sitiaban á Zaragoza (1). El Duque de Abrantes volvía ahora á la península para mandar de nuevo el 8.º cuerpo reorganizado que había de ser el 2.º del ejército de Portugal.

Le acompañaba en esta ocasión, como en todos sus viajes y campañas, la Duquesa su mujer, señora de cualidades extraordinarias, ya se mire á la nobleza de origen, pues descendía nada menos que de los emperadores de oriente; ya á la hermosura y distinción, en las que era dechado; ya, finalmente, al ingenio y cultura que la llevaron mas adelante á ser insigne cultivadora de las letras francesas. Si como novelista (2) no llegó la Duquesa de Abrantes á la perfección que otras paisanas suyas, sus *memorias*, (3), se conriderarán siempre como un modelo en este género tan difícil como interesante.

(1) Fué tanto más notable este nombramiento que demuestra la importancia de Junot en el ejército francés, cuando había delante de Zaragoza dos mariscales: Moncey y Mortier.

(2) Varias de sus novelas son de asunto español; entre la que mas boga obtuvo en sus tiempos figura: «El Almirante de Castilla».

(3) *Memoires de madame la Duchesse D' Abrantes ó souvenirs historiques sur Napoleón, la Revolución, le Directoire, le Cousulat, l'empire at le restauración*—(3 tomos en fól).

Para nosotros los españoles tienen estas Memorias el mérito de contener algunos juicios exactos y justos acerca de nuestros abuelos en la guerra de la Independencia. Como la Duquesa estuvo en España en 1807, esto es, antes de estallar la guerra, tuvo ocasión de comparar la diferencia del trato y recibimiento en tiempo de paz y en tiempo de guerra, no callándose que en aquel todos los agasajos parecían pocos á los españoles para festejar á sus huéspedes, y deduciendo de aquí que las asperezas y esquiveces de la segunda época eran debidas al patriotismo herido, y no á la mala educación ó á la nativa barbarie, como divulgaron otros franceses menos discretos que solo habían conocido á nuestro país en el horror de la lucha (1).

Habíanse instalado en Valladolid los duques de Abrantes en el Palacio Real, «inmenso edificio que, »apesar de su antigüedad, encontrábase en estado de »perfecta conservación, y con un mobiliario muy »conveniente.» (2) Allí tenía la Duquesa *su pequeña córte muy elegante*, (3) á que concurría la flor y nata de la oficialidad del ejército francés y algunos españoles, ó afrancesados ó acomodaticios, y se hablaba de la guerra, de España y de la situación general de Europa, murmurándose, y no poco, de Napoleón, pues las guerras continuas comenzaban ya por este

(1) También el Baron de Marbot que estuvo en España cuando «la guerra de los naranjos» se fija en este contraste del trato de los españoles antes y denantes la guerra de la Independencia.

(2) Marbot que por cierto atribuye la fundación de este Palacio á Carlos V; es sabido que lo fundó Felipe III sobre el solar de una casa del duque de Lerma y otras contiguas, compradas al efecto.

(3) Marbot.

tiempo á cansar á sus mismos parciales y devotos, habiendo muchos entre los militares de alta graduación de su ejército que auguraban mal de una política tan desmesuradamente ambiciosa y tan exclusivamente fundada en la fuerza; la resistencia de nuestra patria había contribuido de un modo principal á este cambio de opinión, entonces sensible solo en los círculos elevados de la sociedad francesa y en los estados mayores de los ejércitos; pero que había de trascender muy en breve á los soldados y al pueblo. Aquellas rápidas campañas de Italia y Alemania en que caían con estrépito hechos pedazos los imperios y las naciones, y una sola batalla decidía la contienda, hiriendo poderosamente las imaginaciones, las exaltaba hasta el delirio y las dejaba luego como anonadadas en una especie de veneración supersticiosa al genio militar que había hecho tan estupendas maravillas; pero esta guerra de España en que pasaban las semanas, los meses y los años, y se hallaban siempre las cosas como al principio, en que se realizaban verdaderos prodigios de táctica y estrategia, de disciplina y valor, y como si no se hubiera realizado nada, concluyó por aburrir y desesperar á los militares franceses, y no había ya uno solo, de mariscal á soldado, que viviera en España con gusto, y que no deseara salir cuanto antes de la península, maldiciendo todos hasta el momento en que vinieron á guerrear en nuestra patria.

La disciplina, ese admirable resorte de los ejércitos, los mantenía unidos, y el hábito de la lucha que había llegado á constituir en aquellos veteranos una segunda naturaleza, les hacía ir contentos al combate; pero en el relativo descanso del alojamiento, ó en reuniones ó tertulias como las de los Duques de

Abrantes en Valladolid, se desataban las lenguas cada vez con menores miramientos y reservas. Convenían todos, ¡síntoma fatal para un ejército, y para una causa! que la guerra que nos hacían era injusta, esto es, que la razón estaba toda de nuestra parte (1). Creían que su deber era obedecer al Emperador; pero por lo mismo murmuraban del Emperador con tal acrimonia, que en un ejército menos hecho á la obediencia, hubiera sido peligrosísimo.

La duquesa de Abrantes era también de los que nos daban la razón, y de los que hallaban muy justificado que nos defendiéramos como podíamos contra el ejército, en que su marido ocupaba posición tan elevada. No así el Duque que era todo ímpetu y ardor, temperamento sencillo, de una pieza, y que profesaba á Napoleón un agradecimiento solo comparable á la profunda admiración que sentía por él. Delante de Junot no podía murmurarse, sino con precauciones; del Emperador nada; á lo sumo de sus ministros y consejeros. Y eso que no faltaban al antiguo sargento de Tolón motivos de agravio: sobre todo el no ser mariscal, haciendo tantos años que mandaba ejércitos, y habiendo tenido mariscales á sus órdenes. Junot desahogaba su mal humor con los otros generales y mariscales, sus compañeros en el mando de los cuerpos de ejército, y con los enemigos de su Emperador y de su patria, esto es, con los españoles.

Cuando se recibía en Valladolid, cosa muy frecuente, la noticia de haber sido degollado algún destacamento ó soldado suelto por los paisanos, ó como decían ellos, por los *insurgentes*, Junot corría al en-

(1) Todos los militares franceses que han escrito Memorias de la guerra de la Península convienen en esto. No hay uno solo que justifique á Napoleón

cuentro de su mujer, á la que amaba con todo el respetuoso cariño de un guerrero noblote á la señora en que reconoce superioridad de entendimiento, de rango y educación, y después de hacerle leer el parte, le decía:

—¡Lo ves, Laura, son unos asesinos!

Con esto de ser unos asesinos los españoles, creía aquel hombre de más corazón que inteligencia que su idolatrado Emperador quedaba plenamente justificado de haber enviado cuatrocientos mil guerreros á meterlos en cintura.

Laura no solía darse por convencida, y decía muchas cosas á Junot en contra de su tesis que no comprendía él, sino imperfectamente, pero encantándole siempre el talento y la buena conversación de su mujer. Cuando había que dar alguna orden severa, como de fusilar prisioneros ó cosas semejantes, lo primero que procuraba Junot era que no se enterase Laura.

Tal era la situación en Valladolid, cuando recibió Junot una carta del Príncipe Neuschatel, ordenándole de parte del Emperador que, mientras Souchet atacaba las plazas de Cataluña, aprovechara él el tiempo tomando las del noroeste, especialmente Astorga que *es una plaza bastante grande, situada á la entrada de Galicia*, según dice la Duquesa de Abrantes en sus Memorias. La resistencia victoriosa del 9 de Octubre del año anterior, vulgarizada por los periódicos ingleses, había indudablemente abultado la importancia militar de Astorga, á los ojos del estado mayor de París.

Como ya hemos dicho, era la verdad que en la situación que tenía entonces la guerra, jugando los franceses con tan formidables masas, Astorga ca-

recía en absoluto de importancia, pues una guarnición de 3.000 hombres situada en un lugar no fuerte por la naturaleza, ni por el arte, nada podía influir en un teatro bélico en que las fuerzas enemigas llegaban á 100.000 soldados. Lo que nosotros debimos hacer fué levantar la guarnición, y meterla en el Bierzo para que hubiese codyuvado á la defensa de Galicia, caso de atacar esta región los franceses, ó reservarla para futuras y más útiles empresas que una defensa imposible, si, como sucedió y era probable, casi seguro que sucediese, los franceses no atacaban á Galicia.

Y ocasión hubo de evacuar la plaza, sin ningún riesgo. Al recibir Junot la orden imperial, comunicada por el Príncipe de Neufchatel, dió á su vez las suyas para que su jefe de Estado Mayor Beyer y el comandante de Ingenieros de su cuerpo de ejército, que lo era el ilustre Valazé, empezaran las operaciones preliminares del asedio, ó sea preparar el tren de batir y dirigir las tropas, diseminadas en torno de Valladolid, hacia Benavente y La Bañeza.

Ya estaba ejecutándose todo esto, cuando recibió Junot otra orden del Estado Mayor de Madrid, en que se le prescribía marchar con su cuerpo de ejército á Salamanca, á ocupar el puesto de las tropas del Mariscal Ney, una de cuyas divisiones, la de Loison, estaba, según queda referido, delante de Astorga. Al recibir esta orden (escribe la Duquesa) ví yo á Junot más colérico que le había visto nunca, quizás, en los catorce años de nuestro matrimonio.»

Se resistió á obedecerla, hubo un cambio activísimo de comunicaciones entre Madrid, Valladolid y Salamanca, y, por fin todo cedió ante la orden terminante del Emperador que recibió Junot. Con ra-

zón señalan los historiadores franceses como una de las faltas graves de Napoleón en la guerra de España esta duplicidad de órdenes, á menudo contradictorias, procedentes de los Estados Mayores de Madrid y París. Para conservar la unidad del mando, base indispensable de la unidad de acción, en París debieran haberse abstenido en absoluto de comunicar orden alguna directamente á los jefes de los distintos cuerpos de ejército; no lo hacían así, lo que demuestra que la tan decantada administración napoleónica tenía también sus grandes defectos, é incurría en garrafales equivocaciones.

Resuelta la cuestión, el general Loison, ó sea el cuerpo de Ney, se retiró del campo de enfrente de Astorga, para dejar libre la empresa del sitio á las tropas de Junot. Tal fué el motivo de la retirada de aquel que nadie acertaba á explicar en la plaza. Entre la marcha del general Loison y la presencia de las primeras tropas del cuerpo de Junot, hubo un intervalo de diez días, durante los cuales no se vieron franceses desde la torre de la Catedral de Astorga. Durante este tiempo, bien pudo levantarse la guarnición, y retirarla con todos sus cañones y efectos, después de voladas las fortificaciones, al puerto de Manzanal. Pero en todo se pensaba menos en esto: en el cuartel general de Villafranca por incapacidad notoria para comprender las exigencias de la gran guerra; en Astorga, donde sin duda había un hombre, por lo menos, el gobernador, capaz de apreciar la esterilidad del sacrificio que se le imponía; porque la misión de este hombre no era la de evitarlo, sino la de hacer que ya que era inevitable, fuese glorioso. Y esto supo hacerlo, según se verá en las páginas siguientes.

XVI.

El general Clousel.—Principio del sitio.—Trabajos de aproche de los franceses.—El comandante Valazé.—Diversos ataques á los arrabales.—Glorioso combate de las Tegeras.—Pérdida de los puestos avanzados.—Estériles esperanzas de socorro.

Envió Junot para dar principio á las operaciones del asedio una columna de tres mil hombres, mandada por el general Clousel. Era este Clousel el mismo que luego fué tan famoso mariscal y cuyo nombre vá indisolublemente unido á la conquista de Argelia; (1) pasaba ya entonces, y con razón, por uno de los oficiales más brillantes del ejército francés, y se distinguía especialmente por su iniciativa para el mando en jefe.

Situó Clousel su columna en La Bañeza, y el día 26 se presentó delante de Astorga, enviando á la plaza un parlamentario; pero, conforme á lo que se había contestado á Loison, no se quiso recibirle, y fué despedido en las avanzadas sin abrir el pliego. Desde este instante puede decirse que comenzó el sitio, pues, aunque al caer de la tarde la columna francesa

(1) Bertrand Clousel nació en Mizepoig (Ariège) en 1772.

se retiraba á La Bañeza, todas las mañanas aparecía delante de la ciudad, y no hubo día sin combate más ó menos vivo, sostenido, ya por las tropas que salían á la descubierta, ya por las que ocupaban las murallas é improvisados fuertes.

Cada día también se observaba el aumento continuo de las fuerzas del enemigo. Desde Benavente hasta las montañas no había pueblo, ni caserío en que no entraran columnas más ó menos numerosas de franceses; parecía una inundación creciente que iba cubriendo toda aquella tierra.

Esta situación duró hasta el 21 de Marzo, en el que, y como á las tres de la tarde, avisó el vigía de la torre de la Catedral que, hácia el este divisábase allá en los confines del horizonte, una masa considerable de caballería que, á buen paso, avanzaba sobre la ciudad. Subieron á la torre Santocildes y los principales jefes, mientras que cada cuerpo y cuadrilla ocupaba el puesto correspondiente; la caballería enemiga llegó hasta la línea de fuego de la plaza, y abriéndose allí en ala, rodeó la ciudad por completo. Ocuparon una casa denominada *del Cortijo*, fuera del alcance de nuestro cañón, estableciendo allí como su centro de operaciones, y así permanecieron hasta el obscurecer. Al otro día, no solo continuaban los mismos del anterior, sino que se vieron muchos más que habían llegado sin duda durante la noche: Santocildes calculó en dos mil el número de ginetes que se acercaron á la ciudad el día 21, y en cuatro mil hombres de todas armas los que aparecieron al amanecer del 22.

En este día se les vió ocupar los pueblos de San Justo y San Román, y construir una batería delante de San Justo.

El 23 colocaron en esta batería un cañón y un obús, y un general con brillante estado mayor, sin duda Clausel, Solignac ó más probablemente Boyer, (1) jefe de estado mayor del 8.º cuerpo, se adelantó hácia Rectivía, siendo saludado calurosamente por las baterías y fusilería de la plaza. El fuego fué muy vivo entre sitiadores y sitiados, durante toda la mañana y tarde de este día, en el que se observó á numerosas columnas francesas cruzar en varias direcciones la campiña, entre la plaza y los puertos. La inundación de hombres y caballos crecía sin cesar, y desde la torre de la Catedral se veían ocupados todos los pueblos y todos los caminos hasta los remotos confines del horizonte. El ejército entero de Junot se iba acomodando entre Benavente y el Bierzo, y como es natural, se hacía imposible en este distrito continuar la guerra de partidas. Ahuyentados los guerrilleros, solo algún que otro individuo aislado atreviase á disparar su fusil al paso de las columnas enemigas.

El día 24 aparecieron construidas en torno de Astorga grandes trincheras, enlazadas perfectamente unas con otras formando en conjunto como un muro concéntrico al de la plaza; estas obras, maestras en su género, eran dirigidas por el entonces jefe de batallón de Ingenieros Valazé, gloria del cuerpo de Ingenieros que en este asedio de Astorga fué precisamente cuando empezó á distinguirse, haciendo brillar sus profundos conocimientos y sus raras condiciones en este arte de la ingeniería militar, uno de los más difíciles del gran arte de la guerra.

(1) Según las Memorias de la Duquesa de Abrantes, este general fué el encargado de dirigir el sitio hasta que llegó Junot.

No con el objetivo de paralizar las obras, ni menos destruir las ya edificadas, pues esto era imposible; dado el número de los sitiadores, sino para conservar el buen espíritu de los sitiados, dispuso Santocildes una salida, la cual se efectuó en este mismo día 24, ya cerca del obscurecer; salieron de la plaza mil infantes y docena de ginetes, llegaron hasta muy cerca de las trincheras enemigas, y, distribuidos en guerrillas, sostuvieron vivísimo fuego, retirándose despues de anohecido.

Pasó el día 25 en contínuo tiroteo, y tal cual disparo de cañón, sin incidentes dignos de mencionarse; pero el 26 fué de los más terribles del sitio. Había resuelto el general Boyer apoderarse por sorpresa del arrabal de Rectivía, y aprovechando las sombras de la noche que fué muy oscura, hizo aproximar á las casas una numerosa columna de granaderos y *voltigiers*. (1) Despuntaba el alba, cuando nuestras avanzadas sufren una descarga á quema ropa, é inmediatamente los franceses se lanzan en veloz carrera sobre las barricadas y trincheras, matan ó hieren á los pocos soldados que las guarnecían, y como un torrente desbordado entran por las callejas. apoderándose á paso de carga de algunas casas.

Defendía el arrabal el regimiento de Lugo. Repuestos los soldados muy pronto de la sorpresa, revuelven contra los franceses, y á tiros y á bayonetazos responden á la arremetida, durando el feroz combate, rico en múltiples episodios y en sangre de unos y otros, poco más de dos horas. Triunfan los

(1) *Volteadores* es la traducción literal de la palabra, y la que dan varios de nuestros escritores; nosotros preferimos conservarla en su origina francés por no tener correspondencia exacta en nuestra lengua.

nuestros sin necesidad de que salieran refuerzos de la plaza. Los franceses fueron completamente rechazados, aunque á costa de pérdidas muy sensibles por nuestra parte. Quedó mal herido en esta refriega el teniente D. Bernardo Pita, de nobilísima familia gallega, el cual venía peleando sin descanso desde el principio de la guerra, y repuesto de esta gloriosa herida, fué á encontrar otra de muerte, cuando ya los franceses, rechazados de nuestro territorio, luchaban por defender el suyo. En uno de los últimos combates de la guerra de la Independencia, ya sobre la frontera de Francia, perdió la vida, en efecto, este noble coruñés, ¿Fué desgracia?, ¿fué ventura? Los favoritos de los Dioses, cantó el poeta griego, mueren jóvenes. Y ¿qué hubiera visto D. Bernardo Pita en su patria, después de aquella gloriosa lucha, que fuera digno de su alma heroica?

Por la tarde atacaron los sitiadores, con la misma furia que por la mañana el arrabal, el puesto de los Molinos, y también fueron rechazados. En cambio consiguieron cortar el agua de que se surtía la ciudad, y hubo en esta que echar mano de los medios que la previsión de Santocildes tenía dispuestos para cuando ocurriera este inevitable accidente.

Durante los días 28 y 29, ni cesó el fuego un momento, ni dejaron los franceses de construir nuevas trincheras y campamentos de chozas para alojar las tropas que constantemente iban llegando á reforzar su campo.

Una desagradabilísima y alarmante sorpresa experimentaron los sitiados, al amanecer el día 30, y fué una nueva trinchera, construida durante la noche por los sitiadores, sobre una loma, denominada las Tegeras, á sesenta toesas de la muralla, y al mismo

nivel de esta; un par de buenos cañones situados en esta trinchera significaban la ruina completa de la ciudad. Era, pues, cuestión de vida ó muerte, la destrucción inmediata de la trinchera. Con suma rapidez se dispuso y organizó una salida con este intento.

De todos los cuerpos de la guarnición se sacaron trescientos soldados escogidos, y esta fuerza con dos piezas de á cuatro, y mandada por el coronel de voluntarios de León D. Felix Alvarez de Acebedo salió corriendo de la plaza, y en pocos minutos llegó á las Tegeras. El teniente del Regimiento de Lugo, D. José Nomba, que gobernaba la vanguardia, fué el primero que, sable en mano, subió á la trinchera, y siguiéndole los demás, desalojaron rápidamente á los enemigos. Con tal precipitación huyeron estos que se dejaron allí armas, mochilas y herramientas de ingeniería, aprovechando las últimas los nuestros, destruyeron las obras, ayudando á los soldados muchos paisanos que habían salido de la plaza con la columna.

Todo el campo francés se puso en movimiento y avanzó sobre las murallas, como si fuera su propósito un asalto decisivo; eran unos diez mil infantes y más de dos mil ginetes. Los nuestros, con reposo, gallardamente, sin dejar de hacer fuego de cañón y fusil, y llevándose los efectos cogidos en la trinchera, se volvieron á la plaza. Esta brillante operación nos costó cinco heridos; entre ellos muy grave el teniente D. José Nomba.

Durante la noche del 30 al 31 reconstruyeron los franceses la trinchera destruida el día anterior, y colocaron una nueva batería de dos cañones frente al convento de Santo Domingo. Para proteger sus

obras, pusieron en primera línea mucha caballería.

Al obscurecer del día 1.º de Abril, durante todo el cual habían cañoneado los franceses insistentemente el Convento de Santo Domingo, lanzaron una gruesa columna de ataque contra este edificio, guarnecido por un destacamento de cuarenta hombres. Muy bien se defendieron estos, y con no escaso fruto, pues disparando desde las aspilleras sobre las descubiertas masas del enemigo, causaron á los asaltantes muchas bajas, sin recibirlas apenas. No cesaban sin embargo los franceses, y siendo tantos, no había para todos con nuestros cuarenta fusiles, y así, mientras que caían unos, otros llegaban á la pared y ponían escalas para proceder al asalto; observando Santocildes la decisión del enemigo, comprendió la imposibilidad de conservar aquel puesto avanzado, y en consecuencia ordenó que fuera evacuado. Ejecutóse la evacuación perfectamente: el destacamento se precipitó á bayoneta calada contra los que rodeaban el convento, y á la carrera, protegido por el cañón de la plaza, ganó el recinto de esta, sin otra pérdida que dos heridos y otros dos soldados que fueron hechos prisioneros en la retirada.

También se perdió en este día infausto la *Fuente encalada*, no quedando á la guarnición y vecindario más agua que la de los pozos de la ciudad. Y comprendiendo Santocildes la imposibilidad de conservar los puestos exteriores, ordenó que fuera evacuado el Convento de Santa Clara, incendiándolo antes para que no aprovechase al enemigo. Necesario era este sacrificio; pero no por eso menos sensible. El monasterio de Santa Clara había sido fundado en el siglo XIV por Alvar Nuñez Osorio, y era uno

de los monumentos religiosos más queridos de los astorganos por sus piadosas tradiciones; hoy está reedificado, aunque solo en parte de lo que fué antes de estos terribles sucesos.

Los progresos que había hecho el enemigo, obligaban á reforzar la muralla, sino se quería verla caer de un momento á otro, derribada por las ya tan próximas baterías del ejército sitiador. El único medio practicable de reforzarla consistía en revestirla interiormente de terraplenes, operación nada fácil, sobre todo teniéndola que llevar á cabo con suma rapidez. No habiendo en la plaza oficiales de Ingenieros, trazó Santocildes el plan general, y encargó al ayudante del Regimiento de Santiago don Alejandro Benisia, oficial muy ilustrado, su ejecución; no hay que decir que todo el vecindario, sin excluir mujeres, niños y ancianos, trabajó con ardor, llevando sacos y espuelas de tierra, y en pocas horas había ya concluidos algunos terraplenes en los parajes de la muralla que se conceptuaron mas necesitados de semejante apoyo.

El fuego no cesaba ya de día, ni de noche. Los hábiles y ágiles «voltigiers» se corrían, aprovechando los más insignificantes pliegues del terreno, á veces arrastrándose por el suelo como culebras, hasta casi el pie de la cerca, y en cuanto alguno de los nuestros sacaba la cabeza por el parapeto, tenía encima el disparo. En varias ocasiones se les sorprendió al pié del muro, colocando escalas ó arimando materias inflamables. Tampoco dejaban de hacer fuego los cañones. Aunque Santocildes tenía dadas las órdenes más severas para que se economizáran las municiones, el consumo diario era enorme, y no parecía ya lejano el momento en que

la falta de aquellas, precipitara un desenlace de que nadie podía ya dudar por desdicha.

El día 3 se presentaron delante de la puerta del Obispo tres maragatos que venían corriendo, perseguidos por una partida de franceses, y una vez en la plaza, resultaron ser tres soldados de la guarnición, que, en la noche del 26 al 27 de Marzo, habían salido de Astorga, enviados por el gobernador al general de las tropas españolas en el Bierzo.

Estos tres valientes habían realizado su arriesgada comisión maravillosamente: Burlando á los enemigos, llegaron á Villafranca, cuartel general del ejército de Galicia, reducido á la sazón á menos de cuatro mil soldados, todos de infantería, mandados por el general Mahi. Recibió este á los emisarios de Santocildes, y les dijo que andaba reuniendo elementos para ir en socorro de Astorga. Pero ¿de donde podía sacarlos? A tales palabras añadió el general Mahi unas tiras de papel, sin firma que no era necesaria por conocer Santocildes su letra, en las que escribió estas sibilinas frases: *He llegado bueno, y pienso ver á usted pronto: déme usted noticias de su salud, y si puedo servir en algo, pues tal es el objeto que me ha traído aquí. Hoy 31 en Villafranca.*

Dispuso Santocildes que esta carta fuera leída en público, y, como es natural en semejantes casos, todo el mundo interpretó la misiva en el sentido de que dentro de poco había de bajar de los puertos un ejército formidable, capaz de arrollar á los franceses que andaban en torno de Astorga. Los ojos y los oídos de soldados y habitantes, fijos estuvieron desde entonces en las vecinas cumbres, con el ánsia de ver ú oír algo anunciador del deseado

socorrió. Algunas veces, sobre todo por las noches, se oían tiros en aquella dirección; eran las avanzadas del ejército de Galicia que escaramuceaban con las avanzadas francesas, ó que tiraban al aire sin otro propósito que animar á los sitiados.

El día 4 asaltaron los sitiadores el arrabal de Puerta del Rey; el combate fué largo, empeñadísimo y sangriento, y no solo á tiros, sino al arma blanca. De frente nada pudieron adelantar; pero corriéndose de casa en casa, desde Santo Domingo, llegaron á enseñorearse de unas muy próximas á la muralla. Se intentó desalojarles; pero no se consiguió, y merced á esta ventaja, pudieron construir una nueva batería, delante de la ermita de Santa Colomba, desde donde batían á placer la puerta del Rey.

Adelantaban simultáneamente, aunque á costa de grandísimos esfuerzos, conquistando el terreno palmo á palmo, por el arrabal de San Andrés. Á las nueve de la noche del día siete, poco después de suspenderse el fuego que había durado todo el día, cargaron repentinamente, y con el furor que solían desplegar en estas ocasiones, sobre un meson, edificio de regular construcción, situado á quince toesas de la muralla. Los pocos soldados nuestros que guarnecían este puesto, hubieron de salir por las ventanas, y no era cosa de pensar en desalojar de allí al enemigo, dada la fuerza con que contaba.

Contiguas al meson, había unas casas, y reparando Santocildes en que tenían el techo de paja, dispuso una salida para quemarlas y aislar así la posición que acababan de conquistar los sitiadores.

Efectuóse la salida al amanecer del día ocho, y tomaron en ella parte soldados de todos los cuerpos,

casi todas las cuadrillas de paisanos, y, lo que es más digno de notarse, algunas mujeres. Desde las ruinas todavía humeantes de Santa Clara, hacían terrible fuego los franceses; pero á pesar de todo, se consiguió el objeto de la operación, incendiándose las casas. Tuvimos un soldado, un paisano y una mujer muertos, y heridos seis soldados.

Al día siguiente, 9, atacaron los franceses á Rectivía; pero sin resultado.

El 10 amaneció construída una nueva batería, en la huerta del Rulo, delante del arrabal de San Andrés. El 11 y el 12 fué horroroso el cañoneo, no cesó un momento la fusilería, y se observó hácia los puertos movimiento de tropas. El día 13 empezaron á notarse los primeros síntomas del mal que acaba con las plazas más fuertes: el hambre. Un bando de Santocildes prescribió, bajo severísimas penas, la mayor economía en la distribución y consumo de víveres.

El día 14 fué señalado por la entrada en la plaza de un confidente, portador de un oficio del brigadier de la Armada, D. José Meneses, Comandante general, á la sazón, de la vanguardia del ejército de Galicia. Estaba concebido en los siguientes términos: «Sr. Gobernador.—Luego tendrá usted un socorro poderoso.—El Comandante general de la vanguardia de Galicia.—J. M.»

Tal aviso no podía responder á otro objeto que al de animar á la guarnición. El socorro prometido era de todo punto imposible. Con los tres ó cuatro mil hombres que había en Villafranca, aunque se reforzaran rápidamente con algunos más procedentes del interior, no había ni que pensar en descender al llano á pelear con los cuarenta y

tantos mil soldados de Junot, concentrados en torno de Astorga. Y de otra parte ¿de dónde habían de venir las tropas de socorro?

Las divisiones que fueron del ejército de Galicia, y que ya podían considerarse de Extremadura por el mucho tiempo que llevaban operando en esta última región, las que habían vencido en Tames y sido derrotadas en Alba de Tormes, estaban entonces á bastantes leguas más abajo, en las orillas del Tajo, muy arrimadas á la frontera de Portugal. El ejército inglés acampaba, dentro del vecino reino, enfrente de Ciudad Rodrigo. Tenía delante al cuerpo del mariscal Ney, más fuerte aun que el de Junot. Era imposible por absurdo que lord Wellington, para ir á socorrer á dos mil y tantos españoles encerrados en Astorga, se corriese del centro á un extremo remoto de la línea de operaciones, tan remoto que ya estaba fuera de la línea propiamente dicha que era la frontera de Portugal, dejando descubierto dicho centro, y abiertas las entradas del reino que tenía la misión especial de defender. Si poco tiempo después, lord Wellington no se movió para socorrer á Ciudad Rodrigo, ni siquiera á la plaza portuguesa de Almeida, en lo que hizo muy cuerdamente y con resolución digna de sus extraordinarios talentos militares, aunque fuera censurado entonces por los incapaces de considerar en grande las cosas, ¿cómo podía esperarse que fuese á socorrer á la ciudad de Astorga, cuya conservación ó pérdida por otra parte interesaba muy poco en aquellas circunstancias á las operaciones generales de la guerra?

Gravísimo error había sido dejar á una guarnición tan valerosa encerrada en una plaza indefendible,

y que no era posible socorrer de ningún modo. Pero ya cometido el error, y ante la imposibilidad absoluta de remediarlo, no había más, que sufrir pacientemente las consecuencias, y era lo menos malo que podía suceder, pues lo peor de los errores suele ser la série de los que se cometen luego por ver de remediarlos, cuando no es ya la ocasión, ni el tiempo de hacerlo. La plaza de Astorga estaba condenada á sucumbir, y no había ya quien pudiera evitarlo.

Apesar de lo cual, y del certero instinto militar de Santocildes, el mismo Gobernador se hizo algunas ilusiones al recibir el oficio de Meneses. Y nada tiene esto de particular, pues hacía veinticuatro días que ignoraba cuanto sucedía fuera de la plaza. Y ¡pueden pasar tantas cosas en veinticuatro días, en la guerra especialmente! En cuanto á los soldados y paisanos ni qué decir tiene que hubieran tratado de nécio, ó quizás de traidor, al que se atreviese á poner en duda que, dentro de brevísimo tiempo se iba á presentar delante de Astorga, ya de ingleses, ya de españoles, ya de unos y otros, un poderosísimo ejército de socorro.



XVII.

Junot delante de Astorga.—Horrible bombardeo del día 20.—Abrese brecha.—Asalto general.—Los granaderos del 8.º Cuerpo.—Decisión entusiasta de la tropa y del vecindario.

Mientras que el 8.º Cuerpo del ejército francés de la Península estrechaba, según hemos visto, el asedio de Astorga, su comandante en jefe Junot permanecía en Valladolid, al lado de su adorada Laura, recibiendo, en corte como un príncipe, en el antiguo palacio de los reyes de España, y dirigiendo las operaciones de sus tropas por medio del jefe de su Estado Mayor Berjer, y de sus lugartenientes, los generales divisionarios Clausel y Solignac. Calculando ya que la plaza no podría resistir mucho tiempo, salió por fin de Valladolid el 14 de Abril, con escolta numerosa y brillante, y llegó al campo de Astorga el 18, estableciendo su cuartel general en Castrillo. Esta fecha del 18 es la que consigna la Duquesa de Abrantes en sus *Memorias*; Santocildes en el diario del sitio que es, sin duda, la parte mas interesante de su *Resúmen histórico*, dice que el día 17 se vió á un general con escolta de sesenta caballos que revistò toda la línea francesa, y reconoció la plaza, creyéndose en esta que sería Junot;

al obscurecer, concluye Santocildes, se retiró al pueblo de Castrillo de Polvazares.

Lo que no cuenta Santocildes es la aventura que sucedió á Junot en esta jornada de Valladolid á Astorga, y que refiere la Duquesa; al pasar el puente de León, (1) una bala disparada desde lo alto de una colina, á la derecha del camino, vino á caer junto á su caballo; la suerte del general fué que aún no había levantado el dia enteramente; si la claridad hubiera sido completa, *Junot estaba perdido* escribe la Duquesa, su mujer. Subieron á la colina varios oficiales, y no hallaron rastro del atrevido tirador que pudo poner término trágico inesperado, y sin duda mas digno que el que tuvo después, á la carrera del antiguo sargento del sitio de Tolón (2).

El día 18 se observó en Astorga que habían levantado los sitiadores una formidable batería de brecha con nueve piezas, á cuatro toesas de la muralla, y al mismo tiempo hubo de notarse que los cubos ó medios-torreones, resentidos por el peso de los cañoncitos colocados en ellos y por el traqueteo de los disparos, amenazaban caer desplomados, y para colmo de males, las municiones de cañón faltaron casi por completo. Para remediar en lo posible este último inconveniente, Santocildes tenía dispuestas granadas, bombas y morteros de piedra, y en cuanto á la flaqueza del muro, se acordó ro-

1 No sabemos á qué puente se refiere la Duquesa, no pareciendo probable que Junot para ir de Valladolid al campo de Astorga se remontase hasta la ciudad de León, sino que fuera directamente por Benavente y La Bañeza.

2 Es sabido que Junot se volvió loco, y encontrándose en casa de su padre, el día 29 de Julio de 1813 se arrojó por una ventana, quedando muerto en el acto.

bustecer éste levantando el terreno posterior, de tal suerte que el grueso del terraplén sirviese de parapeto, prescindiendo del de piedra seca. Empezaron los trabajos por la Huerta del Obispo; y con tal ardor se llevaron á cabo que en una sola noche, la del 18 al 19, soldados y paisanos, sin exceptuar mujeres y niños, levantaron el piso de la huerta cuatro varas, se destruyó el parapeto de piedra seca, y se colocaron en el improvisado terraplén los dos cañones de á doce y dos de á ocho, debiéndose hacer constar que eran escasos y poco adecuados los útiles é instrumentos con que se hizo la obra.

El día 20, á las cinco de la mañana, todas las baterías francesas rompieron contra la plaza en el más horrible bombardeo. Disparaban á la vez cuatro cañones de á veinticuatro, uno de á dieciseis, dos de á doce y dos obuses desde la batería de brecha, y otros cuatro cañones de á doce y seis obuses desde las demás (1); hasta mediodía el fuego fué tan continuo que era imposible contar los disparos; después, y durante toda la noche, disparaban con más pausa. Apenas si se podía contestar, y lo que se les tiraba, era con los proyectiles de piedra ó con sus mismas bombas y granadas que las cuadrillas de paisanos recogían del suelo, y mal que bien se ponían en nuestros cañones. La brecha se abrió muy pronto, y por momentos se agrandaba; dispuso Santocildes

1 El horroroso cañoneo de este día se oyó distintamente desde León, saliendo muchas gentes de aquella ciudad á escucharle desde la pradera llamada del Calvario. Nosotros hemos oído á nuestros abuelos (que vivían á más de 6 leguas de distancia de Astorga), que, desde los sitios en que se hallaban labrando sus tierras, se oía el sordo estruendo del cañon tan distintamente que se contaba el número de descargas que se hacían.»

(Rodríguez Díez, *Historia de Astorga*.)

que detrás de ella se formasen tres cortaduras, y no habiendo saquillos de tierra, faginas, ni otra cosa a propósito, se construyeron bajo el horroroso bombardeo, con costales grandes y barricadas. Al rayar el alba del glorioso é infausto día 21, el fuego de los sitiadores se avivó extraordinariamente, y á poco rato, ¡oh dolor! unas granadas, cayendo sobre la sacristía de la Catedral, la prendieron fuego; las llamas elevándose sobre el venerable y hermoso monumento, alma de Astorga, símbolo de su historia y centro de su vida, parecían quemar los corazones de todos y de cada uno de sus hijos, y cuantos no tenían que acudir á la muralla, corrieron á detener el incendio, y, en efecto, trabajando con sin igual entusiasmo, sin hacer caso del diluvio de bombas y granadas, consiguieron atajar el fuego, reduciéndolo á la sacristía y oficinas contiguas.

Ardieron también varias casas en el arrabal de Rectivía y otras en las calles de Santa Marta y Sancti Spiritus. La brecha era ya tan espaciosa que ofrecía cómodo paso á treinta hombres de frente.

A las once de la mañana se destacó de la trinchera mas próxima al arrabal, un soldado con bandera blanca, y llegado que hubo á la plaza, dijo ser español, cabo 2.º del Batallón Voluntarios de Ribadeo, hecho prisionero por los franceses cuatro días antes en Foncebadón, y que le enviaba el general Junot para decir al Gobernador de Astorga que si no se rendía en el plazo improrrogable de dos horas, daría el asalto, y entrarían sus tropas en la ciudad á sangre y fuego, pasando á cuchillo á todos los que estaban dentro, sin respeto á edad ni á sexo. Añadió el soldado que los franceses ocupaban los puer-

tos y que en muchas leguas á la redonda no había tropa española.

Celebró Santocildes una breve conferencia con los jefes, y todos á una manifestaron que no procedía la rendición, sin haber sufrido antes un asalto general. ¡Heróicos militares! No consideraban asaltos los repetidos ataques que habían ya resistido, y se aprestaban á una lucha suprema con un enemigo superiorísimo, y sin tener apenas elementos con que luchar. Y la población, expuesta á perecer, los animaba y enardecía, gritando los paisanos por las calles. «¡No queremos rendirnos!... ¡guerra hasta morir.» ¡Viril y fortificante espectáculo que, á través del tiempo y de sucesos harto menos bellos que este que vamos narrando, se representa en nuestra imaginación con la melancolía de los bienes perdidos!... Pero nó... Aquellos hombres, militares y paisanos, que sobre la débil cerca de Astorga esperaban impávidos la gloriosa muerte, nuestros abuelos eran, y de su carne y de su sangre estamos formados nosotros. La raza es la misma. ¿Porqué no ha de volver á representar escenas semejantes? Ni un acto es la vida, ni un episodio es la historia. Lo pasado puede avergonzar á lo presente; pero para el juicio sereno es una garantía de lo porvenir.

El soldado que había traído el mensaje de Junot se negó á volver con la respuesta, y pidió un fusil para pelear una vez más por su patria. Se accedió á esta magnánima pretensión, y Santocildes dispuso que un oficial de los de Rectivía manifestase á las avanzadas francesas que la plaza no pensaba en rendirse. Se previno á este oficial que no pasara de las avanzadas; pero fuese por inhabilidad suya, ó porque los enemigos le obligaron á ello,

es lo cierto que fué hasta la presencia de Junot, y que este le hizo montar á caballo, y contemplar las columnas dispuestas para el asalto; ascendían á más de catorce mil soldados. Esta noticia que trajo el oficial, en nada entibió el ardor de los defensores.

Las dos y media señalaba el reloj de los maragatos, cuando dos columnas, de á mil hombres cada una, se lanzaron á paso de ataque sobre el arrabal de Rectivía, ocupado por quinientos voluntarios de León, á las órdenes del teniente coronel don Felix Pérez. Tan furiosa fué la embestida de los franceses que, llevándolo todo por delante, arrollan á nuestras avanzadas, y entran en lo interior del arrabal, apesar del nutridísimo fuego que se les hace desde techos y ventanas... Un momento más, y son dueños de Rectivía... Pero en este momento, salen por la puerta del Obispo, á bayoneta calada, el resto de los voluntarios de León y varias compañías de Lugo y Santiago; los enemigos no cejan por eso, y las bayonetas de unos se cruzan con las de los otros en terrible combate al arma blanca.... Los franceses llevan la peor parte; porque mientras les hieren de frente, los fusilan desde las casas, pero se resisten como cumple á veteranos del primer Imperio.... Santocildes que observa las peripecias de la refriega, hace salir de la plaza nuevos refuerzos, y entonces son arrojados del arrabal los enemigos, después de dos horas de lucha espantosa, y dejando en las callejas y en el campo montones de cadáveres, un verdadero lago de sangre, miembros destrozados y multitud de heridos que con sus ayes desgarradores acaban de completar el horror de aquella escena de bárbaro heroísmo.

Al punto que salían rechazados estos valientes franceses, otros mil se precipitan desde sus trincheras, en carrera veloz, hácia la brecha; son los terribles granaderos, aquella tropa escogidísima, formidable por su aspecto imponente, y aun más por su bravura y por el recuerdo de sus hechos; hombres que venían peleando en todos los campos de batalla de Europa desde 1793, encanecidos en el servicio y en la guerra, y á medida que pasaban los años, más fuertes y más resueltos; de los que no había memoria que hubiesen retrocedido jamás. Con estos famosos guerreros venían los *voltigiers* (volteadores) ágiles como gamos, diestros, como ningunos, en escaladas y asaltos. Traían escalas de manos é instrumentos de zapa, y corriendo, sin tomar aliento, llegaron á la brecha, aunque desde la muralla se les hizo todo el fuego que se pudo de cañón y de fusil. Caían á docenas; pero los que no caían, continuaban imperturbables la vertiginosa carrera. Y llegados á la brecha, penetran por ella, y cuantos lo hacen, caen muertos; pero llegan otros, y pasan por encima de los cadáveres de sus camaradas, y son muertos también, y vienen otros, y otros, y otros.... Desde la brecha á la trinchera no se interrumpe aquel reguero de hombres, aquella corriente impetuosa que nada puede contener... Los nuestros se hartan de matar; pero ellos no ceden... Y entran más y más, y llegan hasta la Catedral, y unos cuantos se apoderan de una casa contigua... Los defensores, enardecidos hasta la locura por aquel combate á la desesperada, entran también en aquella casa, y matan á bayonetazos á los franceses que la ocupaban... La sangre forma ya ríos... Los cañones se disparan como pistolas, á

quemaropa. Y en esto cierra el día, y se extienden las sombras de la noche; pero el combate continúa todavía media hora larga entre las tinieblas.

La victoria era de los nuestros, pues dueños habían quedado de la brecha; pero no decisiva, porque si se les había impedido la entrada, no conseguido alejarlos de la muralla. Aquellos obstinados granaderos que ni en Waterloo habían de volver caras, viendo que no podían entrar por la brecha, se agazaparon al pié de ella y allí se dispusieron á pasar la noche, para reanudar la pelea en cuanto amaneciese. ¡Hermoso ejemplo de valor militar que no nos cuesta trabajo alguno reconocer en nuestros enemigos de hace ochenta y tantos años, pero que da lástima pensar que no se empleara en defender los verdaderos intereses de su patria, ni ningun gran objeto digno de nuestra común civilización cristiana, sino la ambición de un tirano, azote, no solo de España, sino de toda la especie humana (1).

También en la plaza aprestábanse soldados y paisanos con delirante entusiasmo á la batalla del día siguiente. En el relativo silencio de la noche se oían los golpes de piqueta con que los franceses, apostados al pié de la brecha, abrían una mina; pero este sonido lúgubrementemente amenazador, no amedrentaba á los sitiados. En las calles del centro se habían encendido fogatas, y en su torno referíanse los defensores los incidentes y proezas del día pasado y hacían sus cálculos para el futuro. Por ninguna ima-

(1) Mandó á los granaderos franceses en esta famosa embestida Mr. de Lagrave, ayudante de campo de Junot, y del que dice la Duquesa de Abrantes en sus Memorias: «es una verdadera y buena fortuna para un general en jefe tener un oficial como Mr. de Lagrave en su estado mayor.»

ginación pasaba la idea de rendirse; acostumbrados á rechazar ataques, creían con absoluta buena fe que Astorga era invencible.

Y sin embargo la defensa de Astorga había concluido. Santocildes, hombre en quien se apareaban perfectamente la reflexión y el entusiasmo, había estado decidido desde un principio á resistir hasta el último trance, y veía que este trance último había llegado ya. Se habían agotado las municiones; no había más que veinte tiros de cañón, una bomba, una granada y treinta disparos de fusil por plaza.... ¿Cómo resistir con tal repuesto á la embestida que preparaban los enemigos para el día 22? Los torreonos, resentidos ya, estaban á punto de desplomarse. Era seguro que á los pocos momentos de comenzar el nuevo combate, lienzos enteros de muralla caerían, sin necesidad de ser volados por la mina, y los defensores quedarían detrás de los escombros, sin otra arma que la bayoneta para oponerse á diez y seis mil hombres furiosos que entrarían al asalto en la ciudad, sin que nadie, ni nada pudiera impedirlo, esto es, al saqueo, á la violación y á la matanza. ¿Merecía la heroica población de Astorga que se la expusiese á semejante catástrofe, de la que ningún provecho había de reportar la nación? Seguramente que no.

XVIII.

Capitulación de Astorga.—Junta de Jefes —Memorable sesión en el Ayuntamiento.—La frase de Costilla.—Texto de la capitulación.—Triste ceremonia.—El soldado Tiburcio Alvarez.—Lamela.—Reflexiones.—¡Væ victis!

El heróico gobernador de Astorga había resuelto capitular. Convocó inmediatamente á junta de jefes, la cual se verificó á la una de la madrugada. Los jefes se manifestaron sorprendidos de la proposición de Santocildes. ¡Tan resueltos estaban á pelear hasta la muerte! Pero cuando el comandante de la plaza les hubo revelado lo que hasta entonces guardara como impenetrable secreto. esto es, la falta de municiones, se resignaron, atendiendo especialmente al vecindario que no querían exponer al horror de una entrada del enemigo á viva fuerza sin el freno de prévia capitulación. La junta de jefes acordó en definitiva que al amanecer se arbolaría bandera blanca y se trataría con el enemigo, y que si este se negaba á suscribir una capitulación honrosa, se reanudaría el combate hasta que todos pereziesen. El teniente coronel Guerrero fué designado para salir á propo-

ner las bases de la capitulación al general Junot.

Pero había que llenar un importantísimo trámite antes de dar por definitivo este acuerdo. La defensa de Astorga no había sido empresa exclusiva de la guarnición; el vecindario, la ciudad, había tomado en ella tanta parte, por lo menos, como los soldados; era, pues, preciso que el ayuntamiento asistiera también á tan inevitable desenlace. Santocildes se trasladó, por tanto, á la casa consistorial donde, según se ha dicho varias veces, estaba reunida la corporación municipal en sesión casi permanente.

Acerca de lo que pasó en esta memorable sesión poseemos un precioso documento inédito que ha de avalorar las páginas de nuestra monografía, gracias á la generosidad que nunca sabremos agradecer bastante, del historiador de Astorga don Matías Rodríguez Diez, quien lo tiene preparado para la segunda edición de su *Historia*, y que nos facilitó copia del mismo, escrita de su mano. Helo aquí con su singular ortografía:

«Hay un sello con las armas españolas en el que se lee: Carolus IV D. G. Hispaniarum Rex».—Despachos de oficio.» «quatro mrs».—Sello quarto, año de mil ochozientos ocho».==«Valga para el reinado de S. M. el S.^r D.ⁿ Fern.^{do} 7.^o y a.^o de 1810.—Lic.^{do} Izquierdo.

«Manuel Cureses Exc.^{no} de Número^o y único del Ayuntamiento de esta ciudad de Astorga certifico: que en el zelebrado por los Sres. Justicia y rexigiento de ella con varios asociados para dar su dictamen á las dos de la mañana de este día, habiéndose presentado S. E. el Sr. D. José María Santocildes, Gobernador Militar y Político de esta misma Ciudad, y coronel del Rexim.^{to} Provincial de Santiago, hizo la

proposición siguiente: Que después de haber tomado conozim^{to} de las fuerzas de la guarnición de esta dicha Ciudad y reconocido los Almacenes de Municiones, con motivo de observar que apesar de haber sido rechazado el Enemigo en el asalto que intentó en la tarde del día de ayer, insistía en tomarla á viva fuerza, combocó á los Gefes Militares para deliberar sobre lo que fuere mas combeniente, que el voto de todos fué el de defenderse hasta el extremo de perder sus vidas antes que sufrir ser Prisioneros; pero que no pudiendo prescindir de mirar también por los intereses del Pueblo en una resolución de tanta gravedad, necesitaba que el Ayuntamiento^{to} por quien se representaba, manifestase igualmente su voto vajo los presupuestos siguientes: Que escaseaba de Municiones, con particularidad de las correspondientes al servicio de la Artillería, por no tener más que ocho cártuchos de á doce, seis de á ocho, y ninguno de á tres. Que las fuerzas del Enemigo heran muy superiores y que tenían flanqueados ya dos puntos de la Muralla hácia los que estrechaba sus Baterías; y que sin embargo podría resistir por el término de ventiquatro oras, le hera mui incierto el éxito, asi como lo es el que en el mismo término pueda tener socorro, y finalm^{te}. que si había algun momento oportuno para capitular, hera en su concepto el presente; y conferenciado sobre el particular, y consultado sobre todo las razones indicadas por dicho Sr. Gobernador, la Pluralidad del Ayunt^o fué de dictámen que se solicite honrrosa Capitulación, y en su defecto defenderse hasta morir, á excepción del Sr. Martínez Florez que fué el suyo que en ningun caso se capitulase; y que de todo se dé Certificado al Sr. Gobernador, como lo pi-

dió, y es el presente que firmo en Astorga á veinte y dos de Abril de mil ochoz^s y Diez.— Manuel Cureses» (Hay una rúbrica)

Pero no es este documento la única fuente histórica respecto de la escena memorable que tuvo lugar en el salon consistorial de Astorga, en la noche del 21 al 22 de Abril de 1810. Si lo fuese, habría que despojar á las tradiciones astorganas de una de las más bellas frases que se han pronunciado jamás, y de la que con justicia se envanece la ciudad, ó, mejor dicho, toda la pátria española; en efecto, en el certificado expedido por el escribano Cureses á instancia de Santocildes, y que contiene la relación oficial de lo sucedido en el ayuntamiento, compuesta inmediatamente despues de tomado el acuerdo, y con el único objeto de hacer constar la conformidad del municipio astorgano con lo ya resuelto por la junta de jefes, no se cita el nombre del anciano Costilla, el patriota y enérgico corregidor de 1808, que, viviendo todavía, asistió á la junta sin carácter oficial, pues no era ya corregidor, ni tenía puesto alguno en el ayuntamiento, sino como persona principal de la ciudad, siendo, pues, uno de los *varios asociados* que nombra el acta, suscrita por Cureses. Pero Santocildes, en su *Resúmen histórico*, escrito con todo reposo en 1815, añadió á las escuetas noticias del certificado oficial la siguiente:

»No me es posible recordar esta sesión de luto y
»amargura, sin traer á la memoria el rasgo sublime
»de lealtad, valor y patriotismo del Lic. D. N. Cos-
»tilla, individuo del Muy Ilustre Ayuntamiento. Es-
»te virtuoso y venerable anciano, de mas de sesen-
»ta años de edad, renovando en su corazón toda la
»fuerza de la juventud y toda la virtud de los héroes,

»apesar de estar convencido de la absoluta necesidad
 »de admitir una capitulación honrosa, prorrumpió
 »lleno de entusiasmo: ¡Muramos como los numan-
 »tinos! ¡Alma digna de no haber sufrido ni un mo-
 »mento el yugo opresor de nuestros tiranos, recibe
 »el homenaje de gloria y honor que te tributa un
 »militar que siempre admirará tu heroísmo y respe-
 »tará tu memoria.»

No hay contradicción alguna entre lo consig-
 nado en el acta y lo escrito en el *Resumen histórico*
 sino que se complementan recíprocamente ambos
 documentos. El acta contiene solo el acuerdo ofi-
 cial, y por eso consigna el voto del regidor Mar-
 tínez Florez en contra de la capitulación, el úni-
 co voto oficial en este sentido, pero calla la discusión
 anterior á la votación, y en la que Costilla pronun-
 ció su hermosísima frase. El voto de Martínez Flo-
 rez fué probablemente una consecuencia de la ac-
 titud de Costilla.

Espontáneo brote de un corazón heroico, la frase
 de Costilla en aquellos momentos es de una su-
 blimidad que espanta. Santocildes sintió toda la
 grandeza de aquellas palabras; porque también era
 él heroe; pero no quería morir inútilmente, sino re-
 servar su vida para darla por la patria, cuando el
 sacrificio fuera realmente provechoso. Numancia
 pudo suicidarse; porque de todas suertes hubiera
 sido destruida por un vencedor implacable, y sus
 defensores degollados ó reducidos á ignominiosa es-
 clavitud. Astorga debía doblar la cerviz á la suerte
 adversa, y esperar, confiada en la Providencia, me-
 jores tiempos. La índole de nuestra civilización cris-
 tiana así lo prescribe, y lo contrario no hubiera si-
 do magnánimo, sino bárbaro.



Las razones de Santocildes convencieron, como no podía menos, á los regidores, y Costilla se retiró á un rincón vertiendo amargas lágrimas de ira y de pena. Su aflicción se extendió por toda la ciudad en cuanto se hubo divulgado la triste noticia, y aquella población tan animosa en los peligros, tan esforzada en los combates, que aguardaba como una fiesta la tremenda batalla del día siguiente, cayó en un abatimiento profundo. La férrea disciplina se quebrantó, y muchos paisanos con algunos soldados corrían las calles gritando; *no nos rendimos, no queremos rendirnos.*

Entretanto la noche había llegado á su término, y empezaban á correr por el firmamento las ténues claridades del alba. La naturaleza, tan insensible á los dolores de los pueblos como á los de los individuos, anunciaba un espléndido día. Santocildes ordenó tremolar en la Puerta del Obispo una bandera blanca, y Guerrero salió á caballo en dirección del campamento enemigo.

Dos horas tardó en volver, y durante este tiempo algunos granaderos, de los que habían pernocado al pie de la brecha, se introdujeron, sin saber como, dentro de la ciudad. Acudió Santocildes con su escolta, y los hizo salir.

Regresó Guerrero con la capitulación que Junot había firmado, casi sin leerla, aplaudiendo el valor demostrado en la defensa.

He aquí el texto de la capitulación.

«En la trinchera sobre Astorga en 22 de Abril de 1810.

Artículo 1.º La guarnición será prisionera de guerra, y saldrá de la plaza con los honores de la guerra. Entregará las armas á cien pasos de la puer-

ta. Los soldados conservarán sus mochilas y los oficiales sus equipajes.

Artículo 2.º Inmediatamente despues de la rendición de la plaza el Comandante entregará al G. del E. M. las listas de los cuerpos de la guarnición que la componen. Estas listas comprenderán las compañías de voluntarios, las de los habitantes armados, en una palabra todos los individuos que han hecho servicio en Astorga, á fin de que las armas sean entregadas, y también un estado detallado de los almacenes de toda especie que existan en la plaza, y de los objetos que encierren, de la cajas militares y civiles y sus registros; el estado de los almacenes de artillería y fortificación, el número de los caballos ó mulas, en fin de todos los objetos pertenecientes á los diferentes ramos de la administración civil ó militar.

Artículo 3.º Para que todo lo que toca al culto de la Religión Católica sea respetado, y que bajo ningún pretexto sea extraviado, el Jefe eclesiástico de Astorga cuidará de la conservación de todos los objetos del culto pertenecientes á las iglesias que existían antes del sitio, pues todo debe quedar en su lugar acostumbrado, y el General en Jefe prohíbe, bajo las penas más graves, que su tropa extraiga la menor parte.

Artículo 4.º Luego que las presentes condiciones sean admitidas se colocarán inmediatamente guardias en las puertas de la ciudad, de las iglesias y en las plazas principales para mantener el orden, y que el culto sea respetado, las propiedades y los individuos.—El General en Jefe, Comandante del 8.º Cuerpo, Gobernador de París, El Duque de Abrantes.—El Coronel del Regimiento de Santiago y Gobernador de Astorga—José María de Santocildes.»

Firmado este documento, y dado á conocer á la población, la más honda tristeza se apoderó de los ánimos, y la gente se recogió en sus casas, dispuesta á sufrir la servidumbre, porque ahora no había, como en las ocasiones anteriores, ninguna probabilidad de salvarse por la fuga, pues la ciudad estaba completamente rodeada por los enemigos, y en cuanto alcanzaba la vista desde la torre de la Catedral no se divisaba punto alguno en que no flotase, la bandera tricolor.

A las once de la mañana se presentaron delante de la puerta del Obispo, y entraron enseguida en la ciudad el general Boyer, un comandante de artillería y un comisario de guerra que tomaron posesión formal de la plaza. Momentos despues salieron Santocildes, el corregidor Izquierdo y dos regidores á saludar al general en jefe del ejército sitiador. Al avistar á Junot, Santocildes echó mano al sable, é hizo ademán de querer entregarlo, pero Junot, con otro ademán muy expresivo y cariñoso le contuvo. Al dar las dos, la guarnición entera formada en columna, llevando á la vanguardia su escasa caballería, empezó á desfilar por el camino real hácia la Bañeza. Diez mil soldados franceses, alineados á entrambos lados de la carretera, veían pasar á estos enemigos suyos, desgraciados y cubiertos de harapos; pero que con su valor, constancia y sufrimiento acababan de conquistar, no solo el aprecio de sus adversarios, sino la gratitud de su patria y el aplauso de la posteridad: «son, escribió aquella misma tarde Junot á su adorada Laura, los más hermosos soldados que yo he visto.» (1)

(1) Memorias citadas. Junot añade á este juicio, las siguientes frases

Un singular incidente ocurrió en este desfile. Entre los húsares que marchaban á la vanguardia, iba Tiburcio Alvarez, soldado valeroso que se había distinguido extraordinariamente durante aquel período de correrías que antecedió á la formalización del asedio. Excitados sin duda los nervios y fantasía de Tiburcio por la triste y aparatosa ceremonia del desfile, en un momento de exaltación, disparó su carabina, apuntando al general Boyer, y gritando desaforadamente: *si todos se rinden, yo no me rindo*. El general francés salió ileso de la intempestiva agresión, y al punto echaron mano á Tiburcio, y se lo llevaron preso, formándole juicio sumarísimo, y al día siguiente, muy de mañana, fué fusilado el infeliz. No cabe ciertamente aprobar la conducta del soldado Alvarez, ni mucho menos ponerla por modelo á los que se hallen en su caso; la disciplina militar y la moral de consuno reprueban este acto violento; lo más que se puede es excusar á Tiburcio suponiendo, como es verosímil, que una excitación nerviosa, producida por su odio á los franceses, por las penalidades del sitio y por el aparato humillante de la rendición, fué la que le hizo cometer el atentado. Pero en las circunstancias extraordinarias de la guerra de la independencia, el pueblo no se contentó con tender este manto de misericordia sobre el cadáver del exaltado muchado, sino que desde luego elevó á Tiburcio Alvarez á la categoría de héroe de primera clase, á lo que contribuyeron sin duda los antecedentes del húsar, su trágico fin y la hermosura

que no son exactas: «la guarnición era de más de 3.500 hombres bien vestidos y bien armados. Hemos tenido ciento sesenta muertos y cuatrocientos heridos. Lagrave se ha cubierto de gloria.» Esto último es exacto.

escénica del acto y de su expiación inmediata. Lo cierto es que Tiburcio Alvarez quedó en la imaginación popular rodeado de una aureola de gloria que el tiempo aumentó y abrigó más aún; no hay historiador de estos sucesos que no cite su nombre, aunque algunos hayan desfigurado ó confundido su memoria, ya suponiéndole cabo, ya diciendo que se ignora su nombre (1) ya contando de una manera inexacta ó exagerada el hecho á que debió su celebridad, ya por último, confundiéndole con otro soldado, de apellido Lamela, perteneciente al Regimiento infantería de Santiago, que se distinguió mucho en la defensa de Astorga. Hemos procurado, pero sin éxito, conocer los servicios y méritos especiales de este soldado Lamela que debieron ser extraordinarios.

Tal fué el memorable asedio, ó, mejor dicho, la serie de ellos, que dieron á la ciudad de Astorga celebridad europea como plaza de guerra, divulgada por la *Gaceta del Imperio* que publicó y ponderó este triunfo de Junot como uno de los mayores conseguidos en aquel tiempo por los ejércitos franceses, y por los diarios de Inglaterra que, como era justo y natural, ensalzaron el valor y mérito de los defensores. Ciertamente que muchos de los que leyeron estas relaciones se figuraron una formidable Astorga, rodeada de baluartes y castillos, y guarnecida por muchos millares de hombres; porque no podrian concebir de otro modo que para tomarla hubiera sido necesario mover un ejército de cuarenta mil soldados, é invertir tantos dias en su expugnación. Los que hayan leído

(1) Así dice p. e. el novísimo Diccionario *Enciclopédico Hispano Americano* en su artículo *Astorga*.

las páginas que anteceden, saben lo que hubo de cierto en esto, y que solo por un prodigio de valor dirigido por otro prodigio de cordura pudo escribirse esta página gloriosa en la historia militar de España.

Y al escribir las frases *prodigio de valor y prodigio de cordura*, no crean nuestros lectores que hemos dado rienda suelta al funesto lirismo, al entusiasmo de falsete que con razón se reprocha en muchos de nuestros historiadores; las hemos escrito conscientemente, porque comparando estos sucesos con otros posteriores, aparecen en verdad como prodigiosos, aunque al juicio sereno, y formado teniendo á la vista el mayor número posible de datos históricos, no sean extraordinarios. Ni Santocildes fué un genio militar de los que hacen época, ni los defensores de Astorga pasaron de los límites á que llegan siempre los hombres de nuestra raza, cuando quieren de veras cumplir con su deber, y son bien mandados ó dirigidos. Santocildes es el tipo del militar ordinario que sabe su oficio, y tiene las cualidades necesarias para desempeñarlo, y la virtud suficiente para desempeñarlo bien; es un hombre ajustado al tipo ideal trazado por las Reales Ordenanzas para que se miraran en él y le imitaran todos los generales, jefes y oficiales de los ejércitos de S. M., y con ser esto, nada más que esto, fué sencillamente prodigioso en la defensa de Astorga, y al contemplar su figura, se ocurre á todo el que es capaz de comprender y apreciar lo bello, y lo grande: hombres así, y no héroes del romance, son los que necesita España en el ejército, en la política, en la administración, en todos los órdenes de su vida. Un centenar de celosos cumplidores del deber, repartidos en las diferentes categorías

y esferas sociales regenerarían á España mejor, mucho mejor que un genio á lo Napoleón ó á lo Alejandro.

La triste columna de los defensores de Astorga, despues de haber dejado en pabellones sus armas, continuó la marcha á La Bañeza, y de aquí á Valladolid, custodiada por una columna de mil infantes y doscientos caballos. Refiere la Duquesa de Abrantes en sus *Memorias* que una tarde, habiendo sabido que los prisioneros de Astorga iban á llegar á Valladolid, salió ella en carruaje á verlos pasar. Como á un cuarto de legua de la población, el alarmante ruido de unas cuantas descargas cerradas de fusilería sobresaltó á la dama y á sus acompañantes. ¿Qué sería? ¿Se habría encontrado la columna francesa, custodiadora de los prisioneros, con partidarios españoles? La Duquesa ordenó al cochero que diese la vuelta inmediatamente á Valladolid; pero á poco apareció en la carretera la cabeza de la columna francesa. El oficial que la mandaba, y que seguramente sería uno de aquellos veteranos de bigotes grises, encanecido en las interminables guerras napoleónicas, agriado por las penalidades y sufrimientos físicos y morales de luchas tan prolongadas y tan sin objeto, sin ilusiones ya ni de gloria colectiva, ni de adelantos individuales en su carrera, tipo muy frecuente en esta última época del primer imperio francés, al ser interrogado por la Duquesa que á que habían respondido las descargas que acababan de oirse, respondió con la seca franqueza de los hombres que, por mal carácter ó desesperación, gustan de hacerse desagradables:

—Han sido, señora, para despachar á los brigantes que no querían marchar al paso debido.

La Duquesa se cubrió el rostro con las manos y lanzó un grito de horror. Dice que medio loca volvió á su palacio. Aquella noche, delante de sus tertulianos los oficiales superiores del 8.º Cuerpo, pronunció el mas enérgico discurso contra esta barbarie de fusilar por los caminos á los infelices prisioneros, muchos de ellos heridos, otros enfermos, por el delito de no poder seguir al paso de la tropa que les conducía. Pero halló contradictores; los militares franceses le objetaron, como se hace siempre en estos casos, con las atrocidades cometidas por los españoles con los prisioneros del ejército invasor. En aquellos días precisamente se hablaba mucho de unos centenares ó miles de prisioneros franceses, depositados en la isla Cabrera, y á los que se olvidó tan por completo que no se les mandó víveres en muchos días, resultando que la mayor parte de aquellos desgraciados murió de hambre. Realmente, no hay guerra en la que ambos contendientes no puedan dirigirse reproches semejantes. La guerra, aun la mas justa, es la barbarie siempre, y ya lo dijo Brenno: ¡Væ Victis!

XIX.

Astorga plaza francesa.—Régimen militar á que fué sometida la ciudad.—Avance del general Mahy con el ejército de Galicia.—Bloqueo de Astorga.—Gallegos con uniformes ingleses.—Situación en Agosto de 1810.

Entraron los franceses en Astorga, y la población vencida, mejor dicho, aniquilada por el tremendo golpe, se redujo al silencio bajo el poder formidable que la había subyugado. Astorga, escribía Junot á su Laura, está tan tranquila como Valladolid (1) Gracias á la capitulación no hubo esta vez saqueo; en cambio Junot, siguiendo el sistema prescripto por Napoleón á sus generales de hacer vivir á sus tropas de los recursos del país conquistado, impuso á la ciudad á título de contribución de guerra, el enorme tributo de un millón de reales. Seguramente que no faltaba entonces el numerario en Astorga, pues es ley que nunca falla la de la acumulación de la moneda en los teatros de operaciones militares; y especialmente las plazas sitiadas, aunque llegen á carecer de los artículos

(1) Carta de 23 de Abril de 1810, inserta en las Memorias.

indispensables á la vida, no sólo no carecen de dinero, sino que por efecto de su misma situación se convierten en depósitos de monedas. Por esta época, los generales franceses se abstenían ya de exigir, cuando tomaban una plaza ú ocupaban una comarca, que se proclamase solemnemente á José I por rey de España, como había sido su costumbre en 1808, ni tampoco mudaban las autoridades establecidas; antes por el contrario, exigían con despotismo militar que continuasen funcionando las existentes; la experiencia les había enseñado cuan vana ceremonia era la proclamación del intruso, y no haciéndose ya ilusiones respecto de las simpatías de su causa entre los españoles, comprendían la inutilidad de andar cambiando corregidores, siéndoles mas útiles los antiguos por su conocimiento de los recursos del país y su práctica gubernativa.

Una vez dueños de una población, Astorga por ejemplo, los franceses montaban un gobierno militar que no podía ser más sencillo en sus relaciones con los vecinos. Reducíanse tales relaciones á sacar dinero y cuanto les hacía falta, valiéndose para ello del corregidor ó alcalde. Estas autoridades eran llamadas por el gobernador ó comandante francés, quien chapurreando el castellano, ó valiéndose de intérprete si nada sabía de nuestra lengua, les comunicaba que en este ú otro plazo, nunca largo, á veces cortísimo habían de traerle tantos miles de reales, ó tantas varas de lienzo, ó tal cantidad de víveres, ó tal ó cual cosa. No se admitían réplicas, ni objeciones. El comandante francés nada tenía que ver con el modo como el corregidor español se las había de arreglar para satisfacer el pedido; si no lo satisfacía en el plazo prescripto, pagaba con la cabeza. Por

semejante estilo pidió Junot el millón de reales, y fué maravilla que se contentase con ochocientos mil.

Pero no fué sólo esta la gabela, sino que hubo que pagar otras aun más sencillas. Dispuso el general Junot la inmediata compostura de las fortificaciones, pues quería que fuese Astorga un baluarte de la dominación francesa que contuviese á los españoles en sus montañas, y para esto se pidieron al corregidor cuantos brazos juzgó necesarios el ingeniero militar, y he aquí á los vecinos que con tanto y tan generoso entusiasmo habían trabajado en las obras de fortificación, obligados ahora por fuerza á trabajar en las mismas; pero no ¡ay! en provecho y defensa de la pátria, sino de sus aborrecidos enemigos. No había que chistar; todas las mañanas un empleado del ayuntamiento tenía que entregar al sargento francés encargado de este servicio el número de hombres solicitado, y estos infelices iban á las obras, como esclavos ó presidiarios, custodiados por un pelotón de soldados, ni cortos, ni perezosos para descerrajar un tiro al que intentara fugarse, ó creyera el sargento que trabajaba con poco celo. El jornal por supuesto corría por el ayuntamiento.

Todos los edificios en que habían estado acuarteladas nuestras tropas, recibieron almas francesas hasta el número de mil quinientos hombres, en que fijó Junot la guarnición que había de quedar en Astorga; por comandante de ellos y gobernador de la plaza puso al general Remond, uno de sus mejores oficiales. Las piezas de artillería que habían servido á los defensores, fueron recompuestas y dotadas de abundantísimas municiones, y como los enemigos no tenían que guardar á la ciudad con-

sideración alguna, empezaron inmediatamente, á derribar, ó, mejor dicho, á hacer derribar el arrabal de Rectivía y cuantas casas existían fuera de murallas, y podían ser un obstáculo á la acción militar de ésta.

Junot permaneció pocos días en Astorga; pero su cuerpo de ejército siguió ocupando militarmente la parte llana de la provincia de León hasta mediados de Mayo; no había pueblo, por insignificante que fuera, donde no estuviese acantonado un destacamento francés; los caminos eran recorridos de continuo por columnas de caballería. La guerra no se había suspendido por esto; casi diariamente había fuego, al pié de las montañas, entre las avanzadas del 8.º Cuerpo y las tropas de Mahy, establecidas en Manzanal y Foncebadón; no se contentaban los nuestros con defender las cumbres, sinó que en pequeñas partidas hacían incursiones por el llano, originándose de tales algaradas una porción de choques, á veces muy reñidos; á los pocos días de la capitulación de Astorga hubo uno en las inmediaciones de la ciudad entre un regimiento de caballería francesa y un trozo de la española á que Junot dió tanta importancia que trasmitió el parte á París, y fué publicado en la Gaceta de Inspección.

Tampoco cejaban los paisanos; apoyados en la cordillera, y á todo lo largo de ella, corrían la tierra innumerables partidas, de pocos hombres cada una, estas á pié, á caballo las otras, regularmente armadas estas y aquellas con malas escopetas, todas incansables y activísimas que acometían resueltamente á las pequeñas columnas, tiroteaban por ambos flancos á las que no se atrevían á embestir, aprisionaban ó de-

gollaban á cuantos soldados enemigos se quedaban algún tanto rezagados en la marcha, y castigaban despiadadamente á los españoles culpables de prestar algun servicio al invasor. En la tierra llana eran menos en número estas partidas; pero no faltaban.

Los franceses para defenderse de tan tenaces enemigos, guardaban cuidadosamente las prescripciones todas del arte de la guerra, sin olvidar la mas mínima precaución; de noche no se aventuraban por los caminos, sino que en obscureciendo, encerrábanse en alguna casa ó iglesia que convertían en ciudadela, cosa que aprovechaban los nuestros para combinar sus marchas y operaciones, sabiendo que durante las horas nocturnas quedaban por señores de la campiña. Frecuentemente, y al objeto de aumentar su seguridad, los jefes de las columnas francesas cogían al alcalde, al cura, á los vecinos principales, á veces á las mujeres é hijos de los que sospechaban que andaban con las partidas y los encerraban con ellos en sus improvisadas fortalezas amenazando por pregón con fusilarles al primer amago de ataque, y no eran estas amenazas vanas, ni dejaron de cumplirse en muchas ocasiones.

En Astorga no vivían con menos cuidado. Teníanlo todo prevenido para guardarse lo mismo de un ataque exterior que de una sublevación interior; al obscurecer se recogían en sus cuarteles, y ya no se les veía por las calles, sino en numerosas patrullas armadas que rondaban toda la noche; paisano que topaba con la patrulla tenía que explicar de un modo satisfactorio para el jefe de la ronda porqué y para qué había salido de su casa, y si no lo conseguía, era llevado al cuartel donde le apaleaban, ó condenaban á trabajos forzados en las obras de fortificación, ó, si

le juzgaban sospechoso, le fusilaban sumariamente ó sin forma alguna de proceso. Estaba tambien prohibido mientras duraba la noche abrir ventanas, encender luces ó fogatas, que pudieran verse desde el campo. y reunirse varias familias ó individuos en una casa. De día y de noche se consideraba como un atroz delito tocar las campanas, y aun subir á los campanarios, pues en esto sospechaban, y no sin razón. los invasores que podía haber el gato encerrado de comunicarse con las guerrillas y destacamentos del ejército de Galicia que andaban por los contornos de la plaza.

En tan horrible servidumbre cayó la ciudad de Astorga como caen todas las poblaciones ó comarcas sujetas al poder militar de un extranjero victorioso. No hay que declamar contra los franceses por haber adoptado tales precauciones que la más vulgar previsión les aconsejaba, ó, mejor dicho, les imponía; pero conviene recordar estos pormenores porque contribuyen poderosamente á presentarnos el cuadro histórico que estamos trazando, con su propia luz y sus propios colores. y pues, nos dan la medida exacta de los atroces sufrimientos de nuestros abuelos en aquella terrible crisis de la guerra de la independencia. Conviene también que la presente generación, ya que ha tenido hasta ahora la fortuna de no presenciar y sufrir tales horrores, sepa que esto de las invasiones de un ejército extranjero no es cosa de juego. agradable ó divertido, y que, por tanto, ponga todo su empeño y haga cuantos sacrificios pueda para evitarlo, lo que únicamente se consigue practicando entre todos una política seria y razonable que no atraiga al suelo pátrio la guerra, y creando y manteniendo un poder militar suficien-

te para detener á los enemigos en las fronteras, si es que no cabe evitar la contienda.

Al mediar el mes de Mayo, el grueso del ejército de Junot empezó á desalojar la provincia de León, corriéndose á la de Zamora, y de aquí á la de Salamanca, donde se situaron á retaguardia del cuerpo de Ney (1.º del de Marsena (1) que por este tiempo cercaba la plaza de Ciudad Rodrigo. Junot estableció su cuartel general en Zamora, desde cuyo punto atendía á sus tropas que operaban en la segunda línea del sitio de Ciudad Rodrigo (unos 20.000 hombres) y las que se habían quedado guarneciendo á León, pues esta provincia y la de Asturias fueron desde esta época parte del territorio asignado al ejército francés, titulado de Portugal por ser su objeto la invasión y conquista del vecino reino, segregándose así de la llamada comandancia general del norte, á que antes estuvieron afectos. La guarnición de Astorga era la más importante de la provincia, pues ascendía, según hemos dicho, á 1500 soldados, y en León solo establecieron 500, y otros tantos en Benavente. En columnas móviles dejaron unos 4 ó 5000, la mayor parte de caballería.

Pero en cuanto el general Mahy observó desde lo alto de Manzanal que había disminuido en el llano el número de los invasores, resolvió bajar de las montañas para inquietar á los enemigos, ya que sus elementos no alcanzasen á destruirlos. Carecía casi en absoluto, como de costumbre, de caballería, y en artillería de campaña no había que pensar; el ejérci-

(1) Y sexto en la distribución general de los ejércitos franceses que operaban en la Península.

to español de Galicia se componía en este momento crítico de la campaña de unos 12 ó 14000 infantes, (1) de los que la mitad próximamente eran guerrilleros más bien que soldados, y un tercio, por lo menos, reclutas que apenas sabían coger el fusil; con semejante fuerza no cabían empresas formalmente militares, pero sí molestar al enemigo, y esto fué lo que por lo pronto se propuso Mahy.

Para hacerlo con el mayor efecto posible, extendió sus tropas á todo lo largo de la cordillera, y mientras que algunos de sus soldados penetraban en Asturias para dar calor á las guerrillas del principado, otros á las órdenes de don Francisco Taboada y Gil, entraron en la provincia de Zamora por los distritos montañosos de Puebla de Sanabria y Alcañices; él, con lo principal de la hueste que eran unos 4 ó 5000 hombres, descendió resueltamente de los puertos, y rodeó la ciudad de Astorga.

No era esto un sitio en regla, ni mucho menos. Ni se levantaron trincheras en torno de la plaza, ni estableciéronse campamentos; ni había cañones para batir las murallas. Reduciábase todo á una hilera de tiradores que rodeaba constantemente, de día y de noche, á la ciudad, si nó impidiendo su aprovisionamiento, dificultándolo en extremo, y no dejando descansar ni un momento á los franceses. Para, si nó ahuyentarlos, alejarlos algun tanto de los muros, disponía salidas el general Remond, y, en

(1) Recuérdese que el ejército de Galicia, mandado por el Marqués de la Romana, bajó á Salamanca despues de la retirada de Soutl y Ney, y solo quedó en el Bierzo una división; esta división es la que sirvió de núcleo á este nuevo ejército de Galicia de que aquí hablamos.

efecto, ante la columna francesa la movable línea española se retiraba; pero siempre haciendo fuego y causando bajas y cuando el jefe francés juzgaba que había avanzado bastante, y ordenaba volver á la plaza, la línea española le seguía igualmente, y sin cejar en sus disparos. Por las noches, los españoles establecíanse al mismo pié del muro, y más de una vez tendieron escalas, como si fuesen á dar el asalto, no pasaba día sin que la guarnición no tuviese muertos y heridos, ni hora en que pudiera entregarse á un relativo reposo. Al principio columnitas de cuatrocientos ó quinientos hombres, con tal que llevasen fuerza de caballería, venidas de La Bañeza ó de León, bastaban para introducir socorros en la ciudad, y restablecer, siquiera momentáneamente las comunicaciones, pero á medida que los españoles se fijaban mejor en el terreno, ocupándose los puntos de los caminos más fáciles de ser defendidos contra la caballería, iban resultando insuficientes tales columnas, y había que operar con mayor fuerza, de lo que se derivaba que la guarnición francesa de Astorga tenía que permanecer aislada más tiempo; hubo ya períodos de dos y tres semanas de riguroso bloqueo, ya que no de verdadero asedio.

Entre tanto Taboada se apoderó de la Puebla de Sanabria, rindiendo al destacamento francés que, la guarnecía y Echeverría, un atrevido partidario que había conseguido reunir una banda de cerca de mil hombres, se estableció en Alcañices, dilatando sus correrías hasta el llano de Zamora. A mediados de Mayo salió de León el grueso del cuerpo de Junot, y á mediados de Junio era tal la situación de las cosas en la línea del Esla que, alarmado el estado

mayor de Massena, creyó del caso tomar medidas extraordinarias para restablecer en esta región la superioridad militar de los franceses.

Contribuyó á semejante alarma una circunstancia extraña y un si no es cómica; los españoles del ejército de Galicia carecían, no solo de uniformes, sino de vestuario de cualquier clase, pues de sus trajes de campesinos apenas si les quedaban algunos pingajos. En esta situación lastimosa, llegaron á Villafranca unos mil uniformes ingleses, parte de un donativo que el gobierno de la Gran Bretaña hacía á nuestro ejército; el general Mahy se apresuró á vestir á su mas nutrido regimiento con tales trajes, y en cuanto los franceses de Astorga vieron aparecer en el campo aquellas casacas rojas, se dieron por perdidos, creyendo que un ejército inglés, desembarcado en Coruña, venía por Manzanal á repetir la manobra de Moore y Baird en 1808; inmediatamente todas las columnas francesas se concentraron en divisiones, y llegando la falsa alarma al campo de Ciudad Rodrigo, por disposición de Massena el general Junot volvió á subir hácia León con todo su cuerpo de ejército (1)

En tres trozos se dividieron entonces los franceses. Uno, el principal, avanzó sobre Astorga, y el general Mahy, obrando muy cuerdamente, ordenó la retirada de los suyos al Bierzo. Hasta cerca de Villafranca fueron en pos de los nuestros los invasores; hubo en este movimiento varias escaramuzas, pero ningún choque formal. El segundo trozo se dirigió contra la Puebla de Sanabria que Taboada evacuó con suma rapidez, después de cruzar algunos tiros

(1) Tiers.—Libro cuadragésimo.

con la vanguardia francesa. El tercero fué sobre Alcañices, donde no anduvo tan listo Echeverría en la retirada; en cambio se defendió todo un día con singular denuedo, y consiguió á la tarde salir al campo; pero cuando ya creía haberse puesto en cobro, fué alcanzado por la caballería enemiga que hizo un gran destrozo en su gente.

Para asegurar el fruto de esta operación, reforzaron los franceses las tropas destinadas á guarnecer las provincias de León y Zamora, con otras del ejército del norte que mandaba entonces el mariscal Bessiers, y tuvieron así suficiente caballería para no permitir á Mahy bajar otra vez de los puertos. Hubo, pues, de limitarse nuestro general á operar en los dos extremos de su línea; en el norte (Asturias) logró introducir una división mandada por don Francisco Javier Losada; en el mediodía logró una importante ventaja que fué la de rendir de nuevo el destacamento que habían dejado los franceses de guarnición en la Puebla de Sanabria. Para recuperar este punto, reunieron los enemigos una columna de 6000 hombres con artillería, y hubieron de emprender y llevar á cabo un verdadero asedio.



XX.

La guarnición española de Astorga, prisionera en Francia.—El espíritu público en Francia por esta época.—Santocildes en Macon.—Su fuga y arribo á Cádiz.—Deliberaciones y acuerdos de las Córtes respecto de la defensa de Astorga.—Decreto de 30 de Junio de 1811.—Recompensas extraordinarias concedidas á la familia de Tiburcio Alvarez.

En Valladolid dejamos á los prisioneros españoles de Astorga, caminando tristemente hácia la frontera francesa, escoltados por mil infantes y doscientos caballos, los que, según declara la Duquesa de Abrantes, fusilaban sin piedad á cuantos desgraciados cautivos no podían seguir el paso de marcha; no son por cierto para descritas, y aun cuesta trabajo imaginárselas, las penalidades de estas dolorosas peregrinaciones de la derrota y del cautiverio. Algo las mitigaría en este caso el patriotismo y compasión de los pueblos, por donde pasaba la columna en su interminable carrera, y es seguro que algunos, no pocos, lograrían escaparse favorecidos por los paisanos, aunque los que no lo consiguieran, hubieran de pagarlo con aumento considerable de sus propios

sufrimientos. Es de creer que al llegar á la frontera, la columna de prisioneros habría perdido entre fusilados por la escolta, muertos de fatiga y escapados, mas de la tercera parte de su efectivo numérico.

Entraron, por fin, en Francia, y fueron allí repartidos en grupos pequeños que, bajo la custodia de destacamentos de gendarmes y guardias nacionales, encamináronse á los diferentes depósitos que les habían sido designados. A medida que nuestros infelices compatriotas se alejaban de la frontera, observaron un fenómeno que á muchos de ellos, debió de parecer raro, y hasta extraordinario, y era que la población de ciudades y campos, lejos de recibirlos con hostilidad, les manifestaba sin rebozo cierta simpatía, superior á la que pueden inspirar valientes y desventurados adversarios á cristianos y nobles enemigos; era en efecto, en esta ocasión hija, no de este hermosísimo sentimiento, sino del espíritu de oposición que se despertaba entonces en Francia contra el régimen imperial y contra su representante el Emperador.

Objeto de un entusiasmo delirante, y cual pocas veces se ha visto en el mundo, había sido el jóven general Bonaparte, cuando regresando imprevistamente de oriente, orlado con los laureles de sus primeras campañas de Italia y los más frescos de las de Egipto y Palestina, puso término á la revolución, estableció un gobierno fuerte, inteligente y enérgico, y después de obtener victorias decisivas contra los enemigos de Francia, dió la paz de Amiens á su pátria y á Europa. Napoleón pudo entonces serlo todo, y todo lo fué, y puede afirmarse que si su ambición hubiese tenido los límites de la de Cronnwell, no solo hubiera muerto tranquilamente

en el s6lio, sino que habr3a transmitido en la misma tranquilidad 3 su hijo en el poder soberano. Pero aquel v3rtigo de nuevas guerras y conquistas, aquella insaciable ambici3n en que hay que ver con Taive una verdadera locura, no la locura sublime del genio, sino un caso patol3gico como cualquiera otro, empez3 muy luego 3 enagenarle las simpat3as de toda la gente de buen sentido, exacerbando este movimiento de reacci3n contra su persona y gobierno la paralizaci3n del trabajo en las costas por efecto del bloqueo continental y el 3odio de las madres y familias 3 quienes se arrebataban sus hijos para el servicio militar, sin devolv3rselos jam3s, y llev3ndolos 3 morir en guerras lejanas, cuyo objeto pol3tico 3 nadie se alcanzaba, 3 mejor dicho, comenzaba todo el mundo 3 ver claro que no ten3an objeto, ni aun pretexto plausible.

Este sentir que, seg3n hemos dicho ya, era el de los estados mayores de los ej3rcitos, hab3a entrado tambi3n en la poblaci3n civil, y la guerra permanente lleg3 pronto 3 ser tan aborrecida como, a3os antes, la anarqu3a perp3tua del per3odo revolucionario. El despotismo pol3tico y administrativo, servido por una polic3a tan perfectamente organizada como el ej3rcito, reprim3a las manifestaciones ruidosas de la oposici3n; pero esta era ya tan viva y general en 1810 que gran parte de los propietarios, labradores 3 industriales, esto es, la gente que no depend3a directamente del gobierno, en su rencor profundo, y concentrado por no poder expresarlo, al r3gimen imperial, ve3a con un sentimiento de simpat3a, extra3o en todas partes y aun m3s en naci3n tan patri3tica y de patriotismo tan vanidoso como Francia, 3 los extranjeros que combat3an 3 los franceses, y no por

enemigos de Francia, naturalmente, sino por enemigos de Napoleón.

Inspiraba éste, á la sazón, á sus súbditos franceses mas miedo que amor, y los que, como los españoles, se atrevían á desafiar su poder, inspiraban el sentimiento de admiración que se rinde á los que no temen al que á nosotros nos infunde temor. En 1813 llegaron los parisienses á gritar *¡Vivan los cosacos!*, como mucha parte de los madrileños gritaron en 1824 *¡vivan las caenas!*, siendo aquel grito una protesta, largo tiempo comprimida, contra los excesos de la licencia revolucionaria; porque no hay exceso que no traiga aparejada su reacción que es necesariamente tan extremada y violenta, y á veces más absurda todavía que el exceso mismo.

El *¡vivan los cosacos!* no se había pronunciado aun en 1810; pero vibraba ya en muchos lábios, y, por lo menos, en confuso gérmen estaba en muchos corazones. Los españoles que iban prisioneros á Francia encontraban tales afectuosas muestras de cariño, de apoyo moral y material, y hasta de admiración por la resistencia que oponían á los invasores franceses que no podía, sino asombrarles. ¿Es esta la nación, se preguntaban maravillados, que ha enviado á la nuestra medio millón de combatientes para reducirnos á la servidumbre? ¡Pues si aquí á Napoleón se le aborrece casi tanto como en nuestro país! A tal punto llegaba esta singularísima benevolencia que hasta daban facilidades á los nuestros para evadirse, procurándoles disfraces, habilitándoles de fondos, proporcionándoles itinerarios y guías, y casi conduciéndoles á los puntos, donde embarcaban para buscar otros en que lo hacían en barcos ingleses que los traían, gratuitamente por supuesto, á la Península.

Es claro que tal protección no excluía en absoluto los riesgos y penalidades inherentes á semejantes fugas; el prisionero para evadirse, tenía que andar á pié centenares de leguas, por un país extranjero, en el que, aunque conociera el idioma, era denunciado por el acento y por el tipo, con pocos recursos por regla general, y expuesto siempre á tropezar, ó con un bonapartista entusiasta, ó con un patriota decidido y extraño á los sentimientos que comenaban á predominar ocultamente en la población francesa, ó, y esto era lo más frecuente y temible, con un destacamento de gendarmes que, una vez identificada la persona del fugitivo, le fusilaba sin trámites; así perecieron muchos de nuestros antepasados heróicos en los años de 1808 á 1813, y desafiando valerosamente estos riesgos, volvieron otros muchos á España, á seguir peleando contra sus enemigos é invasores.

Santocildes fué destinado por el Ministerio de Policía al depósito de prisioneros de Macón. Esta ciudad de Borgoña, antigua capital del Maconés y moderna del departamento de Saona y Loire, está situada á la derecha del Saona, quince leguas al norte de Lyon y setenta y cinco al sudeste de París, y es mas famosa en el mundo por sus excelentes vinos, los mejores de Borgoña que por los antiguos concilios que se celebraron en ella. El exgobernador de Astorga no fué encerrado en ninguna fortaleza ó cárcel, sino que se le dió la ciudad por residencia, sin exigirle paramento, ni palabra de no evadirse. Su conocimiento de la lengua francesa, su ilustración y fino trato y la fama de sus hechos, vulgarizada en Francia por la misma *Gaceta del Imperio* al dar cuenta de la toma de Astorga fueron circunstancias par-

ticulares que contribuyeron poderosamente á que no fuese muy bien recibido y aun agasajado por las principales familias de la ciudad, aunque careciendo de recursos pecuniarios propios y atendido al socorro escaso que daba la Prefectura á los prisioneros, vivía en suma estrechez.

No era esto sin embargo lo que amargaba y entristecía su corazón de soldado. Constantemente se representaba en su fantasía los campos de la patria y la heroica lucha de que había sido apartado. Veía especialmente aquella tierra del noroeste que había regado mas de una vez con su sangre, y á la que había unido indisolublemente su nombre; veía la cuenca de montañas que él y sus camaradas convirtieron en baluarte inexpugnable de la independencia nacional, en dique contra la invasión extranjera; veía los puertos de Manzanal y Foncebadón, de los que bajó tantas veces para pelear en la llanura, y veía, sobre todo, la ciudad que tan brillantemente había defendido contra los enemigos de España. Estos generosos pensamientos le obsesionaban y desde luego decidió correr todos los riesgos de la fuga antes de cosumirse en la inacción que juzgaba él vergonzosa.

Hasta el mes de Octubre no pudo poner en obra su propósito. En este mes, disfrazado de pordiosero, se salió de Macón, al obscurecer de un día, y anduvo, anduvo durante toda la noche. Ciento cincuenta leguas tuvo que recorrer por países sometidos á Napoleón hasta que se vió embarcado en un buque inglés que le condujo á las costas de España. El barco arribó á Tarragona; pero los franceses dominaban allí, y hubo que seguir hasta Cádiz, adonde llegó á últimos de Diciembre ó primeros de 1811.

Al desembarcar Santocildes en la isla gaditana, hacía un mes que en las Córtes habían resonado los ecos de la defensa de Astorga. En efecto, en la sesión del 1.º de Diciembre de 1810, los diputados Caneja, Quintana y Zuazo propusieron que dicha defensa fuese declarada de igual mérito que las de Zaragoza y Gerona, y las Córtes tomaron en consideración la propuesta.

Pero muy poco de los sucesos de Astorga debía de conocerse en Cádiz por este tiempo; probablemente solo lo que habían publicado los periódicos ingleses; no se comprende de otro modo que, habiendo llegado Santocildes un mes después de haberse hablado de Astorga en las Córtes, nadie advirtiera su llegada, ni reparase en su presencia hasta el 2 de Febrero de 1811, en cuyo día pidió la palabra en las Córtes el diputado Sr. del Monte para manifestar *que se hallaba en la isla de León un militar distinguidísimo, un hombre que nada pretende; porque los hombres de su temple nada pretenden; pero yo propongo á las Córtes que se diga al Consejo de Regencia que S. M. vería con gusto que se recompense, como se debe, el gobernador que tan heroicamente defendió la Ciudad de Astorga* (1).

Véase como andaba en aquellos azarosos días la administración del estado. Excitado el Gobierno por las palabras del Sr. del Monte ordenó que se revolviesen papeles para buscar los concernientes á Santocildes, y se halló que desde fines de 1809 había sido ascendido aquel á brigadier con antigüedad y en recompensa de la gloriosa jornada del 9 de Octubre de aquel año; pero nadie se había cuidado de comunicarlo al agra-

(1) *Diario de Sesiones de las Córtes de Cádiz.*

ciado, ni de publicarlo en parte alguna. Se subsanó esta omisión en el momento á que ahora nos referimos, ó sea en Febrero de 1811, y Santocildes, ya con empleo de brigadier, fué destinado, á su instancia, al ejército de Galicia para volver á tomar el mando del Regimiento de Santiago que dos oficiales, el capitán don Pedro Varea y el ayudante don Alejandro Benicio, escapados, como su jefe, de los depósitos de Francia, estaban á la razón reorganizando.

Santocildes salió de Cádiz á últimos del mismo mes de Febrero; pero antes de referir brevemente sus últimas campañas, digamos lo que se habló y dispuso en las Córtes después de su partida, respecto de la defensa de Astorga.

En la sesión del 13 de Marzo de este año de 1811 fué presentada por el Ministro de la Guerra la *Memoria escrita por el licenciado don Cayetano Izquierdo, Alcalde mayor de Astorga, sobre lo sucedido en la defensa y rendición de la plaza.*

El día 27 de Junio el diputado Sr. Caneja hizo la apología del Regimiento Voluntarios de León; «este cuerpo, dijo, creado por la Junta de León al principio de la guerra, se ha cubierto de gloria en multitud de batallas; fué de los defensores de Astorga, cayó allí prisionero y consiguió escaparse, figurando hoy en la vanguardia del 6.º Cuerpo; lo que no ha podido lograr es que el Gobierno confirme los empleos militares de sus jefes y oficiales.»

Tomando pié de este discurso, el Baron de Casablanca propuso que se recompensara al soldado héroe que, al capitular Astorga, prefirió morir matando antes que rendirse; se vé que ya se había formado la leyenda, desfigurando y engrandeciendo la figura de Tiburcio Alvarez

Por resultado de estas excitaciones expidieron las Córtes el siguiente decreto:

«Las Córtes generales y extraordinarias, habiendo examinado la gloriosa resistencia que la pequeña y mal fortificada plaza de Astorga, artillada con solas doze piezas de campaña, y guarnecida con dos mil y quinientos hombres, opuso por espacio de treinta y dos días, á las fuerzas francesas, que á las órdenes del mariscal Junot se componían de quinze mil infantes, dos mil caballos y veinte piezas de artillería, sin admitir capitulación aun después de asaltada la plaza, en cuya tentativa fué escarmentado el enemigo, hasta el momento que solo había en ella treinta cartuchos por hombre y ocho por cañón, decretan: 1.º Que á los defensores de Astorga se les declara beneméritos de la pátria.—2.º Que á las viudas y huérfanos de los que hubieren perecido obrando activamente en su defensa, el Gobierno los atenderá cuando lo permitan los apuros de la Nación.—3.º Que el haberse hallado dentro de la plaza, y empleado en su defensa durante el sitio sea un mérito para ser preferido en las pretensiones en igualdad de circunstancias.—4.º Que los edificios públicos de aquella plaza sean reedificados á costa del Estado cuando se concluya la guerra, y lo permitan las circunstancias.—5.º Que se erija en su plaza principal, cuando lo permitan las circunstancias, un monumento para memoria de esta gloriosa defensa, en el cual se grabarán los nombres de su bizarro Gobernador don José M. Santocildes y de los demás militares y habitantes que se hayan distinguido de un modo singular.—6.º Que el mérito militar de dicho Gobernador don José M. Santocildes y el del soldado Lamela del Provincial de

Santiago, sean premiados como de los que la Ordenanza gradúa de distinguidos, y lo mismo el de aquellos militares que por informes posteriores resulte haberse distinguido en iguales términos; reservándose por ahora S. M. la justa recompensa y honrosa memoria del entusiasmo y heroicidad del soldado de Húsares de León Tiburcio Alvarez, que pereció víctima de su resolución y de la patria con la serenidad propia de las almas grandes. Lo tendrá entendido el Consejo de Regencia, y dispondrá lo conveniente á su cumplimiento, haciéndola imprimir, publicar y circular.—Dado en Cádiz á 30 de Junio de 1811.—Jaime Creus, Presidente.—Ramón Utgés, Diputado Secretario.—Antonio Oliveros, Diputado Secretario.—Al Consejo de Regencia.»

En la sesión del 20 de Septiembre el Ministro de la Guerra usó de la palabra para manifestar que, cumpliendo el deseo de las Córtes, el Gobierno había recomendado eficazmente al Comandante General del 6.º ejército la familia de Tiburcio Alvarez, compuesta de su madre y hermanos, uno de estos sacerdote, y que el Comandante General lo había hecho á su vez de este presbítero al Sr. Obispo de Astorga. No satisfechas con esto las Córtes, en 1.º de Marzo de 1812, decretaron la concesión de una pensión á la madre de Tiburcio.



XXI

Nuevo avance del ejército español de Galicia.—Santocildes, general en jefe.— El 21 de Octubre de 1811.—Acción de Cogorderos.—El Conde de Dorsenne en Astorga.—Otra vez la dominación francesa.—Campana de 1812.—Sitio de Astorga por los españoles.—El año del hambre.—Castaños delante de Astorga.—El general Foy.—Evacuación definitiva.—Conclusión de esta monografía.

Después de la última retirada del general Mahy al Bierzo, no se volvió á pelear en grande en la línea de montañas de Asturias á la frontera de Portugal durante todo el año de 1810 y primeros meses de 1811. Conservaban los nuestros las cumbres de la cordillera, teniendo fortificados los puertos con trincheras y otras obras militares; los franceses, á su vez, permanecían señores de la llanura, con sus plazas y puestos de Astorga que era el principal de todos, y los de León, Benavente, Toro, Zamora, Puebla de Sanabria, La Bañeza y otros varios, y su numerosa caballería recorriendo de continuo los caminos; pe-

ro ni los españoles intentaron invadir el llano, ni los franceses la montaña. No faltaron, sin embargo, encuentros y escaramuzas, pues la guerra en pequeño no cesó ni un instante, sostenida por los partidarios y destacamentos cortos del ejército español que bajaban de los puertos á foguearse con los enemigos, cobrar contribuciones en los pueblos, llevarse los mozos, castigar á los traidores y mantener en alarma la tierra subyugada por los invasores.

El ejército de Galicia no perdió el tiempo durante este período de relativa inacción, pues gracias á este reposo reorganizóse y aumentó su efectivo hasta el punto de constar, á principios de 1811, de mas de veinte mil infantes, cuatrocientos noventa caballos y alguna artillería de campaña, sin hacer cuenta de las tropas que operaban en Asturias. El ejército de Extremadura también era de Galicia, pues en esta región se había formado, y en ella hizo la gloriosa campaña de la primavera de 1809 contra los mariscales Soult y Ney, á las órdenes entonces, como ahora seguía estándolo, del Marqués de la Romana. Este insigne caudillo, famoso por su retirada del norte de Europa y por la citada campaña de Galicia, y aun más, como escribió Mr. de Rocca, «por no haber desesperado jamás de la salvación de su patria,» pasó de esta vida en su cuartel general de Castaxo, el día 23 de Enero de 1811, en el momento en que sus tropas, mandadas por los generales divisionarios don Martín de la Carrera, Mendizabal, O'Donnell y España, se aprestaban á ir al socorro de Badajoz. Su muerte fué muy sentida en toda España, y especialmente en la región del noroeste que no había olvidado al caudillo de 1809.

Para reemplazar á la Romana en el mando de las

tropas de Extremadura (5.º ejército), (1) fué nombrado don Francisco Javier Castaños. Y á poco, habiendo solicitado el gobierno inglés que se confiriese á lord Wéllington el mando en jefe de todas las tropas españolas existentes en las provincias limítrofes á Portugal, y no queriendo acceder á esta pretensión la Regencia (2), para colorear la negativa con algun pretexto plausible, no lo halló mejor que reunir los dos ejércitos de Extremadura y Galicia, hijos ambos de Galicia, bajo el mando del primer prestigio militar con que contábamos á la sazón. ó sea del citado Castaños, Titulóse, pues, el vencedor de Bailén comandante en jefe de los ejércitos 5.º y 6.º, y aunque no se movió de las márgenes del Guadiana, desde allí enviaba sus órdenes á las tropas españolas, acantonadas en el Bierzo.

Llegó en este momento (primeros de Marzo) á Coruña el brigadier Santocildes, siendo recibido por el ejército y el pueblo con el mayor entusiasmo, y como se murmurase mucho de Mahy á causa de su prolongada inacción, que según costumbre de todos los tiempos, se atribuía, no al imperio de las cir-

(1) He aquí la distribución y numeración que, por decreto de la Regencia de 16 de Diciembre de 1810, se había dado á las fuerzas militares de España: 1.º Ejército (Cataluña); 2.º (Aragón y Valencia); 3.º (Murcia); 4.º (Cádiz); 5.º (Extremadura y Castilla); 6.º (Galicia y Asturias). Posteriormente se creó el 7.º (Provincias Vascongadas y Navarra).

(2) Discutióse acaloradamente este asunto en las Córtes en varias sesiones secretas, celebradas del 24 de Marzo al 4 de Abril. Blake, regente á la sazón, se opuso con patriótica tenacidad á poner las tropas nacionales bajo el mando de un general extranjero, y, por cierto, que hallamos muy injusto á Torneo cuando atribuye tan gallarda actitud á las preocupaciones propias de su origen irlandés. Lafuente hace justicia en esto al insigne Blake, aunque no sea extraño; porque su relación de la guerra de la independencia es muy parcial en favor de Blake.

cunstancias adversas, sino á la falta de iniciativa en el caudillo, propuso Castaños á la regencia el traslado de Mahy á otras provincias, y su reemplazo en el mando en jefe de Galicia y Asturias aunque solo con el carácter de interino, atendiendo á su poca graduación para cargo tan elevado, por el brigadier Santocildes. Accedió la Regencia, y por decreto de 11 de Marzo fué nombrado el defensor de Astorga comandante en jefe del 6.º ejército.

Los últimos días del mando de Mahy fueron señalados por un importante revés: la acción de Puelo, á una legua de Cangas de Tineo, en que los franceses derrotaron á la división de Asturias, y no la destruyeron por completo gracias á Porlier que con sus ginetes cubrió la retirada. (1)

Aplicóse Santocildes, en cuanto se hizo cargo de la comandancia en jefe, á perfeccionar todo lo posible la organización del ejército que distribuyó en tres divisiones activas y una de reserva, establecida en Lugo. La primera de las activas fué puesta á las órdenes de Losada, para operar en Asturias. La segunda se concentró en Manzanal bajo el mando de Taboada. La tercera con su comandante general don Francisco Carrera fué destinada á la Puebla de Sanabria. (2)

La fortuna sonrió en esta ocasión á Santocildes, permitiéndole acometer empresas de lucimiento que

(1) Se dió esta acción desgraciada el 19 de Marzo.

(2) Según el *Resúmen histórico*, tantas veces citado, estas fuerzas ascendían á 21.750 infantes, 490 caballos y dos compañías de artillería volante, pero esto sin contar las irregulares que Santocildes llama *cuerpos francos*, y de los cuales se componía en su mayor parte la división de Asturias. Es, pues, exacto lo que afirmamos mas arriba en el texto de que las tropas acantonadas desde Manzanal á Puebla de Sanabria pasaban de 20.000 hombres.

las circunstancias habían vedado á su antecesor Mahy. Es sabido que por esta época había terminado ya la invasión de Portugal por los franceses, los cuales, detenidos por lord Wellington ante las líneas de Torres Vedras, y atacados incesantemente por el ejército, milicias y paisanaje de Portugal, hubieron de renunciar á la conquista de aquel reino que tan fácil pareció á Napoleón con los poderosos elementos de guerra que había reunido para ella. Después de la batalla de Fuentes de Oñoro que se libró el día 3 de Mayo de 1811, el Emperador quitó el mando á Massena, (1) y lo confirió al mariscal Marmont, Duque de Ragusa, el cual, como general en jefe del titulado ejército de Portugal, extendía su autoridad militar sobre las provincias de Salamanca, Zamora, León y Asturias, que eran las ocupadas por sus huestes.

Casi simultánea de la batalla de Fuentes de Oñoro, fué la gloriosa de la Albuera (2), de resultados de la cual predominaron los aliados (ingleses, portugueses y españoles) en el mediodía de Extremadura, poniendo en sério peligro, no solo á la plaza de Badajoz, guarnecida por los franceses, sino al ejército entero del mariscal Soult que no tuvo más remedio que colocarse á la defensiva, al abrigo de la cor-

(1) Con el alma lacerada tornó á Francia este veterano, sintiendo eclipsada su gloria y viendo alejarse los viles aduladores de la fortuna, para oír en todas partes que estaba gastado, que ya no tenía el vigor de antes, en suma, que ya no servía para el mando. Napoleón, en vez de ofenderle hubiera debido mirarle con ternura, y leer su propio destino en el de Massena, pues éste era la primera víctima de la fortuna, y él debía ser la segunda.» (Thiers=Libro cuadragesimo primero).

(2) Se libró el 17 de Mayo.

dillera que divide los términos de Extremadura y Andalucía.

Para sacarle de situación tan comprometida, resolvió Marmont ir en su socorro con cuantas fuerzas pudiera juntar, sin desguarnecer las provincias que acababan de citarse; y que tenía la obligación estricta de ocupar, y, en efecto, á últimos de Mayo las tropas francesas empezaron á correrse de León á Zamora, y de Zamora á Salamanca, para emprender desde aquí la marcha por Cáceres á Badajoz. En cuanto Santocildes observó este movimiento, comprendió el partido que podía sacar de él, atacando con vigor á los franceses que habían quedado en la provincia de León.

Por desdicha (¡la desdicha de siempre!) la falta de caballería impedía obtener de circunstancias tan favorables todos los resultados que, teniendo algunos millares de regulares ginetes, se hubieran conseguido. Pero no habiéndolos, ni medio de improvisarlos, Santocildes se decidió á utilizar su infantería de la mejor manera posible.

Que era salir con sus infantes de las montañas; pero no alejándolos mucho de su falda, para tener siempre la retirada expedita y breve á las posiciones de que se partía, si los franceses les echaban encima de improviso un golpe considerable de gente á caballo. En consecuencia, dispuso un avance general hasta el Orbigo, con resolución firme de no aventurarse más adelante.

A primeros de Junio volvieron, pues, á descender una vez más de Manzanal y Foncebadón los regimientos del ejército de Galicia que rápidamente se fueron extendiendo por el Norte hasta la carretera de León á Astorga, y por el Sur hasta la Puebla de Sa-

nabria; Astorga venía de esta suerte á quedar entre los dos brazos del ejército que avanzaba. En muchos puntos á la vez aparecieron nuestros soldados, delante de los cuales se replegaban los destacamentos franceses, concentrándose unos con otros para ofrecer más consistente núcleo de resistencia; no sabían ellos hácia donde se dirigía la fuerza principal de los nuestros; pero advirtiéndolo que muchos cuerpos españoles afluían sobre León, creyeron que esta ciudad era su primer objetivo, para desde ella tomar los puertos de Asturias; y comprendiendo que carecían de elementos para impedir esta maniobra, con suma presteza acordaron y ejecutaron la evacuación del Principado. Salió de Asturias la magnífica división del general Bonnet, (1) compuesta de veteranos, y se unió en León á la del general Seras; entre ambas componían una fuerza de más de once mil hombres, muy capaz de medirse con el ejército nuestro de Galicia, sobre todo si se tiene en cuenta la superioridad incontrastable de su caballería.

Santocildes se apresuró á guarecerse detrás del Órbigo, cuidando de mantener á sus tropas esparcidas para evitar una batalla general. Esta disposición que, además de dicha ventaja, tenía la de seguir ocultando al enemigo nuestros verdaderos propósitos, contribuyó poderosamente á un suceso que, aunque no fuese de grandes resultados para el éxito de la campaña, era el que más podía complacer á nuestro general en aquella ocasión.

Viendo, en efecto, los franceses á nuestros soldados ir ocupando toda la margen izquierda del Orbigo, temieron, y no sin fundamento, que la guarnición de

(1) El día 14 de Junio.

Astorga quedase cortada, y antes que así sucediera, volaron las fortificaciones que habían levantado ó recompuesto, y evacuaron la plaza el día 21. ¡Qué alegría tan pura y tan intensa la de los astorganos al verse libres del ominoso yugo que venían sufriendo desde Abril de 1810! Apenas había salido la retaguardia enemiga, cuando las campanas de la ciudad, mudas desde que sonó la hora de la servidumbre, empezaron á repicar estruendosamente; las gentes, reclusas en sus casas en el largo período de cautiverio, lanzáronse á las calles, y se abrazaban riendo y llorando á la vez, y lanzando á los aires los gritos tanto tiempo reprimidos de ¡*Viva Fernando VII!* ¡*Viva España!* ¡*Muera Napoleón!* ¡*Mueran los franceses!*; adelantóse la noche de San Juan, pues en toda la ciudad encendiéronse hogueras, al rededor de las cuales, bailaban y cantaban, no ya los chicuelos y mozalbetes, sino las personas más graves, las señoras confundidas con las mujeres de la plebe, ancianos respetables, doctores, licenciados, y hasta sacerdotes; en todas las ventanas pusieronse luces; se abrieron los templos y se iluminaron los altares, improvisándose *Te Deums* que los fieles coreaban con voz temblorosa, entrecortada por los sollozos.....

Pero el entusiasmo rayó todavía mucho más alto, cuando á la mañana siguiente, muy temprano, entraron en Astorga las primeras tropas españolas, y sobre todo cuando seguido de su estado mayor, apareció á caballo, delante de la puerta del Obispo, el general Santocildes. Aque lo parecía un sueño, cosa mas bien de novela ó de romance que de la prosáica realidad de la vida; hacía poco más de un año que aquel mismo caudillo, despues de haber defendido brillantemente á la ciudad, salía de ella vencido y prisionero

á la cabeza de la guarnición, y he aquí que ahora volvía, no con los tres mil hombres que antes guió á la inevitable cautividad, sino al frente de veinte mil, no vencido, sino vencedor.... La historia que tanto se repite; la historia, esa empedernida plagiaria de sí misma, en este acto fué completamente original. Al menos no recordamos nosotros otro caso de un defensor de plaza fuerte que al año de haber capitulado, liberte á la misma ciudad que tuvo que rendir, y entre victorioso allí de donde salió prisionero.

No sabemos si los astorganos se fijarían en esta particularidad tan bizarra al ver á su antiguo gobernador; pero sí sabemos que la impresión que recibieron entonces, casi les volvió locos de entusiasmo. Rodearon á Santocildes, y en volandas llevaron al caballo y al ginete hasta el Alcázar, donde fué hospedado el general.

Y para que nada faltase, al otro día (23) ocurrió en las cercanías de Astorga un hecho glorioso que había de poner el colino al júbilo popular. Diseminadas nuestras tropas en una extensa línea paralela á la cordillera, no podían los generales franceses formar un juicio exacto acerca de la posición de sus principales núcleos: para salir de tales dudas dispuso Bonnet que el general Villetaux con una columna de tres mil hombres se adelantase á reconocer eficazmente la tierra; partió esta gente de La Bañeza, y, describiendo un semicírculo en torno de Astorga, fué á explorar el camino que une á esta población con Ponferrada. Aquí supieron que el general español Taboada acupaba con algunas tropas de su division el pueblecito de Cogorderos, á orillas del Tuerto. Villetaux decidió en el acto acometer á los nuestros; lo hizo con suma impetuosidad, y ya te-

nía casi derrotado á Taboada, cuando apareció en el campo de batalla D. Federico Castañón con su brigada de asturianos; este oportuno refuerzo cambió las tornas, y lo que ya era victoria de los franceses, se trocó en tan completo revés que fueron deshechos, quedando muerto en la refriega con muchos de los suyos el general Villetaux, y prisioneros centenares, entre ellos once oficiales.

Con semejante descalabro ya no se atrevió Bonnet á mandar más columnas al otro lado del Orbigo, y durante algún tiempo señaló este río la línea divisoria de ambos ejércitos. Defendióla Santocildes con ligeras fortificaciones de campaña, suficientes para que sus infantes resistiesen á los ginetes enemigos que, en número aún más considerable que de ordinario, galopaban por los campos de la ribera izquierda. Nuestro cuartel general estaba en Astorga, y desde allí aplicábase el general á reorganizar y aumentar sus fuerzas; ayudóle mucho en esta empresa D. Pablo Mier, partidario que tenía el empleo de coronel de ejército, se había distinguido por sus correrías y expediciones desde las faldas del Teleno, se había tiroteado varias veces con la guarnición francesa de Astorga, y que ahora intentó juntar todas las guerrillas y partidas en un cuerpo reglado á que se dió el título de legión de Castilla (1).

Así continuaron las cosas hasta el mes de Agosto. Lord Wellington, establecido en Fuenteguinaldo á cuatro leguas de Ciudad-Rodrigo, daba calor con su

(1) En pocos pasajes de su Historia estará Thiers más inexacto que en la relación de estos acontecimientos. En el libro cuadragésimo segundo contando el avance de nuestro ejército que él llama «los insurgentes de Galicia» dice que los dispersó el mariscal Bessiers. Este mariscal fué nombrado comandante en jefe del ejército francés, titulado del norte de España

presencia al bloqueo que tenía puesto á la citada plaza el célebre partidario español D. Julián Sánchez; la guarnición francesa estaba á punto ya de perecer de hambre; para salvarla, combinaron los franceses un movimiento estratégico en que habían de tomar parte los ejércitos de Portugal y norte de España, de los cuales seguía mandando el primero el mariscal Marmont, y era comandante en jefe del segundo el general Conde de Dorsenne.

Como primera operación de este plan, debía el Conde de Dorsenne entrar en la provincia de León con su ejército del norte, y ver de destruir al nuestro, acantonado en la orilla izquierda del Orbigo. Moviendo sus columnas con gran rapidez, el día 8 de Agosto tenía Dorsenne en la orilla derecha del rio quince mil hombres de tropas excelentes, en las que se incluía *la guardia joven* y un numeroso cuerpo de caballería que Thiers califica de *soberbia*; unidas estas fuerzas á las divisiones de Bonnet y Seras que operaban en la misma línea, sumaban cerca de veinticinco mil soldados.

Locura hubiera sido en los nuestros esperarles á campo raso; había llegado en estos días á Astorga el general don Francisco Javier Abadía, nombrado comandante en jefe en propiedad (1) del 6.º Cuerpo, y

por decreto imperial de 15 de Enero de 1811, y abandonó este cargo regresando á Francia á principios de Julio del mismo año; ahora bien, nuestras tropas permanecieron en la línea del Órbigo hasta el 10 de Agosto.

(1) Abadía fué nombrado comandante en jefe el 15 de Agosto, y, por tanto, el 8, el 9 y el 10 debía mandar todavía Santocildes. Todas las relaciones de la guerra sin embargo convienen en que el movimiento retrógrado del día 10, empezado indudablemente la víspera ó antevíspera, fué ordenado por Abadía, y no por Santocildes; véase en esto una prueba de la dificultad, á veces insuperable, de los estudios históricos.

su primera providencia fué ordenar la retirada al Bierzo; no todo el ejército sin embargo tomó esta ruta, pues muchos cuerpos encamináronse á Puebla de Sanabria, con la prevención de pasar por allí á Galicia, si los estrechaba el enemigo. Tampoco quiso Abadía que tuviese la retirada apariencias de fuga, y así dispuso que se luchase, antes de ceder el terreno. Junto á La Bañeza, se peleó bravamente el día 16, no retirándose los nuestros hasta que recibieron la orden de hacerlo, y no persiguiéndoles los franceses, sin duda por creer que aun había de serles más disputada la entrada en Astorga. Al otro día (11), el ejército español evacuó esta ciudad muy de mañana, y poco despues entraba el general Dorsenne con veinte mil hombres.

Deploraba este que los españoles se le hubiesen escapado sin combatir, y no desesperando aun de batirlos en una batalla decisiva, dejó en Astorga al general Bonnet, y avanzó resueltamente sobre Villafranca. Mientras que con el grueso de su gente se dirigía sobre este punto, otra columna suya tomó el camino de Ponferrada. Hubo en consecuencia sendos reñidos combates en Manzanal y Foncebadón, y en ambos puertos flotó por última vez la bandera francesa. Abadía, obrando muy cuerdamente, quería defender el terreno, pero sin empeñarse demasiado en la resistencia; porque este avance de Dorsenne no tenía trazas de formal invasión, y fuese lo que quiera, mientras más se internara en las montañas, mejor para los nuestros. Así se les cedió á Villafranca, no sin lucha, y llegaron hasta el puente de Domingo Flórez, donde tambien hubo combate, y desde donde retrocedieron, primero al Bierzo, y por último á Astorga.

Ya en esta, y decidido Dorsenne á descender con su ejército á Salamanca para reunirse con Marmont, dispuso que la ciudad se pusiera otra vez en estado de defensa, y reinstaló la guarnición francesa que había sido expulsada en Junio.

Volvieron, pues, los astorganos á gemir bajo el yugo, de que se habían creído definitivamente libres. De nuevo enmudecieron las campanas, huyó el gozo de los corazones, hubo que volver á trabajar en las obras de fortificación bajo la vara de los cabos franceses, y con la constante amenaza del fusilamiento. Derribaron en esta ocasión los invasores todo el arrabal de Rectivía, y construyeron varias importantes obras defensivas.

En el segundo semestre de 1811 parecía mayor y más incontrastable que nunca el poderío del enemigo en esta región. Nuestro ejército estaba como clavado en la cumbre de las montañas, y en el llano solo corerías de partidarios inquietaban á los invasores. En el mes de Noviembre Bonnet pasó el puerto de Pajares, y se apoderó de Oviedo nuevamente. Pero apesar de todo esto, las circunstancias generales de la guerra eran tales que ya nadie, español, ni francés creía en la posibilidad siquiera de que España sucumbiese en esta desesperada lucha.

El día 19 de Enero de 1812 tomaron los ingleses por asalto la plaza de Ciudad Rodrigo, y el 6 de Abril por el mismo procedimiento la de Badajoz; á estos sucesos que cambiaron la faz de la guerra en el noroeste, contribuyó el ejército de Galicia poderosamente, amenazando siempre á las guarniciones francesas del reino de León. Habiendo concentrado Marmont lo mejor de sus tropas cerca de Salamanca para

oponerse al avance de Lord Wellington; y estando muy ocupado Cafarelli, sucesor del conde de Dorsenne en el mando del ejército del norte, en perseguir las partidas de Navarra, Vascongadas y Santander, *los insurgentes de Galicia, los más tercios de los insurgentes españoles*, como dice Thiers, esto es, el 6.º ejército español, aprovechando, según hizo siempre que pudo, la ocasión, volvió á bajar de los puertos, y á invadir la tierra llana, extendiéndose ahora en línea paralela á la cordillera pirenaica y ocupando con sus destacamentos el puerto de Pajares.

Habían mejorado considerablemente las tropas gallegas por esta época en número, organización, uniformes y medios de combate; hasta la caballería pasaba de mil plazas. A principios de Abril había estado en Coruña el general Castaños que continuaba mandando como generalísimo los ejércitos de Galicia y Extremadura, y no fué infructuosa su visita. Entre otras providencias muy acertadas, había tomado la de juntar un regular tren de sitio que puso en camino de Villafranca, y constituir en este punto, ó, mejor dicho, en Manzanal y Foncebadón, grandes depósitos de armas y municiones.

Y no fué la peor de sus medidas la que adoptó, ya fuera él de Galicia, nombrando comandante en jefe de aquel ejército, en reemplazo de Abadía, á Santocildes (1). Este general que, como recompensa á sus servicios en el verano de 1811, había sido ascendido á mariscal de campo, (2) era el caudillo predilecto de los soldados y paisanos del noroeste, hasta el punto de considerarse su mando como pren-

(1) En 17 de Junio de 1812.

(2) En 26 de Agosto del mismo año de 11.

da segura de victoria; en las guerras verdaderamente nacionales esta circunstancia del prestigio ó popularidad es preciosa, y tan digna de ser atendida en la designación de los mandos importantes que procede á veces preferirla á cualidades de mas substancia; pero en este caso por fortuna popularidad y conveniencia iban acordes; Santocildes, el jefe en quien más confianza tenían los de abajo, era por sus prendas personales el que merecía en justicia y para bien de la patria el puesto en que fué colocado.

Ya el Marqués de Portazgo, arrimándose con su división á la ciudad de Astorga, la tenía cercada, y hostilizaba constantemente á la guarnición con fuego de fusilería y el de algunas piezas ligeras. Santocildes no tardó en aparecer en el campo de los sitiadores para animarlos con su presencia y avivar los trabajos de aproche. Desgraciadamente no podían ser estos tan activos como hubiera sido de apetecer; porque el tren de sitio, preparado por Castaños, aun no estaba completo, faltando además medios de transportar lo ya utilizable desde Villafranca á la vega de Astorga. Carecían, pues, los nuestros de elementos para contrarrestar á los veinticinco cañones que los enemigos tenían en posición en torno de la ciudad; y el asedio había necesariamente de reducirse á dirigir ataques de infantería contra los puestos avanzados, y procurar volar con minas las murallas. En bombardeo no se podía, ni debía pensar; porque este medio bárbaro de expugnar las plazas, solo es eficaz por la presión moral que ejerce, no sobre los soldados, sino sobre la población civil, y la población civil de Astorga ¿qué otra cosa deseaba, sino el triunfo de los sitiadores? A los soldados franceses maldito lo que importaban las casas y habitantes de la ciu-

dad. Inhumano hubiera sido agravar los infortunios de esta con los horrores del bombardeo.

Y ¡qué infortunios los de este último período de la guerra! De cuanto cabe padecer á una población en una lucha tremenda, por lo empeñada y duradera, habia ya padecido en proporciones extraordinarias la ciudad de Astorga. En esta última peripécia, sufrió algo que aun no había sufrido: los horrores del hambre. No hay que olvidar que el año de 1812 es el conocido en nuestros anales por el expresivo y terrible título de *año del hambre*. En toda España era general la miseria: en las fértiles provincias de Andalucía, Castilla la vieja y Aragón llegó á venderse la fanega de trigo á 450 y aun á 500 reales. En Madrid á 540, y un pan cocido de dos libras costaba doce reales que es, como si hoy, costase veintitantos. En Galicia, Asturias y León no costaba nada; porque no le había. El pan de maiz, de patatas, de legumbres era envidiado por las personas de regular posición social; «los desperdicios de cualquier alimento se buscaban con afán, y eran objeto de permutas y cambios.» (1)

Si este cuadro general tan sombrío, se recarga con los tintes propios de una ciudad sitiada, podrá formarse idea de los sufrimientos de los astorganos en esta ocasión, y se comprende que no peca de exagerada la descripción que hizo de ellos el Sr. Iglesias, en las octavas, transcriptas por el Sr. Rodríguez Díez en su *Historia de Astorga*.

Muy feliz en tal trance se creía
el que á fuer de favor y bien pagado,

(1) La Fuente.—*Historia de España*.

comprar el sucio vientre conseguía
de flaco mulo que comió el soldado.
¡Oh, cuánto miserable subsistía
de negros amasijos de salvado!
¿Resta más? pues al rico caballero
faltóle pan, y le sobró dinero.

—
Los perros y los gatos se ocultaron
por instinto, al saber que á sus hermanos
afilados aceros desangraron
para pasto de hambrientos ciudadanos.
Las chimeneas, las casas se aplanaron,
y los pozos profundos y aun insanos
suplican el agua de Manjarín fina
y á la de la Encalada cristalina.

Decidido lord Wellington á dar una batalla decisiva al mariscal Marmont, avanzó sobre Salamanca, de la que se apoderó el 28 de Junio. El ejército francés que como dice Thiers, «ya no conservaba de Portugal más que el título, pues ni pretensiones tenía de invadir aquel reino,» se concentró en Rueda, y tomó el 24 de Julio la ofensiva contra los aliados, siendo consecuencia de este movimiento la gran batalla, librada el día 22, que los franceses llaman de Salamanca y los ingleses y españoles de los Arapiles. Para tomar parte en ella fué llamado Santocildes por lord Wellington, y, en efecto, dejando algunas tropas delante de Astorga, mandadas por el Marqués de Portazgo, tomó nuestro general el camino de Salamanca con 8000 infantes y 900 caballos; pasaron estas fuerzas el Duero por Toro, obligando á los franceses que guarnecían este punto á encerrarse en el castillo; más desafortunados los que presidiaban á

Tordesillas que eran 250, hubieron de rendirse al brigadier Castañón.

Por mucho que forzò las marchas Santocildes, no pudo llegar al campo de Salamanca, sino al día siguiente de la batalla, cosa de que se lamenta con frases que respiran amargura en su *Resúmen histórico*. Pero por lo mismo que las tropas del 6.º ejército estaban más frescas que las que habían combatido en los Arapiles, las destinó Wellington á ir de vanguardia en la persecución de los enemigos, y así tuvieron la gloria de entrar las primeras con su querido general al frente en la ciudad de Valladolid, (1) y en ella permanecieron, mientras que el grueso de los aliados marchaban sobre Madrid, cometiendo con esta marcha un error de bulto, pues dejaron á su espalda al ejército derrotado en Salamanca para que se reorganizase, como lo hizo á orillas del Ebro, bajo las órdenes del general Clausel.

Este inteligente y brioso caudillo, uno de los mejores indudablemente que sirvieron en los ejércitos de Napoleón, aunque por desdicha de este, no pudo hacer brillar su genio hasta el último período del régimen imperial, dió en esta ocasión muestras señaladísimas de lo mucho que valía; rehizo con suma presteza las tropas de Marmont, y mientras que Wellington se engolfaba en Castilla la Nueva, con la rapidez del rayo bajó de las márgenes del Ebro á las del Duero, á la cabeza de veinticinco mil hombres. Multitud de riesgos había corrido en esta campaña el ejército español de Galicia; ninguno quizás como

(1) El 30 de Julio. Lafuente dice que fué Wellington el que entró en Valladolid. Véase el *Resúmen histórico* de Santocildes, donde se explican con mucho método y claridad todos estos movimientos.

el que corrió ahora; si lo hubiese mandado un jefe menos experto que Santocildes, su destrucción habría sido inevitable, extendido como estaba en tan larga línea desde Valladolid á Manzanal, y con un enemigo encima tan poderoso en número y elementos de guerra, y dirigido por un general como Clausel. Pero Santocildes era digno adversario de Clausel.

Comprendió, en efecto, desde luego la situación de las cosas, y en consecuencia evacuó á Valladolid en tiempo oportuno, y guardando al enemigo la distancia conveniente, se fué replegando hácia su base de operaciones, esto es, sobre Astorga. Recogió en el camino los destacamentos que habían quedado bloqueando á las guarniciones francesas de Toro y Zamora, y sin perder un solo cañón, ni un carro, ni un hombre, llegó al campo de Astorga el 19 de Agosto.

Seguíale á los alcances muy de cerca el general Toy, el mismo que tanto se distinguió luego como orador parlamentario, apesar de lo cual, y aunque parezca extraño, era también un militar excelente; llevaba doce mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos, esto es, más de la mitad del ejército con que Clausel había bajado á las riberas del Duero. De ningún modo quería Santocildes empeñar una batalla con su perseguidor pues en el estado general de las cosas, la remota probabilidad de una victoria no compensaba la casi segura de una derrota; era, pues, su propósito ir hasta el Bierzo en la confianza de que allí no habían de penetrar los enemigos, y para esto levantar el sitio de Astorga, si, como creía, aun no se había rendido la guarnición francesa.

¡Cuál no sería, pues, su sorpresa, y cuan agradable, al encontrarse con que desde el 18 flotaba en la

ciudad episcopal la bandera española! He aquí lo que había sucedido: durante su ausencia, lejos de amenazar los bríos de los sitiadores, siguió el ataque cada vez con más empuje; dos baterías se levantaron: una frente á Puerta de Rey, al alcance de tiro de fusil; y otra para combatir el Castillo y Puerta del Obispo. Por desgracia, y por las causas que arriba se han apuntado, no eran muy eficaces sus efectos. Pero se suplían hasta donde era dable con el incesante fuego de fusil, aprovechando los repliegues del terreno para batir la muralla, y sobre todo con las minas; por este medio voláronse los arcos de la Puerta del Obispo y de la de Hierro y el cubo mirador que formaba el ángulo de la muralla, junto al Hospital de las Cinco Llagas. (1) El bloqueo era tan riguroso que el hambre llegó á los mayores extremos, y el fuego de fusil tan incesante y nutrido que los paisanos no encontraban otro modo de librarse de él que en las cuevas.

Don Francisco Javier Castaños, generalísimo á la sazón de los ejércitos 5.º, 6.º y 7.º, revistando las fuerzas de su mando, y habiendo llegado al campo de Astorga el 17, intimó la rendición á los franceses. Sesenta y cuatro días contábanse ya de cerco, estaban aun los franceses bajo la presión moral del desastre de los Arapiles, les devoraba el hambre, é indudablemente al recibir la intimación de rendirse forma-

(1) «El cubo mirador y otros que se hallaban reforzando la muralla hácia el lado de San Andrés debieron ser arruinados sin grande esfuerzo, pues ya en 1666 amenazaban venirse al suelo, según consta por una petición que al rey Carlos II hicieron en dicho año el Corregimiento y la Ciudad, exponiendo que peligraban en su ruina el Hospital y la Iglesia de San Andrés.» Rodríguez Díez (*Historia de Astorga.*)

da por un general de tan alta categoría como Castaños, creyeron que iban á ser acometidos con mayores medios ofensivos que hasta entonces; así que aunque nuestras baterías no habían conseguido apagar el fuego de sus veinticinco cañones, y tenían municiones de sobra, diéronse á partido. El 18 se ajustó la capitulación, quedando prisioneros el general Remond y sus mil y tantos hombres, y en poder de los nuestros un considerable material de guerra.

Tan halagüeña novedad llenó de regocijo á Santocildes; pero no le hizo perder tiempo. Decidido á evitar el combate con Foy, dispuso inmediatamente de acuerdo con Castaños que la ciudad fuera evacuada, y así se hizo con la debida presteza; prisioneros, bagaje, todo se puso en movimiento hacia el puerto de Manzanal. La caballería formó á entrambos lados del camino de La Bañeza, y la infantería tomó posiciones en la cerca de Astorga como si se tratase de repetir la defensa heroica de 1809; pero ahora solo se pretendía cubrir la retirada del ejército. Pocas horas pasaron, y apareció en el camino de La Bañeza grueso golpe de ginetes franceses; unos trescientos, la vanguardia de Foy. Adelantáronse á galope tendido, y escaramucearon con los nuestros. Pero en cuanto se hubieron cerciorado de que la ciudad estaba ocupada por los españoles, volvieron grupas, y á rienda suelta tornaron á La Bañeza. Allí contaron á Foy lo que habían visto, y el caudillo francés, apesadumbrado del malogro de su expedición, pero animado todavía con la esperanza de batir á nuestro ejército en retirada, dispuso el avance de toda su hueste: en órden de batalla llegaron los doce mil infantes y dos mil cua-

trocientos caballos de Foy á la vista de Astorga, pero los nuestros habían ya desaparecido. Entraron en la ciudad y pernoctaron en ella; al día siguiente, muy de mañana, se volvieron por donde habían ido, llevándose los heridos de su nación que hallaron en los hospitales, y casi al mismo tiempo entraba otra vez en Astorga la caballería española.

Tal fué la última estancia de los franceses en esta ciudad. (1) Ya no volvió á vérselos, sino es vencidos y prisioneros, por estas riberas del Orbigo que, durante seis años fueron teatro de tantos y tan diversos sucesos militares. Hasta Junio de 1813 sin embargo continuaron la ciudad y su comarca ocupadas por aquellos soldados del noroeste que tantas veces subieron y bajaron las cuestas de Manzanal y Foncebadón, en unas ocasiones vencedores

(1) El señor Rodríguez Díez (*Historia de Astorga*, pág. 274) dice «en Febrero de 1813 pasaron otra vez por Astorga tropas francesas, tratando á sus moradores de un modo lisongero, y evacuándola el 23 del mismo mes.» No hemos podido comprobar en ninguna de las relaciones generales de la guerra de la Independencia esta entrada de los franceses en Astorga en Febrero de 1813; en este mes, el ejército francés llamado aude Portugal, mandado entonces por el general Conde de Reille, ocupaba las provincias de Burgos y Palencia y tenía sus avanzadas, compuestas casi exclusivamente de caballería, en las márgenes del Es'ca; pero en la margen izquierda se entiende: la derecha estaba ocupada por el ejército español de Galicia. No es inverosímil sin embargo que alguna columna de caballería francesa, en incursiones por el territorio español, entrase de súbito en Astorga con el único fin de imponer contribuciones. Ni lo afirmamos, ni lo negamos, induciéndonos á esto último la autoridad que reconocemos en el señor Rodríguez Díez; pero no podemos llevar la afirmación al texto, por seguir fieles hasta lo último al propósito que hemos mantenido en todo nuestro trabajo, de no admitir sino las noticias de cuya autenticidad rigurosa podamos responder siempre ante la crítica, si por ventura, se fija en nuestra insignificante monografía.

y en otras vencidos, ya tomando arrogantemente la ofensiva, ya retirándose ó huyendo de un enemigo incontrarrestable, unas veces con uniformes de soldados, otras mal cubiertos de harapos, ó casi en cueros vivos, y para que nada faltara, hasta se presentaron una vez disfrazados de ingleses por no tener otras prendas que ponerse; pero en la buena y en la mala fortuna, cuando avanzaban ó cuando retrocedían, vestidos, desnudos ó disfrazados, siempre, en suma, pudo notar en ellos el observador menos perspicaz dos circunstancias características; una, la falta de elementos militares medianamente proporcionados siquiera á la grandeza de la empresa que habían acometido; y otra, el espíritu, no excelente, sino extraordinario, sin igual, sobre humano puede decirse, que les animó en esta larga campaña.

En el órden moral nada cabe pedir; y si solo admirar en aquellos soldados y ciudadanos, á quienes no convenció nunca la derrota, que si tenían elementos de combate los utilizaban, y si no los tenían, se pasaban sin ellos, creyendo que para pelear y morir por la patria hay siempre los necesarios; la grandeza de ánimo, el patriotismo, el valor y la constancia de la generación española que hizo la guerra de la Independencia, pertenece á lo indiscutible, á lo axiomático en historia; es un monumento, tan sólido como las Pirámides: la crítica no podrá jamás quitarle uno solo de sus sillares.

Pero ¡qué lástima que tales cualidades no hubieran estado siempre servidas y dirigidas por el génio administrativo que, como el de la poesía, si no es creador en el sentido riguroso de la palabra, lo es en uno más amplio, porque combinando diestramente los elementos dispersos y que la natura-

leza ofrece de un modo, por decirlo así, caótico, los ordena, y al ordenarlos centuplica su potencia y su valor! No hubiera sido menos admirable la España de 1808, por lo contrario hubiéralo sido mucho más, si á su magnánima resolución de no sufrir el yugo extranjero y á su heroica perseverancia en seguirla adelante, hubiese juntado la discrección y el arte para saber utilizar sus recursos que los tenía y muy suficientes, por lo menos para haber organizado un ejército superior en número é igual en calidad al de Lord Wellington; á los ejércitos de Galicia solo faltó para ello caballería y artillería, y con administración inteligente, activa y sobre todo enérgica, hubieran podido tener ambas cosas, y teniéndolas parece indudable que tales ejércitos, y no el de Wellington hubiesen dado la batalla de los Arapiles, y quizás mucho antes de 1812.

Hay, pues, que distinguir en la crítica de la guerra de la Independencia lo que se hizo de lo que se dejó de hacer, pudiendo y debiendo hacerlo. Para lo primero, todo elogio parece mezquino y deficiente; lo segundo exige largas explicaciones, y sobre todo el valor y la honradez de no disimularlo; por quererlo disimular, la mayor parte de nuestros historiadores han incurrido en groseros absurdos al juzgar en conjunto la guerra de la Independencia, contribuyendo poderosamente á que nuestra masa social forme ideas equivocadísimas, y lo que es peor funestas; la historia, cuando no deduce de los hechos pasados la enseñanza debida para el porvenir, ó es un entretenimiento curioso, ó un veneno que se ingiere á los individuos, y á los pueblos.

Venenosas, en efecto, han sido muchas de las

lecciones que se han dado al pueblo español, propósito de la guerra de la Independencia; se le ha pintado la explosión sublime de 1808 como un desbordamiento demagógico, como un levantamiento de la plebe contra las clases conservadoras, á las que se ha supuesto veñidas ó entregadas al invasor extranjero, y nada más inexacto; el movimiento de 1808 fué verdaderamente nacional: la mayoría de los grandes de España, casi todos los títulos del reino, los obispos y los cabildos catedrales, los magistrados, los generales, los doctores y licenciados se pusieron á su frente, y lo dirigieron. Si no hubiese sido así, no habría sido tan sólido; nada de lo que hace la plebe por sí sola es consistente.

Se le ha dicho también que aquella guerra fué sostenida por paisanos, pues en España no había entonces militares, y los pocos que teníamos carecían de la instrucción suficiente para medirse con los veteranos del Imperio francés, y nada tampoco más erróneo; el ejército de primera línea existente en 1808 era más numeroso que el que tenemos ahora, y en general que cuantos hemos tenido despues de la guerra, excepto en las dos civiles de 1833 y 1872. La oficialidad de aquel ejército era excelente. Aquel ejército y estos oficiales fueron el núcleo de la resistencia nacional; sin ellos nada hubieran podido hacer las guerrillas. La intervención de éstas y su influencia en el éxito de la guerra se han exagerado, dando con ello lugar á multitud de equivocaciones muy lamentables, no tanto por lo que se refiere á la verdad de la historia, como por lo que han trascendido á la conducta de los españoles, y de sus gobiernos y partidos políticos, en todo el siglo XIX.

Es indudable que el recuerdo de la guerra de la

Independencia ha fortificado en los españoles el sentimiento de nacionalidad; pero el juicio imparcial ha de añadir que ha infundido también en muchos espíritus una confianza excesiva, y por lo mismo temeraria y contraproducente, en las fuerzas nacionales, por donde ha resultado que las lecciones de aquel magno suceso no han sido para nosotros tan provechosas, ni mucho menos, como las que dió Napoleón á otras naciones, especialmente á Prusia. Esta, que también consiguió memorables triunfos sobre el tirano de Europa, no llegó á olvidar sus primeras derrotas, y nosotros nó; para nosotros la guerra contra los invasores imperiales se ha reducido á Bailén, Tamames y Vitoria; Rioseco, Burgos,, Espinosa de los Monteros, Medellín, Alba de Tormes, Ocaña, todo eso ha quedado en la sombra, se han ponderado los triunfos, se ha guardado silencio sobre los reveses; se ha cantado la victoria definitiva; y se ha omitido narrar las desventuras, los sufrimientos, las penalidades que cayeron sobre nuestros mayores desde 1808 á 1814.

* * *

Estas consideraciones empero son más propias de una historia general de la guerra de la Independencia que del asunto especial de nuestro estudio, al cual, con lo que ya se ha dicho, muy poco queda que añadir.

Acantonado permaneció el ejército de Galicia en el Bierzo, Astorga y La Bañeza, hasta Mayo de 1813 en que sus divisiones, cooperando al movimiento general prescripto por Lord Wellington, pasaron el Esla, dirigiéndose hacia el Ebro esto es, hacia el llano de Vitoria; con el entusiasmo

despertado por esta marcha que había de ser la última de la guerra, se mezcló en los veteranos de Galicia un triste sentimiento; su general más querido; el caudillo, de los que había formado la guerra, de mayor prestigio, y en el que todos ellos tenían mas confianza, el inteligente, valeroso, modesto y ordenancista Santocildes, no podía guiarles en esta suprema operación, pues había caído gravemente enfermo, y hubo de permanecer en Coruña, mientras que sus camaradas y soldados corrían à los campos que riega el Zadorra y á la cumbre de San Marcial .. Entre la vida y la muerte estuvo el heroico defensor de Astorga durante la última y gloriosa campaña de la guerra de la Independencia.

Durante la misma, la ciudad, como en 1808, fué hospital general del ejército de Galicia. Casi todos los días llegaban por la carretera de Madrid, ó por la de León, largos convoyes de heridos y enfermos, y la misma caridad que siete años antes, los recibía, cuidaba y agasajaba, hospedándoseles como entonces, no solo en los antiguos hospitales y edificios habilitados al efecto, sino en las casas particulares. El dolor que producía este siempre renovado espectáculo de las desdichas de la guerra, endulzabase, á la sazón con las noticias cada vez más gratas que se recibían, también diariamente, del teatro de las operaciones militares; una tras otra llegaban nuevas de victorias portentosas, y de como los aborrecidos invasores iban rápidamente perdiendo terreno, y replegándose hacia las fronteras que no debieron traspasar jamás. Cuando entonces no saltaron hechas pedazos las campanas de la ciudad, no saltarán nunca, pues desde la mañana

hasta la noche, y muchas veces durante toda esta, no cesaron de cantar con sus lenguas de bronce la derrota de Napoleón y el triunfo de los españoles.

Con sin igual alborozo, con verdadero frenesí de entusiasmo se celebró en Astorga la vuelta de Fernando VII al trono de sus mayores. El *Te Deum* que se cantó entonces en la Catedral, fué coreado por todo el pueblo, y á la salida las gentes se abrazaban, y lloraban de ternura... Era el último acceso de aquella gran crisis nerviosa que había durado siete años. La calma fué recobrándose muy poco á poco. El 27 de Mayo de 1814 el Ayuntamiento y vecinos hicieron celebrar en la Catedral magníficas exequias por el soldado Tiburcio Alvarez, cuyos restos fueron exhumados y puestos en decorosa sepultura, todo con pompa proporcionada, no solo á las hazañas del popular soldado, sino á las colectivas de que había llegado á ser aquel valiente la representación ó símbolo.

Al otro año, ó sea en 1815, el general Santocildes que había sido destinado de cuartel á su tierra Cataluña solicitó de S. M. que se concediese alguna recompensa especial á los defensores de Astorga, como se había hecho á los de otras plazas y ciudades de España, y consecuencia de esta solicitud fué la R. O. Circular de 10 de Abril del citado año que dice así:

«Por exposición que desde Cataluña ha dirigido al Rey, nuestro señor el Mariscal de campo San Josef U. de Santocildes, Gobernador que era, en el año de 1810, de la pequeña y mal fortificada plaza de Astorga, artillada con solas doce piezas de campaña, se ha enterado S. M. de los distinguidos servicios que hicieron durante su gloriosa defensa

las valientes tropas que, en número de 2500 hombres, componían su guarnición, oponiéndose por espacio de treinta días á las fuerzas francesas, que, á las órdenes del mariscal Junot, constaban de quince mil infantes, 2000 caballos y 20 piezas de artillería, sin admitir capitulación, aún después de asaltada aquella plaza con escarmiento de los enemigos hasta el momento que solo había en ella treinta cartuchos por hombre y ocho por cañón; y queriendo S. M. dar á tan benemérita guarnición un público testimonio del particular aprecio que hace de sus distinguidos servicios, ha venido en conceder á cuantos individuos la componían una cruz de distinción que será de oro para el general y oficiales, y de plata para los soldados; y con arreglo al diseño presentado y aprobado, se compondrá de cuatro aspas esmaltadas de color carmesí, teniendo en la parte superior del aspa vertical un lazo del mismo metal con un lema que diga: *En Astorga con valor adquirimos este honor*; su centro será ovalado en campo azul, y lo ocupará un cañón, colocado en forma vertical con un fusil y un sable enlazados, y se llevará pendiente del ojal de la casaca ó chaqueta, con cinta mitad azul celeste y la otra mitad blanca.—Asimismo se ha dignado S. M. dispensar á varios de los mismos individuos las gracias siguientes:... (Aquí una relación de gracias). Finalmente, es la voluntad de S. M. que para evitar abusos en el uso de la mencionada condecoración, acudan los que se consideren con derecho á ella á exponerlo al general don Josef M. de Santocildes, quien después de bien asegurado, dará conocimiento á este Ministerio de la Guerra para la expedición del correspondiente diploma, respecto á que sin él ninguno

podrá usarla.—De R. O. lo comunico á V. para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca.»

En este mismo año de 15 publicó Santocildes su *Resumen histórico de los ataques, sitio y rendición de Astorga, de su reconquista y del segundo sitio puesto á la ciudad*, narración que de veras encanta por la sencillez militar del estilo, claridad y precisión de términos en el relato y descripciones, y por la modestia y hombría de bien que revela de su ilustre autor; sin ponderación cabe afirmar que este *Resumen histórico* es una de las bellas obras de la literatura militar española del siglo XIX.

Después de publicado, el nombre de Santocildes vuelve á sonar en la historia contemporánea; el defensor de Astorga no fué liberal, ni realista, no figuró ni en las revoluciones, ni en las reacciones que tan estérilmente agitaron y ensangrentaron á nuestra pátria; ni aún residió nunca en Madrid, y todo el resto de su vida que se prolongó hasta 1836, fué de obscuridad y apartamiento. No es de maravillar que las gentes le olvidaran hasta el punto de que cuando pasó de este mundo, ni el mas leve ruido hiciera su muerte.

En Astorga lleva su glorioso nombre aquel anchuroso espacio ó irregular plaza, en que pasó Napoleón revista á los veteranos de la Guardia Imperial y éste rótulo es quizás el único monumento conmemorativo de las hazañas del héroe y de la ciudad en la guerra de la Independencia... Pero ciertamente queda otro más grande, y es la ciudad misma cuyo aspecto exterior é interior poco ha variado desde aquellos terribles y grandes días; aun se conserva parte considerable de *la cerca* que los soldados y paisanos de 1809 hicieron formidable muralla; y

desde la torre de la Catedral, abarcando en conjunto la población y el campo, limitado allá lejos por las cumbres de Manzanal y Foncebadón, no es menester mucha fantasía para representarse al vivo las escenas y peripecias de aquellos sucesos que llamaban genéricamente los viejos de Castilla, cuando se los contaban á sus hijos en las veladas de invierno, *la francesada*.





INDICE

Páginas.

I.—Posición geográfica de Astorga.—Razón de la importancia estratégica que alcanzó esta ciudad en la guerra de la Independencia.	3
II.—Astorga en 1808.—Su falta de condiciones militares.—Descripción de la ciudad: la cerca ó muralla, el recinto murado, los arrabales.—Población; edificios principales.—Gobierno civil y eclesiástico. .	16
III.—Autoridades de Astorga en 1808.—El Obispo Giménez.—El vicario Soto.—El corregidor Costilla.—Agitación del espíritu público en Astorga.—Breve referencia á los sucesos generales que prepararon la guerra de la independencia.—Levantamiento de León.—Movimiento de Astorga.. . . .	25
IV.—Constitución de la Junta de Astorga.—Los astorganos en Cabezón.—Sesiones de la Junta.—El ejército de Galicia.—Planes del general Blake.—Antecedentes de la batalla de Rioseco.—Agitación perenne en Astorga.—Servicios de la ciudad y de la Junta á la causa nacional.. . . .	35
V.—Batalla de Rioseco.—Retirada de Blake.—La tierra de Astorga llena de dispersos y desertores.—Bandidaje.—Trabajos de la Junta.—Astorga, hospital ge-	

- neral del ejército de Galicia —Generosísima conducta de los astorganos.—Los franceses delante de Astorga.—Notable incidente del 23 de Julio.—Retirada de los franceses.—Entusiasmo general. 50
- VI.—Otra vez Blake en Astorga.—Sucesos en la ciudad.—Incidente del canónigo don Anselmo José del Valle.—Energía de Costilla.—Desgraciada campaña del invierno de 1809.—Derrota y casi absoluta dispersión del ejército de la izquierda.—El Marqués de la Romana.—Los ingleses en Astorga.—Sufrimientos de la población y quejas de los ingleses. 60
- VII.—Célebre marcha de Napoleón de Madrid á Astorga.—Un trozo de las Memorias del barón de Marbo.
—Penalidades sufridas en la ciudad por la retirada de los ingleses y españoles.—Astorga dominada por los franceses. 69
- VIII.—Constancia española.—Testimonios de escritores extranjeros, especialmente franceses.—Guerra nacional.—Astorga en este período.—Levantamiento general [de Galicia.—Retirada de los franceses.—Ney en Astorga. 88
- IX.—Entrada en Astorga del Marqués de la Romana.—Reorganización del Ayuntamiento.—El Licenciado Izquierdo.—Notable acuerdo de 1.º de Agosto.—Plan de la Romana.—Posición militar de la Ciudad en este período. 101
- X.—Santocildes (*apunte biográfico*). 109
- XI.—Santocildes, gobernador de Astorga.—Ataque á la ciudad en los primeros días de Septiembre: un documento inédito.—Preparativos de defensa. 117
- XII.—El general Carrier ataca la ciudad de Astorga.—Gloriosa defensa del día 9 de Octubre. 129
- XIII.—El general García Velasco en Astorga.—Nuevas

obras de fortificación.—Batalla de Tamames.—Mal aspecto de la guerra á fines de 1809 —Apogeo del poderío de Napoleón.—Ejército de Portugal.—Retírase de Astorga García Velasco.—Retflexiones.	137
XIV.—Escaramuzas y expediciones.—Guerra de guerrillas.—Glorioso combate de Puente Órbigo.—Preséntase delante de Astorga el general Loison.—Intima la rendición á la plaza.—Respuesta que obtiene..	146
XV.—Cuerpo de Junot.—El general Junot.—La Duquesa de Abrantes y sus <i>Memorias</i> . La <i>petite cour</i> de la Duquesa en Valladolid.—Estado de los ánimos en el ejército francés en esta época.—Preparativos del sitio de Astorga.	155
XVI.—El general Clousel.—Principio del sitio.—Trabajos de aproche de los franceses.—El comandante Valazé.—Diversos ataques á los arrabales.—Glorioso combate de las Tegeras.—Pérdida de los puestos avanzados.—Estériles esperanzas de socorro.	165
XVII.—Junot delante de Astorga.—Horrible bombardeo del día 20.—Abrese brecha.—Asalto general.—Los granaderos del 8.º Cuerpo.—Decisión entusiasta de la tropa y del vecindario.	178
XVIII.—Capitulación de Astorga.—Junta de Jefes —Memorable sesión en el Ayuntamiento.—La frase de Costilla.—Texto de la capitulación.—Triste ceremonia.—El soldado Tiburcio Alvarez.—Lamela.—Reflexiones.—¡Væ victis.	187
XIX.—Astorga plaza francesa.—Régimen militar á que fué sometida la ciudad.—Avance del general Mahy con el ejército de Galicia.—Bloqueo de Astorga.—Gallegos con uniformes ingleses.—Situación en Agosto de 1810..	200

- XX ~ La guarnición española de Astorga, prisionera en Francia.—El espíritu público en Francia por esta época.—Santocildes en Macon.—Su fuga y arribo á Cádiz.—Deliberación y acuerdos de las Córtes respecto de la defensa de Astorga.—Decreto de 3o de Junio de 1811.—Recompensas extraordinarias concedidas á la familia de Tiburcio Alvarez. 211
- XX.—Nuevo avance del ejército español de Galicia.—Santocildes, general en jefe.—El 21 de Octubre de 1811.—Acción de Cogorderos.—El Conde de Dorsenne en Astorga.—Otra vez la dominación francesa.—Campana de 1812.—Sitio de Astorga por los españoles.—El año del hambre.—Castaños delante de Astorga.—El general Foy.—Evacuación definitiva.—Conclusión de esta monografía. 221

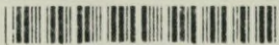
—❁ FIN ❁—



Astorga:

Imp. y Lib. de la Viuda é Hijo de López, Rua antigua, 5 y 7.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN FABI O CEU



7076722



G